

la AUTOBIOGRAFÍA de mi madre JAMAICA KINCAID



Escrita en una lengua bellísima, aparentemente simple pero conceptualmente compleja, este texto no es solo la historia de una mujer (como tantas otras novelas que hoy se sumergen en las corrientes de este nuevo género o subgénero de romance sentimental feminista) sino una representación literaria de las imposibilidades de la existencia dentro de la existencia misma: una mujer, Xuela, nace en Dominica, mestiza de madre caribeña y de padre medio escocés. Su madre muere al nacer ella; su padre la entrega a una lavandera, y ella decidirá no tener hijos. Registra el tránsito de los otros hacia la muerte, desconcertante y lleno de tensión, bastante afín a Camus: como él, Jamaica Kincaid consigue transformar la más social de las experiencias (ser mujer, no tener descendencia, contemplar la desaparición de los suyos) en el núcleo de la experiencia humana. Estamos ante una autora extraordinaria.



Jamaica Kincaid

La autobiografía de mi madre

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2017

Título original: *The Autobiography of My Mother*
Jamaica Kincaid, 1996
Traducción: Alex Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Mi madre murió en el momento en que yo nací, y así, durante toda mi vida, no hubo nunca nada entre yo y la eternidad; a mi espalda soplaban siempre un viento negro y desolado. Al principio de mi existencia, yo no podía saber que iba a ser así; no lo supe hasta llegar a la mitad de mi vida, justo en aquel tiempo en que había dejado de ser joven y descubrí que algunas de las cosas que siempre había tenido de sobra ahora eran menos abundantes, y que poseía más de algunas otras de las que apenas había disfrutado en absoluto. Y ese descubrimiento de pérdida y de recompensa me hizo reflexionar acerca del pasado y del futuro: en mi origen estaba esa mujer cuyo rostro yo nunca había visto, pero al final no había nada, nadie entre mi persona y ese negro espacio que es el mundo. Sentí entonces que durante toda mi vida había estado al borde de un precipicio, que mi pérdida me había hecho vulnerable, dura y desvalida; tomar conciencia de ello me permitió vencer la tristeza, la vergüenza y la autocompasión.

Cuando mi madre murió dejándome a mí, una vulnerable criatura, enfrentada al mundo entero, mi padre me puso al cuidado de la misma mujer a la que pagaba para que le lavase la ropa. Cabe la posibilidad de que le recalcará la diferencia entre los dos bultos: uno de ellos era su hija, no el único hijo que había traído al mundo, pero sí el único que tenía con la única mujer con la que se había casado hasta entonces; el otro contenía su ropa sucia. Habría llevado con más suavidad uno que el otro, le habría dado a ella instrucciones precisas de que fuera más cuidadosa con uno que con el otro, habría esperado que se tratara con mayor delicadeza uno que el otro, pero no sé cuál de los dos le habría preocupado más, porque era un hombre muy vanidoso, su aspecto era algo muy importante para él. El hecho de que yo constituía una carga lo sé; sé que también su ropa sucia constituía una carga; y sé que no era capaz de cuidar de mí, y tampoco de lavar su propia ropa.

Había vivido con mi madre en una casa muy pequeña. Era pobre, pero no porque fuera una buena persona; aún no había cometido suficientes maldades como para hacerse rico. La casa estaba en una colina, y él había bajado por la ladera llevando en equilibrio en una mano a su hija y en la otra su ropa; y había entregado los dos bultos, el fardo de ropa y el bebé, a una mujer que no era familiar de él ni de mi madre; se llamaba Eunice Paul, y tenía ya seis hijos, el último de los cuales era todavía un recién nacido. Por eso le quedaba todavía algo de leche en los pechos para darme, pero a mí me sabía amarga y no la mamaba. Vivía en una casa alejada de todas las demás, desde la que se divisaba una amplia vista del mar y las montañas, y, cuando yo me mostraba irritable y desconsolada, me envolvía en trapos viejos y me dejaba apoyada a la sombra de un árbol, y, ante la panorámica de aquel mar y aquellas montañas, inconsolable, yo me deshacía en lágrimas hasta quedar exhausta.

Ma Eunice no era mala: me trataba exactamente igual que a sus propios hijos... aunque eso no significa que fuera precisamente tierna con sus propios hijos. En un lugar como ese, la brutalidad es la única herencia verdadera, y a veces la crueldad es lo único que se ofrece con franqueza. A mí ella no me gustaba, y echaba de menos el

rostro que nunca había visto; miraba por encima del hombro para ver si se acercaba alguien, como si esperase que fuera a llegar alguien, y Ma Eunice me preguntaba qué estaba mirando, al principio en broma, pero poco tiempo después, cuando empecé a hacerlo continuamente, creyó que eso significaba que era capaz de ver espíritus. Yo no veía en absoluto espíritus o fantasmas, simplemente estaba buscando aquel rostro, el rostro que jamás vería, aunque viviera eternamente.

Nunca llegué a querer a esa mujer con la que me dejó mi padre, esa mujer que no era mala conmigo, pero que tampoco era capaz de demostrar ternura porque no sabía cómo hacerlo... y quizá no pudiese quererla porque tampoco yo sabía cómo hacerlo. Me alimentó con papillas cuando rechazaba su leche y todavía no tenía dientes; cuando me salieron los dientes, lo primero que hice fue hundírselos en la mano mientras me daba de comer. De su boca brotó un sonido sofocado, más de sorpresa que de dolor, y supo interpretar aquello como lo que realmente era —mi primera manifestación de ingratitud—, lo que la puso en guardia contra mí para el resto del tiempo en que tuvimos relación.

No hablé hasta cumplir los cuatro años. Eso no enturbió la felicidad de nadie ni por un segundo; no había nadie que fuera a preocuparse por ello. Yo sabía que podía hablar, pero no quería hacerlo. Veía a mi padre cada quince días, cuando venía a recoger su ropa limpia. Nunca se me ocurrió pensar que fuera allí para verme; mi idea de las cosas era que venía a recoger su ropa limpia. Cuando aparecía, me llevaban con él y él me preguntaba cómo estaba, pero solo era una formalidad; nunca me tocaba ni me miraba a los ojos. ¿Acaso había algo que ver en mis ojos? Eunice lavaba, planchaba y plegaba su ropa; la envolvía en tela de nanquín como si se tratara de un regalo, en dos pulcros e impecables paquetes que colocaba sobre una mesa, la única mesa de la casa, en la que permanecían hasta que él venía a recogerlos. Hacía sus visitas con bastante regularidad, de manera que, cuando una vez no apareció como solía, lo noté y dije: «¿Dónde está mi padre?».

Lo dije en inglés —no en criollo francés ni en criollo inglés, sino en inglés puro y llano—, y eso hubiera debido ser lo sorprendente: no el hecho de que hablara, sino de que lo hiciera en inglés, una lengua en la que nunca había oído hablar a nadie. Ma Eunice y sus hijos hablaban en la lengua de Dominica, el criollo francés, y en cuanto a mi padre, cuando hablaba conmigo, también se dirigía a mí en esa lengua, no por ofenderme, sino porque creía que era lo único que yo entendía. Pero nadie se dio cuenta; todos se limitaron a maravillarse de que por fin hubiera hablado y hubiera preguntado por la ausencia de mi padre. El hecho de que las primeras palabras que articulé en mi vida fueran dichas en la lengua de un pueblo que nunca me gustaría y al que jamás apreciaría ya no constituye ahora ningún misterio para mí; todo en mi vida, bueno o malo, todo aquello a lo que estoy inextricablemente atada, es fuente de dolor.

Entonces tenía cuatro años de edad y veía el mundo como una serie de líneas suaves y difuminadas unidas entre sí, como un esbozo en carboncillo; así, cuando mi

padre venía a llevarse su ropa, lo único que veía era que aparecía de repente en el estrecho sendero que conducía desde el camino principal hasta la puerta de la casa en la que yo vivía y que luego, hecho lo que había venido a hacer, desaparecía de nuevo tras la curva en el cruce de caminos. Yo no sabía qué había más allá del sendero, no sabía si cuando le perdía de vista continuaba siendo mi padre o se desvanecía para convertirse en algo completamente distinto y no volvería a verle nunca bajo la forma de mi padre. Era algo que habría aceptado sin más. Podría haber llegado a creer que así era como funcionaba el mundo. Yo no hablaba y no tenía intención de hablar.

Un día, sin querer, rompí un plato, el único plato de aquel tipo que Eunice había tenido nunca, un plato de porcelana fina, y mis labios no pronunciaron las palabras «lo siento». La tristeza que ella expresó ante esa pérdida me fascinó; era una aflicción tan concentrada, tan abrumadora, tan profunda como si hubiera muerto un ser querido. Se pellizcó los gruesos y flácidos pliegues del vientre, se tiró de los pelos, se dio golpes en el pecho; de sus ojos manaron grandes lagrimones que se deslizaron por sus mejillas, tan profusamente que para mi mente infantil no habría sido ninguna sorpresa ver que de ellas brotaban de repente sendos manantiales de agua, como en una fábula o un cuento de hadas. Me había advertido en repetidas ocasiones que no tocara aquel plato, pues me había visto observarlo con una curiosidad obsesiva. Yo lo miraba y pensaba en el dibujo pintado en su superficie, la imagen de un paisaje campestre repleto de hierba y flores, con los más delicados matices de amarillo, rosa, azul y verde; el cielo estaba iluminado por un sol reluciente pero no abrasador; las nubes eran delgadas, desvaídas y dispersas a modo de detalle decorativo, no densos cúmulos amenazadores, no el presagio de un desastre. Aquella imagen no representaba más que un campo lleno de hierba y flores en un día soleado, pero de ella emanaba cierta atmósfera de secreta exuberancia, felicidad y sosiego; en la parte inferior había una sola palabra escrita en letras doradas: PARAÍSO. Naturalmente, no se trataba en absoluto de ninguna alegoría del paraíso; era una imagen idealizada de la campiña inglesa, pero eso yo no lo sabía; no sabía siquiera que tal cosa, la campiña inglesa, existiera. Y tampoco lo sabía Eunice; ella creía que aquella pintura era una imagen del paraíso que le ofrecía secretamente la promesa de una vida libre de preocupaciones, responsabilidades y deseos.

Cuando rompí el plato de porcelana en el que estaba pintada esa imagen y cuya pérdida hizo llorar tanto a Ma Eunice, no sentí la necesidad de pedir perdón de forma inmediata, ni sentí la necesidad de pedir perdón al poco rato. No sentí la necesidad de pedirle perdón hasta mucho tiempo después, y para entonces ya era demasiado tarde para decírselo, porque había muerto; quizá fue al paraíso y vio realizada la promesa que simbolizaba aquel plato. Cuando rompí el plato y no pedí perdón, maldijo a mi madre muerta, maldijo a mi padre, me maldijo a mí. Las palabras que utilizó no significaban nada; las comprendí, pero no me hirieron, porque no sentía afecto por

ella. Y ella no sentía afecto por mí. Me hizo poner de rodillas sobre un montón de piedras que estaban apiladas, como debía ser, en un lugar en el que daba el sol durante todo el día, con las manos levantadas por encima de la cabeza y sosteniendo en cada una de ellas un enorme pedrusco. Su intención era tenerme en esa postura hasta que dijera las palabras «lo siento», pero yo no las pronuncié, no pude pronunciarlas. Era más fuerte que mi propia voluntad; aquellas palabras no podían salir de mis labios. Permanecí en aquella posición hasta que a ella ya no le quedaron fuerzas para seguir maldiciéndome a mí y a todos mis antepasados.

¿Por qué aquel castigo habría de causar en mí una impresión tan imborrable, impregnado como estaba en todos sus aspectos del aroma que envuelve la relación existente entre el carcelero y el cautivo, el amo y el esclavo, con su patente simbolismo acerca del grande y el pequeño, el poderoso y el desvalido, el fuerte y el débil, y enmarcado en un escenario de tierra, mar y cielo, y Eunice en pie ante mí, mostrándose en una sucesión de metamorfosis que la convertían en un ser más furioso e inhumano a cada palabra que salía de sus labios, con su raído vestido de algodón mal tejido cuya parte superior era de un color y dibujo que no iban a tono con la falda, su pelo enmarañado y sin lavar desde hacía muchos meses envuelto en un pedazo de tela vieja que llevaba sin lavar aún más tiempo que el cabello? El vestido, otra vez: en algún momento había estado nuevo y limpio, y la suciedad lo había ajado, pero la propia suciedad había hecho que fuera nuevo una vez más, al proporcionarle una pátina de sombras y colores que no había tenido antes, y esa misma suciedad acabaría desintegrándolo por completo, aunque ella no era una mujer sucia: se lavaba los pies todas las noches.

El día estaba despejado, no era tiempo de lluvias; había algunos hombres en el mar lanzando las redes, aunque no iban a tener buena pesca precisamente porque era un día claro. Tres de sus hijos estaban comiendo pan y formaban con la miga pequeñas bolitas que me arrojaban como si fueran piedras mientras estaba allí arrodillada, riéndose de mí; y en el cielo no había una sola nube y no corría ni una brizna de aire; y una mosca volaba sin cesar por delante de mi cara, a veces posándose en la comisura de mi boca; un fruto demasiado maduro cayó de un árbol del pan, y el sonido que produjo al caer fue como el de un puño golpeando una zona blanda y carnosa del cuerpo. Todo eso, todo eso lo recuerdo... ¿Por qué aquello habría de causar en mí una impresión tan imborrable?

Mientras estaba allí arrodillada, vi tres tortugas de tierra entrando y saliendo lentamente del pequeño espacio que quedaba bajo la casa, y me enamoré de ellas; quería tenerlas cerca, quería hablar solo con ellas todos los días durante toda mi vida. Mucho después de que finalizara mi tormento —zanjado de un modo que no gustó a Ma Eunice, puesto que yo no había pedido perdón—, cogí las tres tortugas y las coloqué en un espacio cercado del que no podían entrar y salir a su antojo, de forma que su existencia dependía por completo de mí. Yo les llevaba hojas de hortalizas y agua en pequeñas conchas marinas. Me parecían hermosas, con sus caparazones de

color gris oscuro con pálidos círculos amarillos, sus largos cuellos, sus ojos de mirada impasible, su manera lenta y deliberada de moverse. Pero se escondían en el interior de sus caparazones cuando yo no quería que lo hicieran, y, cuando las llamaba, no salían. Para darles una lección, cogí un poco de barro del lecho del río, tapé con él los pequeños orificios por los que sacaban el cuello y dejé que se secara. Cubrí con piedras el lugar en el que vivían y durante bastantes días me olvidé de ellas. Cuando las recordé de nuevo, fui a echarles un vistazo al lugar en que las había dejado. Para entonces estaban todas muertas.

Mi padre quería que me llevaran a la escuela. Era una petición poco habitual; las niñas no iban a la escuela; de los hijos de Ma Eunice, ninguna de las niñas asistía a las clases. Nunca sabré qué le indujo a él a hacer tal cosa. Lo único que se me ocurre es que deseaba algo así para mí sin haber pensado demasiado en ello, porque, al fin y al cabo, ¿de qué le iba a servir la educación a alguien como yo? No puedo hablar más que de aquello que no tuve; solo puedo valorarlo comparándolo con lo que sí tuve y encontrar en la diferencia la desdicha como resultado. Y sin embargo, sin embargo... esa fue la razón de que viera por primera vez lo que había más allá del sendero que se alejaba de mi casa. Y qué bien recuerdo el tacto que tenía la tela de mi falda y mi blusa —áspero porque eran nuevas—, una falda verde y una blusa beige, un uniforme cuyos colores y estilo imitaban los colores y el estilo de una escuela perteneciente a otro lugar, un lugar muy lejano; y llevaba un par de zapatos de gruesa lona marrón y calcetines de algodón marrones que mi padre había conseguido, yo no sabía dónde, para mí. Y mencionar que no sabía de dónde habían salido aquellas cosas, decir que me intrigaban, es referirme en realidad al hecho de que aquella era la primera vez en mi vida que llevaba zapatos y calcetines, que hicieron que los pies me dolieran y se me hincharan y fueron la causa de que me salieran ampollas y llagas en la piel, pero yo tenía que llevarlos hasta que mis pies se acostumbraran a ellos, y mis pies —todo mi cuerpo— así lo hicieron. Aquella era una mañana como cualquier otra, tan normal como para parecer profunda: había lugares soleados y otros que no lo eran, y ambos (soleados, nubosos) ocupaban diferentes espacios en el cielo con naturalidad; estaba el verde de las hojas, la roja explosión de las flores en los vistosos árboles, el fruto amarillo pálido de los anacardos, el olor de la lima, el olor de los almendros, el café en mi aliento, la falda de Eunice golpeándome en la cara llevada por el viento, y los excitantes olores procedentes de su entrepierna que nunca olvidaré, hasta el punto de que siempre que siento mi propio olor me acuerdo de ella. El río estaba bajo, por lo que no oí el rumor del agua corriendo sobre las piedras; soplaba una brisa tan suave que las hojas no susurraban en los árboles.

Experimenté todas esas sensaciones para la vista, el olfato y el oído durante el trayecto por el sendero, bajando por el camino de la escuela. Cuando llegué a la carretera y puse en ella mi pie recién calzado, estaba haciendo aquello por primera

vez. Fui consciente de ello. Era una carretera hecha de piedras pequeñas y tierra muy prensada, y a cada paso que daba me sentía torpe; el suelo se movía bajo mis pies, que resbalaban hacia atrás. La carretera se extendía ante mí hasta desvanecerse tras una curva; seguimos andando hacia ella y, al llegar, la curva dio paso a otro tramo de carretera, al final del cual había otra curva. Llegamos a la escuela antes de que acabara la última curva. Era un edificio pequeño con una puerta y cuatro ventanas; tenía el suelo de madera; un pequeño reptil se arrastraba sobre una viga en el techo; había tres largos pupitres alineados uno detrás del otro; había una gran mesa de madera y una silla frente a los tres pupitres largos; en la pared, detrás de la mesa y la silla de madera, había un mapa; en la parte superior del mapa estaban las palabras «EL IMPERIO BRITÁNICO». Esas fueron las primeras palabras que aprendí a leer.

En aquella estancia siempre había exclusivamente chicos; no me senté en un aula con otras chicas hasta que fui mayor. No estaba asustada ante aquella situación, nueva para mí: no conocía ese sentimiento entonces y sigo sin conocerlo ahora. No estaba asustada porque mi madre había muerto ya, y eso es lo único de lo que un niño tiene realmente miedo; cuando yo nací, mi madre murió, y yo llevaba ya todos aquellos años viviendo con Eunice, una mujer que no era mi madre y no podía quererme, y sin mi padre, sin saber nunca cuándo iba a verle de nuevo, así que no estaba asustada por la nueva situación que me tocaba vivir. (Quizá no sea del todo cierto que no estuviera asustada entonces, pero sin duda aquella no iba a ser la única ocasión en la que no quisiera reconocer mi propia vulnerabilidad).

Si hablo ahora de aquellos primeros días con claridad y capacidad de reflexión no es porque invente nada, ni tendría por qué sorprender; por aquel entonces cada detalle, en el momento en que se presentaba, quedaba grabado en mi mente con tal intensidad y nitidez que ahora no dudo de la fidelidad de mis recuerdos. En aquel momento no significaban nada, carecían de contexto, yo no sabía aún cuál iba a ser el curso de los acontecimientos, no conocía los antecedentes. Mi maestra era una mujer que había sido educada por misioneras metodistas; pertenecía al pueblo africano, yo lo veía claramente, y había encontrado en ello una fuente de humillación y de aversión por sí misma; llevaba la desesperación como si fuera una prenda de vestir, como un manto o un bastón en el que apoyarse constantemente, una herencia que nos transmitiría a nosotros. No sentía afecto por nosotros; nosotros no sentíamos afecto por ella; no sentíamos afecto el uno por el otro entonces, ni nunca. Éramos siete niños y yo. Los niños también pertenecían todos al pueblo africano. Mi maestra y esos niños no dejaban de mirarme: yo tenía las cejas muy pobladas; mi cabello era áspero, tupido y ondulado; tenía los ojos muy separados y almendrados; mis labios eran grandes y se estrechaban de repente. Yo pertenecía al pueblo africano, pero no exclusivamente. Mi madre era caribeña, y eso era lo que veían cuando me miraban: el pueblo caribeño había sido vencido y luego exterminado, arrojado y esparcido como semillas en un jardín; el pueblo africano había sido derrotado pero había sobrevivido. Cuando me miraban a mí veían solo la parte correspondiente al pueblo caribeño. Se

equivocaban, pero yo no se lo dije.

Empecé a hablar bastante abiertamente entonces; conmigo misma muy frecuentemente, con otras personas solo cuando era absolutamente necesario. En la escuela hablábamos inglés —inglés correcto, no criollo—, mientras que entre nosotros hablábamos francés criollo, una lengua que no se consideraba correcta en absoluto, una lengua que nadie procedente de Francia sabía hablar y a duras penas comprendía. Yo hablaba sola porque empezó a gustarme el sonido de mi propia voz. Me parecía dulce, atenuaba mi soledad, pues me sentía sola y deseaba ver a personas en cuyos rostros pudiera reconocer algo de mí misma. Porque, ¿quién era yo? Mi madre había muerto; no había visto a mi padre desde hacía mucho tiempo.

Aprendí a leer y escribir muy deprisa. Mi memoria, mi capacidad para retener información, para reparar en los más mínimos detalles, para recordar quién había dicho qué y cuándo, fue vista con recelo y se consideró como algo insólito, tan insólito que mi maestra, que había sido educada para pensar desde el punto de vista del bien y del mal, y cuyo criterio al respecto era siempre equivocado, declaró que yo era el mal, que estaba poseída. Y para demostrar que no había duda de ello señaló de nuevo el hecho de que mi madre fuera caribeña.

Mi mundo entonces —silencioso, suave, tan vulnerable que parecía vegetal, sujeto a los caprichos impuestos por otras personas, diurno, que empezaba cada mañana con la pálida luz que se abría paso en el horizonte y finalizaba con la súbita caída de la noche cuando llegaba el ocaso— constituía para mí tanto un misterio como una fuente inagotable de placer: adoraba la cara gris del cielo, poroso, veteado, húmedo, siguiéndome camino de la escuela infinidad de mañanas, lanzándome desde arriba punzantes flechas de agua; la otra cara de ese mismo cielo, cuando era un azul duro sin refugio posible, un telón de fondo para un sol cruel; el agobiante calor que acababa por formar parte de mí, como mi sangre; los altivos árboles (los brotes de algunos de los cuales tenían el tamaño de pequeños troncos), que crecían sin moderación, como si la belleza residiera en el tamaño, y que yo podía nombrar uno por uno cerrando los ojos y escuchando el sonido que producían sus hojas al rozar unas con otras; y adoraba el momento en que las blancas flores del cedro empezaban a caer sobre la tierra con un silencio que yo era capaz de oír, sus pétalos al principio todavía frescos, un suave beso rosa y blanco, luego, un día más tarde, aplastados, marchitos y marrones, una visión molesta; y el río, que se había convertido en un pequeño lago cuando un día, sin previo aviso, cambió su curso, en cuya orilla me sentaba a observar familias de pájaros, ranas poniendo sus huevos, mientras el cielo iba cambiando alternativamente del negro al azul y del azul al negro, y la lluvia caía sobre el mar, más allá del lago, pero no en la montaña que había más allá del mar. Estando sentada en ese lugar, fue cuando soñé con mi madre por primera vez; me había quedado dormida sobre las piedras que cubrían la tierra a mi alrededor, con mi pequeño cuerpo hundido en esa superficie como si se tratara de un montón de plumas. Vi a mi madre bajando por una escalera. Llevaba un largo vestido blanco que le

llegaba a los talones, y esa era la única parte de su cuerpo que quedaba a la vista, los talones; ella seguía bajando, pero nunca se revelaba ningún otro rasgo. Solo sus talones y la orla del vestido. Al principio anhelaba ver más, pero luego me conformé con ver sus talones bajando hacia mí. Al despertar, no era la misma niña que antes de quedarme dormida. Deseé fervientemente ver a mi padre y estar constantemente en su presencia.

Un día que no había empezado de ninguna manera especial, que yo recuerde, me enseñaron cuáles eran los principios básicos para escribir una carta. Una carta tiene seis partes: la dirección de quien la envía, la fecha, la dirección del destinatario, el saludo de cortesía, el cuerpo de la carta, el acabamiento de la carta. Todo el mundo sabía que ninguna persona de la posición que yo estaba destinada a ocupar —la posición de una mujer, y pobre— necesitaría nunca escribir una carta, pero la satisfacción que les proporcionó a todas las personas relacionadas con el hecho de enseñarme a mí eso, escribir una carta, tuvo que ser inmensa. Me pegaban y me regañaban con severidad cuando cometía algún error. El ejercicio de copiar cartas de alguien cuyas penas, reflexiones o alegrías no me interesaban no me irritó entonces —yo era demasiado joven para comprender que la arrogancia puede ser un arma tan peligrosa como un puñal—; en lugar de irritarme, me indujo a escribir mis propias cartas, cartas en las que expresar mis sentimientos acerca de mi propia vida, tal y como yo la veía a los siete años de edad. Empecé a escribirle a mi padre. Escribí «mi querido papá» con una bonita y elegante caligrafía, una caligrafía que era el resultado de muchos cachetes y regañinas. Le decía que Eunice me maltrataba, tanto con palabras como físicamente, que le echaba de menos y que le quería mucho. Le escribí lo mismo una y otra vez. No entraba en detalles. No era más que el lastimero grito de socorro de un animalillo herido: «Mi querido papá, tú eres lo único que tengo en este mundo, nadie me quiere, solo tú puedes quererme, me hacen daño con palabras, me golpean con palos, me tiran piedras, eres lo que más quiero, solo tú puedes salvarme». Esas palabras no iban destinadas a mi padre en absoluto, sino a la persona de la que solo podía ver los talones. Noche tras noche veía sus talones, solo sus talones bajando a mi encuentro, bajando a mi encuentro para no volver a separarse nunca de mí.

Escribí esas cartas sin intención alguna de enviárselas a mi padre; no sabía cómo hacer aquello, enviarlas. Las doblaba de tal manera que, si las hubiera roto en pedazos, habrían quedado ocho cuadrados pequeños. No había ningún significado misterioso en ello; lo hacía solo para esconderlas mejor bajo una gran piedra que había junto a la verja de la escuela. Cada día, al salir, colocaba una carta que había escrito a mi padre debajo de la piedra. Había escrito esas cartas a escondidas, durante el poco tiempo que nos dejaban de recreo o cuando había terminado mi tarea y nadie se fijaba en mí. Fingiendo estar absorta en el trabajo que debía hacer, me dedicaba en

realidad a escribirle una carta a mi padre.

Este insignificante grito pidiendo ayuda no me procuró alivio instantáneo. Me sabía desgraciada, pero la posibilidad de mitigar mi tristeza —de que mi vida cambiara, de que mis circunstancias cambiaran— ni se me pasaba por la cabeza.

Mis cartas no permanecieron en secreto. Un niño llamado Roman me había visto ocultándolas en su escondrijo y, sin que yo lo viera, las sacó de allí. No pude contar con su complicidad, no tuvo compasión; todo instinto de protección por los más débiles había sido aniquilado en él. Le llevó mis cartas a nuestra profesora. En las cartas a mi padre yo había escrito «todo el mundo me odia, solo tú me quieres», pero no había ni pensado en enviárselas de veras a mi padre, ni siquiera estaban realmente dirigidas a mi padre. Si me hubieran preguntado entonces si de verdad sentía que todo el mundo me odiaba, que solo me quería mi padre, no habría sabido qué responder. Pero la reacción de la maestra al ver mis cartas, aquellos pequeños garabatos, me resultó estimulante. Por su parte creyó que al decir «todo el mundo» me refería a ella y solo a ella. Dijo que mis palabras eran mentira, una calumnia, que estaba avergonzada de mí, que no me tenía miedo. La maestra me dijo todo eso delante de los demás alumnos de la escuela. Ellos pensaron que me sentía humillada y se alegraron de verme caer tan bajo. Yo no me sentí humillada en absoluto. Noté algunas cosas. Me fijé en que sus dientes estaban torcidos y amarillos, y me pregunté cómo habían llegado a aquel estado. Grandes manchas de sudor en forma de media luna empapaban su vestido en las axilas, y me pregunté si yo también, al convertirme en mujer, transpiraría tan profusamente, y cómo olería. En la pared, detrás de su hombro, había una gran araña hembra con su bolsa de huevos a cuestas, y deseé alcanzarla y aplastarla con la palma de la mano, pues me preguntaba si sería del mismo tipo o de la misma familia que la araña que había estado chupándome saliva de la comisura de los labios la noche anterior mientras dormía, dejando tres pequeñas y dolorosas picaduras. Fuera lloviznaba, oía el repiqueteo de la lluvia en el techo galvanizado.

Envió las cartas a mi padre para demostrarme que tenía la conciencia tranquila. Dijo que yo había interpretado mal sus regañinas, que me las daba porque me quería y no porque me odiara como yo creía, y que eso demostraba que había caído en el pecado del orgullo. Y dijo también que tenía la esperanza de que aprendiera a ver la diferencia entre ambas cosas: el amor y el odio. Desde entonces he intentado distinguir el amor del odio y sigo sin poder hacerlo, porque a menudo se esconden tras el mismo rostro. Cuando me dijo eso, la miré a la cara intentando discernir si era cierto que me quería y que sus palabras, que tan a menudo parecían violentos bofetones, eran realmente una expresión de amor. En aquel momento, su rostro no me pareció amoroso, pero quizá me equivocaba; quizás era todavía demasiado niña para juzgarlo, demasiado niña como para saberlo.

En el primer momento no me di cuenta del alcance de lo que había sucedido, de lo que había hecho: por mucho que no lo hiciera conscientemente, por mucho que careciera de objetivo, lo cierto es que, con solo utilizar unas pocas palabras, hice que

cambiara mi situación; puede incluso que me salvara la vida. Después de aquello, hablar de mi propia situación, conmigo misma o con otras personas, es algo que ya siempre haría. Fue así como me convertí en una persona tan extremadamente consciente de mí misma, tan preocupada por mis propias necesidades, tan resuelta a satisfacerlas, consciente de mis oprobios, consciente de mis placeres. Aquella azarosa e infantil expresión de dolor y sufrimiento hizo que cambiara mi vida, y tomé buena nota de ello.

Mi padre vino a buscarme vestido con un uniforme de carcelero. Para él eso no quería decir nada, carecía de significado. Había vuelto a Roseau procedente del poblado de St. Joseph, donde había estado desempeñando sus funciones de policía. Nadie me había avisado de que llegaría aquel día, y no le esperaba. Volví de la escuela cuando le vi aguardando en la última curva de la carretera que llevaba hasta la casa en que vivía. Me sorprendió verle, pero solo reconocí que estaba sorprendida para mis adentros; no permití que nadie más se diera cuenta de ello. La razón de que hubiera echado tanto de menos a mi padre —la razón por la que había dejado de venir a la casa en que yo vivía para traer su ropa sucia y llevarse la limpia— era que se había vuelto a casar. Me lo habían explicado, pero para mí era un misterio lo que eso pudiera significar; no fue distinto de la primera vez que me explicaron que el mundo era redondo; pensé: ¿Qué puede significar eso, qué debe de ser? Mi padre se había vuelto a casar. Me cogió de la mano, dijo algo, hablaba en inglés; su boca empezó a retorcerse alrededor de las palabras que estaba pronunciando en una mueca que le hizo aparecer ante mí como alguien bueno, atractivo, incluso cariñoso. Comprendí lo que me dijo: ahora tenía una casa para mí, una buena casa; me gustaría su esposa, mi nueva madre; me quería tanto como a sí mismo, quizá más, porque le recordaba a alguien a quien sin duda había querido más que a sí mismo. Me encantaría mi nueva casa; iba a adorar el cielo sobre mi cabeza y la tierra que pisaba.

Pronunció la palabra «amor» con tal frecuencia que acabó por convertirse para mi corazón de siete años de edad, para mi mente de siete años de edad, en un indicio de que tal cosa no existía. Los ojos de mi padre se hacían diminutos y luego volvían a agrandarse; él creía en lo que estaba diciendo, que eso era bueno, porque yo no lo creía así. Pero no haría nada por detener aquella evolución, aquella novedad, aquella oportunidad de alejarme de allí; y no es que le creyera, pero no tenía ninguna razón para oponerme, ninguna razón de peso. Aún no era tan cínica como para pensar que todo lo que oía escondía en el fondo otra realidad, la auténtica verdad.

Le di las gracias a Eunice por haber cuidado de mí. No era sincera, no podía ser sincera, no sabía cómo ser sincera al decir algo así, pero si lo dijera ahora sí sería sincera. No me despedí; en el mundo en que vivía entonces, y también en el mundo en el que vivo ahora, las despedidas no existen, es un mundo pequeño. Todas mis pertenencias cupieron en una mochila de muselina que él metió en la bolsa que

cargaba el burro que le había llevado hasta allí. Me montó en el burro y él se sentó detrás de mí. Esa era la imagen que ofrecíamos mientras le daba la espalda a la pequeña casa en la que había pasado los primeros siete años de mi vida: un hombre, un hombre que ya era importante, con su hijita, a lomos de un burro, al final del día, un día corriente, un día sin nada especial si tú contabas menos que una mota en una página impresa. Oía la respiración de mi padre; no era la respiración que daba aliento a mi vida. De vez en cuando mi nuca tocaba su pecho, oía el latido de su corazón a través de la camisa, de aquel uniforme que asustaba a la gente cuando le veían acercarse con él puesto, pues su presencia cuando llevaba aquellas ropas casi nunca significaba nada bueno. Pero en mi vida, en aquel momento, su presencia era benéfica; resultaba terrible que no hubiera pensado en cambiarse de ropa; era terrible que yo notara que no lo había hecho, era terrible que una cosa así fuera importante para mí.

Asumí de inmediato esta nueva experiencia —dejar atrás el pasado definitivamente, trasladarme de un lugar a otro sabiendo que todo lo que había vivido quedaría segado en ese punto para siempre— como si se tratara de un regalo de la naturaleza, como si fuera ley de vida. Este, el más simple de los actos, dar la espalda a algo, es una de las cosas más difíciles que se puedan hacer, pero una vez consumado cuesta creer que te haya resultado duro en absoluto. Yo no había sido capaz de hacerlo sola, pero me daba cuenta de que sí había desencadenado una serie de acontecimientos que lo habían hecho posible. Si por alguna razón me hubiera vuelto a encontrar sentada en aquella aula de la escuela, o sentada de nuevo en el patio de Eunice, durmiendo en su cama, comiendo con sus hijos, nada de eso habría ejercido sobre mí una influencia tan poderosa como antes, no habría tenido el poder de hacerme sentir desamparada y avergonzada de mi propio desamparo.

Mientras cabalgábamos, yo no podía ver la expresión del rostro de mi padre, no sabía lo que estaba pensando, no le conocía lo bastante como para adivinarlo. Empezó el camino carretera abajo en la dirección opuesta de la que llevaba a la escuela. Aquel tramo de carretera era nuevo para mí y, sin embargo, había cierta familiaridad en él que me hizo sentir triste. Al doblar cada curva, aparecía el familiar color verde oscuro de los árboles que crecían con una ferocidad que ninguna mano había intentado todavía restringir, un verde tan implacable que alcanzaba al mismo tiempo una gran belleza y una gran fealdad y, sin embargo, también una gran humildad; era, existía en sí mismo: no se le podía añadir nada; no se le podía quitar nada. Todos y cada uno de los precipicios que se encontraban a lo largo de la carretera eran escarpados y peligrosos, y caer por cualquiera de ellos habría supuesto la muerte o quedar tullido para siempre. Y a todas y cada una de las cuestas les seguía una pendiente, siempre estrangulada al fondo por la misma exuberancia de plantas florecientes cuyo sentido todavía desconozco. Y cada una de las curvas que giraban a la izquierda dejaba pronto paso a otra curva que giraba a la derecha.

El día empezó entonces a teñirse con los colores del fin, los colores de un funeral,

gris, malva, negro; la tristeza que llevaba dentro se me hizo patente. Yo formaba parte de un cortejo de nostalgia que se iba alejando de mi antigua vida, una existencia que había vivido durante solo siete años. Pero no me sentí vencida. La oscuridad de la noche cayó sobre nosotros como siempre de repente, sin previo aviso. Tampoco entonces me sentí vencida. Mi padre me rodeó con el brazo, como para protegerme de algo: de algún peligro que yo no veía en el aire frío, de un espíritu maligno, de una caída. Al principio su abrazo era suave; luego se fue estrechando hasta hacerse tan fuerte como un cinturón de hierro, pero incluso entonces no me sentí vencida.

Entramos en el poblado rodeados de oscuridad. No había luces por ninguna parte, no ladraba un solo perro, no nos cruzamos con nadie. Entramos en la casa en la que vivía mi padre; había una luz procedente de una bonita lámpara de cristal, un objeto que yo no había visto nunca antes; la llama se alimentaba gracias a un líquido claro que contenía la base de la lámpara, en la que había grabados en relieve que representaban cabezas de animales desconocidos para mí. La lámpara estaba en una estantería, y la estantería estaba hecha de caoba, con los soportes acabados en forma de garras apretadas. La estancia estaba atestada, había una silla en la que podían sentarse dos personas al mismo tiempo, otras dos sillas individuales y una mesita baja cubierta con un pedazo de lino blanco. Las paredes y el tabique que separaba aquella habitación del resto de la casa estaban forrados de papel, y el papel estaba decorado con pequeñas rosas de color pálido. Nunca había visto nada igual, excepto una vez, mientras hojeaba un libro en la escuela, pero la imagen que había visto entonces era un dibujo que ilustraba una historia acerca de las actividades domésticas de un pequeño mamífero que vivía en el campo con su familia. En su madriguera, las paredes estaban cubiertas de un papel parecido. Yo había creído que aquella historia del pequeño mamífero era una invención para divertir a los niños, pero esto era realmente la casa de mi padre, una casa con una brillante lámpara en una habitación, y una habitación que parecía existir solo provisionalmente.

En aquel momento, me di cuenta de que había muchas cosas que yo no conocía, aparte de la más importante de las cosas que no conocía: a mi madre. No conocía a mi padre; no sabía de dónde era ni qué tipo de personas o cosas le gustaban; no conocía la tierra por la que acababa de pasar a lomos de un animal; no sabía quién era yo ni qué estaba haciendo allí de pie, en aquella habitación provisional con la lámpara. Un gran océano de todas las cosas que desconocía se abrió ante mí, y sus poderosas y traicioneras corrientes empezaron a girar en mi cabeza una y otra vez hasta que estuve segura de estar muerta.

Solo me había desmayado. Poco después abrí los ojos para ver el rostro de la esposa de mi padre sobre el mío, bastante cerca. Tenía el rostro del mal. No se me ocurría ningún otro rostro con el que comparar el suyo; yo solo sabía que su rostro era el del mal. No le gusté. Lo noté. No sintió afecto por mí. Lo noté. No pude ver en seguida el resto de su persona... solo su rostro. Pertenecía al pueblo africano y al pueblo francés. Era de noche y estaba en su casa, así que llevaba el cabello

descubierto; era suave y a la vez muy rizado, y lo llevaba dividido con la raya en medio formando dos trenzas prendidas con horquillas por detrás. Sus labios tenían la forma propia de las personas que viven en un clima frío: eran delgados y poco generosos. Sus ojos eran negros, pero no estaban llenos de belleza, sino de mentira. Tenía la nariz larga y afilada, como una flecha; también sus pómulos eran prominentes. Yo no le gustaba. No me quería. Lo notaba en la expresión de su rostro. Mi espíritu se elevó para afrontar aquel desafío. Sin amor: era capaz de vivir en un lugar así. Conocía aquella atmósfera demasiado bien. El amor me había defraudado. El amor siempre me defraudaría. Podía vivir perfectamente en un ambiente sin amor; podía tener mi propia vida en aquella atmósfera carente de amor. Me acercó una taza a la boca, con la otra mano me acarició la cara, y sentí frío; me estaba dando una infusión, algo para reanimarme, pero sabía amargo, como una pócima dañina. Mi pequeña lengua impidió que me entrara en la boca más de una gota, pero su sabor amargo reconfortó mi joven corazón. Me senté. Nuestras miradas no se encontraron; era aún demasiado niña para hacer frente a un desafío así, no podía hacer otra cosa que dejarme guiar por el instinto.

Me condujeron por un corto corredor hasta una habitación. Aquella iba a ser mi alcoba; mi padre vivía en una casa en la que había suficientes habitaciones como para que yo pudiera ocupar una solo para mí. Este hecho insignificante se convirtió de inmediato en algo esencial para mi vida: asumí la evidencia de que iba a gozar de intimidad sin poner reparos. Mi habitación estaba iluminada por una lámpara pequeña, del tamaño de mi ya crecido puño, a la luz de la cual vi mi cama: pequeña, de madera, una sábana blanca sobre el colchón relleno de copra, una almohada plana, cuadrada. Tenía un lavamanos en el que había una jofaina y una jarra con agua. No vi ninguna toalla. (De todas formas, yo entonces no sabía asearme como es debido, y la lección que más adelante recibí al respecto fue acompañada de un montón de improperios). No había ningún cuadro en la pared. Las paredes no estaban empapeladas; la madera desnuda, de pino, no estaba pintada. Era la más sencilla y humilde de las habitaciones, pero había en ella más lujo del que hubiera imaginado nunca, me ofrecía algo que hasta entonces ni siquiera sabía que necesitaba: me ofrecía soledad. Todo mi pequeño ser podría encontrar un poco de paz, tanto física como espiritual ahí, en ese pequeño espacio que era mío, en el que podía sentarme y hacer balance de mi vida.

Me senté en la cama. Tenía el corazón destrozado; quería llorar, me sentía muy sola. Me sentía en peligro, me sentía amenazada; a cada minuto que pasaba sentía con mayor certeza que alguien deseaba mi muerte. La esposa de mi padre vino a darme las buenas noches y apagó la lámpara. En ese momento me habló en criollo francés; estando él presente me había hablado en inglés. Luego haría eso conmigo siempre, mientras duró nuestra relación, pero aquella primera vez, en el refugio de mi habitación, a mis siete años de edad, reconocí en ello un intento por su parte de despojarme de toda legitimidad, de asociarme con aquella lengua bastarda de la gente

considerada irreal, la gente convertida en sombras, los eternamente humillados, los que siempre estarían en el peldaño más bajo. Se dirigió entonces a la parte de la casa en la que ella y mi padre dormían; estaba lo bastante alejada como para que pudiera oír el sonido de sus pasos apagándose hasta desvanecerse por completo; aun así, les oí hablar, oí el timbre de sus voces ascendiendo como un remolino hacia el espacio vacío que quedaba bajo el techo. Mantenían una conversación; no pude llegar a descifrar sus palabras; las emociones parecían neutras, ni apasionadas ni frías. Se produjo un silencio; breves jadeos y suspiros; los ruidos que hace la gente cuando duerme, dejando escapar el aire por la boca.

Me tumbé para dormir y soñar con mi madre..., pues sabía que eso era lo que haría, sabía que me forzaría a hacerlo, lo necesitaba. Ella bajaba por las escaleras sin descanso, una y otra vez, solo visibles sus talones y el borde de su vestido blanco; abajo, abajo, una y otra vez. Pasé la noche entera observándola en mi sueño. No veía su rostro. No me sentía decepcionada. Me hubiera encantado ver su rostro, pero eso había dejado de representar un anhelo que me produjera ansiedad. Ella cantaba una canción, pero no había palabras en ella; no era una canción de cuna, no era sentimental, no pretendía tranquilizarme cuando la hostilidad y rudeza de la vida agitaban mi alma; solo era una canción, pero el sonido de su voz era como un pequeño tesoro en un cofre abandonado, un tesoro que en lugar de estupefacción inspira alegría y eterno placer.

Dormí toda la noche y, mientras dormía, vi sus pies bajando la escalera, peldaño tras peldaño, sin llegar a ver nunca su rostro, oyendo cómo su voz entonaba aquella canción, a veces limitándose a tararearla, otras a pleno pulmón. Todavía hoy sigue apareciendo de vez en cuando en mis sueños, aunque ya no canta ni emite ningún tipo de sonido... Ahora vuelve a ser como al principio, solo su imagen bajando una escalera, dejando ver únicamente sus talones y la orla blanca del vestido sobre ellos.

Llegué a la casa de mi padre envuelta en el manto de voluptuosa negrura que es la noche; siguió naturalmente una mañana. Desperté en el falso paraíso en que había nacido, el falso paraíso en el que moriré, el mismo paisaje que había conocido siempre, por encima de cualquier crítica en todos y cada uno de sus aspectos, a la vez hermoso y repulsivo, humilde y orgulloso; lleno de vida, lleno de muerte, capaz de sustentar la primera, inevitablemente abocado a reclamar la segunda.

La esposa de mi padre me enseñó a asearme. No lo hizo con amabilidad. Mi constitución y mi olor personal le proporcionaron la oportunidad de cubrirme de desprecio. Reaccioné de una forma que a estas alturas se ha convertido en uno de los rasgos característicos de mi personalidad: me gustaba todo aquello que me decían debía aborrecer, y me gustaba más que ninguna otra cosa. Me encantaba el olor de la gruesa capa de suciedad que llevaba detrás de las orejas, el olor de mi aliento, pues no me lavaba la boca, el olor que me llegaba de entre las piernas, el olor de las axilas,

el olor de mis pies sin lavar. Cualquier cosa de mi persona que resultara ofensiva, cualquier cosa que fuera innata en mí, cualquier cosa que no pudiera evitar y no supusiera una debilidad moral..., todas esas cosas que formaban parte de mi naturaleza yo las adoraba con un fervor casi devoto. Sus manos estaban frías, y cuando me tocó con ellas me hizo daño. Nunca llegaríamos a querernos. En ella anidaba una desesperación que tenía sus raíces en un deseo frustrado durante mucho tiempo: aún no había podido darle a mi padre ningún hijo. Me tenía miedo; tenía miedo de que por mi culpa mi padre pensara en mi madre más que en ella. Aquella primera mañana me dio algo de comer y estaba rancio, mohoso, como si hubiera estado conservándolo expresamente para que me causara repugnancia. Después de eso ya nunca más volví a comer lo que ella me daba; aprendí a prepararme mi propia comida, lo que se convirtió en un rasgo característico por el que todo el mundo me conocería: era una niña que se preparaba su propia comida.

Algunas partes de mi vida, ciertos incidentes de mi vida de entonces, cuando los recuerdo ahora parecen haber sucedido en un lugar muy pequeño y oscuro, un lugar del tamaño de una casa de muñecas, y la casa de muñecas está en el fondo de un agujero, y yo estoy arriba, por encima del agujero, atisbando el interior de esa casa diminuta, intentando descubrir exactamente qué es lo que pasó allá abajo. Y a veces, cuando observo esa imagen, ciertas cosas no están en el mismo sitio que la última vez que miré: son distintas las cosas que se encuentran sumidas en las sombras en cada momento, distintas las cosas que están iluminadas.

La esposa de mi padre deseaba verme muerta; al principio de una forma que le habría permitido hacer una gran exhibición del profundo dolor que sentía por mi muerte: un accidente, un designio de Dios. Pero luego, cuando empezó a pasar el tiempo sin que ocurriera ningún accidente y sin que a Dios pareciera preocuparle en absoluto si yo estaba viva o muerta, intentó ocuparse ella misma de mi muerte. Me regaló un collar hecho de bayas secas, madera pulimentada, piedras y conchas marinas. Era precioso, demasiado bonito para una niña, pero cualquier niña, una niña de verdad, se habría sentido deslumbrada por su belleza, se habría dejado seducir y se lo habría puesto de inmediato alrededor del cuello. Yo no era una niña de verdad. Me deshice en agradecimientos. Le di las gracias otra vez. No me llevé el collar a mi pequeña habitación. No quise ni tenerlo cerca durante mucho tiempo. Le busqué un sitio en la siempre exuberante arboleda que había en la parte trasera de la casa. Ella no lo sabía todavía; cuando finalmente lo descubrió, envió a vivir allí algo que yo no podía ver y que me hizo huir despavorida. Fue en aquel lugar secreto en el que había dejado el collar hasta que me sintiera capaz de decidir qué hacer con él. Ella me miraba el cuello y notaba que no lo llevaba puesto, pero nunca volvió a mencionar el collar. Ni una sola vez. Nunca me animó a ponérmelo en absoluto. Tenía un perro que se llevaba al campo con ella; el perro era un regalo de mi padre, para protegerla del

daño que le pudieran hacer los seres humanos de carne y hueso, un peligro que en este caso sí era real. Se trataba de que de alguna manera se sintiera a salvo. Un día le puse el collar al perro alrededor del cuello, ocultándolo entre los pelos; en veinticuatro horas se volvió rabioso y murió. Si ella encontró el collar alrededor de su cuello nunca me lo mencionó. Después de eso quedó embarazada y dio a luz al primero de sus dos hijos, con lo que empezó a prestarme menos atención; pero no por ello dejó de desear mi muerte.

La escuela a cuyas clases asistía se encontraba en el siguiente poblado, a unos ocho kilómetros de distancia, que recorría en compañía de otros niños, la mayoría chicos. Teníamos que cruzar un río, pero durante la estación seca eso equivalía a andar tranquilamente sobre las piedras del lecho del río. Cuando llovía y el nivel del agua estaba muy alto, nos quitábamos la ropa, hacíamos un atado con ella, nos lo poníamos en la cabeza y cruzábamos el río desnudos. Un día en que el río bajaba muy alto y lo estábamos cruzando desnudos, vimos a una mujer cerca de la desembocadura al mar. Allí había bastante profundidad, y no podíamos asegurar si estaba sentada o de pie, pero sabíamos que estaba desnuda. Era una mujer muy bella, más bella que ninguna otra mujer que hubiera visto antes, de una belleza que tenía sentido para nosotros, no una belleza a la manera europea: tenía la piel de color marrón oscuro, su pelo era negro y brillante, ondulado en apretados rizos que le cubrían la cabeza. Su rostro era como una luna, una luna suave, marrón y reluciente. Abrió la boca y de ella surgió un sonido extraño y dulce. Yo estaba hipnotizada; todos nos paramos a mirarla. Estaba rodeada de mangos —era la estación propia de ese fruto—, todos ellos maduros, y aquellas sombras de rojo, rosa y amarillo resultaban tentadoras y sumamente apetitosas. Nos hizo señas para que nos acercáramos a ella. Alguien dijo que no era en absoluto una mujer auténtica, que no debíamos ir, que teníamos que huir de allí. Pero no podíamos marcharnos. Y entonces aquel chico, cuyo rostro recuerdo porque era como una máscara, como la máxima expresión masculina que yo hubiera conocido de fanfarronería y presunción, empezó a avanzar hacia ella, y cuanto más se acercaba más se reía. Cuando pareció llegar al lugar en que ella se encontraba, esta se alejó, aun sin dejar de estar en el mismo sitio; él nadó hacia ella y la fruta, y cada vez que estaba a punto de llegar, ella volvía a alejarse como por arte de magia. Él siguió nadando hasta que le fallaron las fuerzas y empezó a hundirse; los demás ya solo pudimos ver parte de su cabeza, solo pudimos ver sus manos. Luego desapareció por completo de nuestra vista y ya no vimos nada excepto una serie de círculos concéntricos que se expandían a partir del punto en que él había estado, como si alguien hubiera arrojado allí un guijarro. También la mujer y su fruta se desvanecieron, como si nunca hubieran estado allí, como si nada de todo aquello hubiera sucedido nunca.

El chico desapareció; no volvió a ser visto nunca, ni siquiera muerto, y cuando el río se secó en aquel lugar, fuimos en su busca, pero no estaba allí. Fue como si nunca hubiera sucedido, y entre nosotros hablábamos de aquello como si fuera producto de

nuestra imaginación, pues nunca lo mencionábamos en voz alta, nos limitábamos a aceptar que había ocurrido, hasta que llegó a existir únicamente en nuestras mentes, como un acto de fe, como la Inmaculada Concepción para algunas personas u otros milagros similares. Y tenía el mismo poder de despertar la fe y la incredulidad, con la única diferencia respecto a la Inmaculada Concepción de que aquello lo habíamos visto con nuestros propios ojos. Yo vi cómo sucedía. Vi a un chico en cuya compañía solía ir andando hasta la escuela nadar desnudo al encuentro de una mujer también desnuda y rodeada de fruta madura, y desaparecer bajo las turbias aguas del río en la zona de su desembocadura, donde se une al mar. Aquel chico desapareció allí y nadie volvió a verle nunca. Aquella mujer no era en realidad una mujer; era alguna otra cosa que adoptó la forma de una mujer. Fue casi como si la realidad de aquel horror resultara tan sobrecogedora que acabó por convertirse en leyenda, como si hubiera sucedido hacía muchísimo tiempo y a otras personas, no a nosotros. Sé de algunos amigos que fueron testigos de ese suceso junto conmigo y que, olvidando que yo estaba presente, me lo han relatado de una cierta forma muy particular, como desafiándome a creerles; pero es así solo porque ellos mismos no acaban de creer en lo que dicen; han dejado de creer en lo que vieron con sus propios ojos, o en su propia realidad. Para mí todo esto ha dejado de carecer de explicación. Todo lo que nos concierne está en cuestión, y somos nosotros, los derrotados, quienes definimos todo aquello que es irreal, todo lo que no es humano, todo lo que ha sido despojado de amor, todo lo que carece de compasión. Nuestra experiencia no puede ser interpretada por nosotros mismos; nosotros no conocemos la auténtica verdad acerca de ella. El nuestro no era el Dios correcto, la nuestra no era una forma respetable de comprender el significado de paraíso e infierno. Creer en aquella aparición de una mujer desnuda con los brazos extendidos llamando por señas a un niño para que fuera al encuentro de su propia muerte era una creencia propia de los hijos ilegítimos de la tierra, de los pobres, de los que están abajo. Yo creí en aquella aparición entonces y sigo creyendo en ella ahora.

¿Quién era mi padre? No simplemente quién era para mí, su hija, sino... ¿quién era él realmente? Era un policía, pero no un policía corriente; el grado de temor que inspiraba era mayor del que podía esperarse de cualquiera que ocupara su cargo. Citaba a las personas que quería ver, hombres, en su casa, el lugar en el que vivía con su familia —esa unidad de la que ahora, en cierto modo, también yo formaba parte—, y luego hacía esperar a esas personas durante horas; en ocasiones ni siquiera se presentaba a sus citas. Aquellos hombres le aguardaban, algunas veces sentados sobre una piedra que había a la entrada del patio, otras paseando arriba y abajo, entrando y saliendo del patio, haciendo chirriar la verja, y eso siempre provocaba el enfado de su esposa, que salía a quejarse a aquella gente, hablándoles groseramente, con una mala educación exagerada para la molestia que pudiera suponer el chirrido de la verja.

Ellos le esperaban sin quejarse, quedándose dormidos de pie, quedándose dormidos mientras esperaban sentados en el suelo, con la boca abierta y cayéndoles la baba, las moscas chupando su saliva de la comisura de los labios. Esperaban, y cuando él no se dignaba siquiera aparecer por allí, se iban para volver al día siguiente, con la esperanza de poderle ver; a veces lo conseguían, otras no. Ese modo de comportarse no tenía consecuencias negativas para él; sencillamente, era su forma de tratar a la gente. No le interesaba, o eso es lo que yo pensé al principio... Pero por supuesto que le interesaba; esa forma suya de causar sufrimiento estaba muy bien calculada; él formaba parte de todo un sistema de vida imperante en la isla que perpetuaba el dolor.

En la época en que yo fui a vivir con él, hacía poco que había acabado de dar forma definitivamente a la máscara que sería ya su rostro para lo que le quedaba de vida: la piel tirante, los ojos pequeños y hundidos como si estuvieran profundamente clavados en el interior de su cabeza, de tal forma que era imposible encontrar en ellos ningún indicio acerca de él, los labios separados en una sonrisa. Parecía digno de confianza. Su ropa estaba siempre bien planchada, limpia, inmaculada. No le gustaba que la gente le conociera demasiado bien; intentaba no comer nunca en presencia de extraños, ni delante de las personas que le tenían miedo.

¿Quién era? Todavía hoy no he dejado de preguntármelo ni un instante. ¿Quién era? Era un hombre alto; tenía el pelo rojo; sus ojos eran grises. Su esposa, la mujer con la que se casó tras la muerte de mi madre al darme a luz a mí, era única hija de un ladrón, un hombre que cultivaba bananas y café y cacao en tierra de su propiedad (estas cosechas eran luego vendidas a un tercero, un europeo que las exportaba). Se entregó a mi padre sin dinero, pero su progenitor le proporcionó al mío muy buenos contactos. Compraban juntos la tierra de otras personas, repartían las ganancias de forma satisfactoria para ambos, nunca discutían, pero tampoco parecían ser grandes amigos. Mi padre nunca tuvo nada parecido a un buen amigo. No sé cuándo conoció a la hija del que había sido su cómplice en las fechorías que cometió. Puede que haya sido durante una noche estrellada, o una noche sin ninguna luz brillando allá arriba, o durante un día con un sol grande y reluciente en el cielo, o tan inhóspito que uno se sintiera triste solo por el hecho de estar vivo. No lo sé y no quiero averiguarlo. Ella tenía una voz un tanto chillona y vehemente; si existe alguna lengua capaz de hacer que su voz resultara musical y por lo tanto invitara al deseo, yo aún no la conozco.

Por aquel entonces mi padre debía de quererme, pero nunca me lo dijo. Jamás le oí decirle esas palabras a nadie. Deseaba que yo siguiera yendo a la escuela, y se aseguró de que así fuera, pero no sé por qué lo hizo. Él quería que continuara yendo a la escuela durante más tiempo del que era habitual para la mayor parte de las niñas. Y fui a la escuela hasta después de los trece años. Nadie me dijo lo que debía hacer con mi vida cuando acabara la escuela. El hecho de que yo fuera a la escuela suponía un gran sacrificio, pues como su esposa señalaba frecuentemente, habría resultado mucho más útil en la casa. Él me daba libros de lectura. Me dio una biografía de John Wesley, fundador del metodismo, y mientras la leía me pregunté qué tendría que ver

conmigo la vida de un hombre tan lleno de tumultuosa espiritualidad y devoción. Mi padre se había convertido al metodismo, asistía a la iglesia todos los domingos; enseñaba en la escuela dominical. Cuanto más robaba, cuanto más dinero tenía, más a menudo iba a la iglesia. No es insólito que ambas cosas estén relacionadas. Y, a medida que iba aumentando su riqueza, también se hacía más inalterable la máscara que llevaba por rostro, hasta el punto de que ya no recuerdo cuál era su verdadero aspecto, el que tenía las primeras veces que le vi, hace tanto tiempo, antes de vivir con él. Así pues, en aquel tiempo, tanto mi madre como mi padre eran un misterio para mí: una a causa de la muerte, el otro a causa del laberinto de la vida; a una no la había visto nunca, al otro le veía constantemente.

Mi pequeño mundo estaba lleno de peligro y falsedad, pero no me atemoriqué, no fui más cauta por ello. Aunque no era insensible al peligro que la esposa de mi padre suponía para mí, y tampoco era insensible al peligro que en su opinión mi presencia suponía para ella. Así, en casa de mi padre, que era el hogar de ella, intentaba disimular mis sentimientos camuflándome bajo una actitud apocada y timorata. En realidad, no me sentía en deuda por nada en absoluto, no había hecho nada, ni deliberada ni accidentalmente, que justificara aquella forma mía de estar siempre como suplicando perdón, pero esa apariencia pusilánime era un arma... una manera de desviar su atención de mí, de persuadirla para que pensara en mí como en alguien digno de compasión, una niña ignorante. Ella no me gustaba, yo no deseaba su muerte, solo quería que me dejara en paz. Tenía mucho cuidado de no ir demasiado lejos con ese talante bondadoso, porque no quería granjearme la simpatía de nadie más, y la de mi padre menos que ninguna, ya que contaba con la posibilidad de que se sintiera celosa. Tenía otra versión de esa rectitud que era la que mostraba en la escuela. Para mis profesores yo parecía callada y estudiosa; era pudorosa, es decir, ante ellos no parecía sentir el más mínimo interés por mi cuerpo ni por el cuerpo de ninguna otra persona. Esta fastidiosa y aburrida pretensión era solo una de las muchas cosas que se me exigían por el mero hecho de pertenecer al sexo femenino. Desde el instante en que salía de la cama a primera hora de la mañana hasta que volvía a acostarme en la oscuridad de la noche, transigía en actuar infinidad de veces con falsedad y engaño, pero sabía muy bien quién y cómo era yo realmente.

Mientras yacía en mi cama durante la noche, afinaba el oído para escuchar los sonidos tanto del interior como del exterior de la casa, identificando cada ruido, distinguiendo lo real de lo irreal: discernía si los chillidos que rasgaban la noche, dejando que la oscuridad cayera sobre la tierra como en multitud de jirones, eran chillidos de murciélagos o procedían de alguien que había adoptado la forma de un murciélago; si el sonido de alas batiendo en aquel espacio totalmente desprovisto de luz era el vuelo de un pájaro o alguien que había adoptado la forma de un pájaro. El sonido de la verja al abrirse era mi padre llegando a casa mucho después de que la quietud del sueño se hubiera apoderado de la mayor parte de su familia, sus pasos furtivos pero firmes, entrando en el patio, subiendo los peldaños; su mano abriendo la

puerta de entrada de su casa, cerrando la puerta tras él, haciendo girar la barra que atrancaba la puerta, andando hacia el otro lado de la casa; nunca comía nada cuando volvía a casa tarde por la noche. Entonces, durante la noche, el sonido del mar se oía con toda claridad, a veces como un suave silbido, un ligero chapoteo de olas lamiendo la costa de rocas negras, otras veces con la furia del agua hirviente de una caldera que se sostuviera de forma inestable sobre un gran fuego. Y algunas veces, cuando la noche era absolutamente silenciosa y absolutamente negra, oía, fuera, el prolongado suspiro de alguien que iba camino de la eternidad; y de todas las cosas, era eso lo que turbaba la inquieta paz de todo lo que era real: los perros durmiendo bajo las casas, las gallinas en los árboles, los propios árboles agitándose, no de una forma que sugiriera la posibilidad de que fueran a desarraigarse, solo agitándose, como si desearan poder huir corriendo. Y, si seguía escuchando, podía oír el sonido de aquellos seres que se arrastraban sobre el vientre, el de los que llevaban agujones emponzoñados, y los que llevaban un veneno mortal en su saliva; oía a los que estaban cazando, a los que eran cazados, el lastimero grito de aquellos que estaban a punto de ser devorados, seguido por la momentánea satisfacción de los que devoraban: noche tras noche oía todo eso, una y otra vez. Solo dejaba de escuchar después de que mis manos hubieran recorrido todo mi cuerpo acariciándolo amorosamente, deteniéndose por fin en ese lugar suave y húmedo entre las piernas, y un grito sofocado de placer que no habría permitido a nadie oír hubiera escapado de mis labios.



Quizás era inevitable que en cuanto llegara a conocer como la palma de la mano el largo camino que llevaba desde la casa de mi padre hasta la escuela, en el siguiente poblado, tuviera que dejarlo atrás. Ese trayecto, ocho kilómetros a la ida, ocho kilómetros a la vuelta, nunca dejó de inspirarnos cierto espanto a todos los niños que lo recorriamos, por lo que procurábamos no estar nunca solos. Siempre íbamos en grupo. Ningún año, en ningún momento, superamos la docena, más niños que niñas. No éramos amigos; eso no era visto con aprobación. No debíamos confiar jamás los unos en los otros. Era una especie de consigna que continuamente nos repetían nuestros padres; fue parte de mi educación, como una forma de demostrar buenos modales: No puedes confiar en esa gente, me decía mi padre, exactamente las mismas palabras que los padres de los demás niños les decían a ellos, hasta puede que en el mismo momento. El hecho de que «esa gente» fuéramos nosotros mismos, aquella insistencia en que desconfiáramos de los demás... la razón de que personas de apariencia física tan parecida, que compartíamos una historia común de sufrimiento y humillación y esclavitud, tuviéramos que aprender a desconfiar entre nosotros ya desde niños, ha dejado de ser un misterio para mí. Las personas de las que instintivamente hubiéramos debido desconfiar escapaban a nuestra influencia por completo; nuestra necesidad de derrotarlas, de liberarnos de ellas, era algo mucho más profundo que la desconfianza. La desconfianza era solo uno de los muchos sentimientos que abrigábamos el uno por el otro entre nosotros mismos, todos ellos opuestos al amor, todos ocupando el lugar del amor. Era como si compitiéramos entre nosotros por un premio secreto y temiéramos que lo consiguiera otro; cualquier expresión de amor, por tanto, no habría sido sincera, pues el amor podría darle ventaja a otro.

No éramos amigos. Caminábamos juntos impulsados por un compañerismo fundado en el miedo, miedo a cosas que no podíamos ver, y cuando aquellas cosas se veían, a menudo no éramos capaces de comprender del todo el peligro que entrañaban, hasta tal punto era confusa gran parte de la realidad. No nos acercábamos los unos a los otros hasta estar fuera de los límites de nuestro poblado y del alcance de la vista de nuestros padres. Charlábamos, pero nuestra conversación giraba siempre en torno al miedo. ¿Cómo no iba a ser así? Habíamos visto a aquel chico ahogarse en la desembocadura del río que cruzábamos todos los días. Si nuestra educación hubiera sido fructífera, la mayoría nos habríamos negado a creer que habíamos sido testigos de algo así. Afirmar que habíamos visto a aquel chico manteniéndose a flote mientras iba al encuentro de una mujer rodeada de fruta, y luego desvanecerse en las crecidas aguas de la desembocadura del río, era como admitir que vivíamos en una oscuridad de la que no podíamos ser redimidos. En cuanto a mí, no necesito ni necesitaba entonces ninguna redención.

Mi padre no creyó que hubiera presenciado cómo se ahogaba aquel chico. Se enfadó conmigo por decir que lo había visto; echó la culpa a las compañías de las que me rodeaba. Dijo que no debía hablar con aquellos otros niños; dijo que no procedían

de casas respetables ni de buenas familias; dijo que tenía que recordar que él era mi padre y que ocupaba un importante cargo oficial, y que el hecho de que yo dijera ese tipo de cosas no podía causarle más que dificultades. Recuerdo sobre todo la forma en que me dijo que yo no había visto lo que sabía entonces y sé todavía hoy: lo que vi. Mi padre había heredado del suyo una palidez fantasmal, una piel por cuyo aspecto se diría que está esperando ser cubierta por una nueva piel, una piel de verdad, y sus ojos eran grises, también como los de su padre, y lo mismo sucedía con el pelo, que era rojo y castaño, una vez más igual al de su padre; solo en la textura del cabello, espeso y ensortijado, se parecía a su madre. Era una mujer originaria de África, nadie sabía exactamente de qué lugar de África, y tampoco habría servido de nada averiguarlo, simplemente era de algún lugar de África, aquella parte del mapa que era un conjunto de formas y sombras amarillas. Y él me señaló con su dedo rosapardusco, su dedo pardo-rosado, y me dijo que no había visto lo que había visto, que no podía haber visto lo que vi, que no, que no, que no; pero yo lo vi, lo vi, lo vi. Aunque no iba a insistirle a él precisamente acerca de aquello que yo sabía real. Y no le conté nada de lo ocurrido aquel día en que, volviendo sola de la escuela, vi un mono moteado en un árbol y le lancé tres piedras. El mono cazó al vuelo la tercera y me la devolvió, golpeándome encima del ojo izquierdo, justo en la ceja, y empecé a sangrar furiosamente, como si no fuera a parar nunca. Supe de alguna manera que las bayas rojas de un determinado arbusto detendrían la hemorragia. Mi padre, al ver la herida, pensó que era obra de algún compañero de colegio, un chico, alguien cuya identidad me negaba a revelar solo para protegerle. Fue entonces cuando empezó a hacer planes para enviarme a la escuela de Roseau, para alejarme de la mala influencia de los niños que me atacaban, a los que yo protegía de su cólera y que además, de eso estaba seguro, pertenecían al sexo masculino. Y tras esa explosión emocional, con la que quería expresar su amor por mí, pero que solo consiguió hacerme sentir una vez más el odio y el aislamiento en que todos nosotros vivíamos inmersos, su rostro se convirtió de nuevo en una máscara; imposible leer nada en ella.

En aquella carretera que tan bien llegué a conocer, pasé algunos de los mejores momentos de mi vida. Había un largo trecho desde el que al atardecer veía la luz del sol reflejada en la superficie del mar, y aquella luz tenía siempre la calidad expectante de la inminencia, de un anhelo que estuviera a punto de verse satisfecho, como si en cualquier momento fuera a surgir una ciudad hecha de aquella luz tan especial que el sol reflejaba en el agua y de ella pudiera fluir una alegría que no era capaz de imaginar siquiera. Y conocía un lugar, justo a un lado de esa carretera, donde crecían los más fragantes anacardos; el zumo de su fruto me ulceraba los labios y me daba la sensación de tener la lengua como atrapada entre un amasijo de hilos, haciendo que temporalmente me costara hablar. Y a mí eso, tener dificultades para hablar, considerar la posibilidad de que quizá tuviera que luchar denodadamente si quería recobrar el habla, me parecía delicioso. Fue en aquella carretera donde por primera vez pasé sin solución de continuidad de unas condiciones climatológicas a otras: de

una lluvia intensa y fría al calor de un mediodía límpido y radiante. Y fue en aquella carretera donde mi hermana, la hija de mi padre y su esposa, cuando volvía en bicicleta de un encuentro con un hombre al que mi padre le había prohibido ver y con el que se casaría, tuvo un accidente, cayó por un precipicio, lo que la dejó lisiada y estéril, y le afectó también a la vista. Ese no es un recuerdo feliz; su sufrimiento, todavía hoy, sigue siendo algo muy tangible para mí.

No mucho después de que fuera a vivir con ellos, la esposa de mi padre empezó a tener sus propios hijos. Primero dio a luz un niño, luego tuvo una niña. Eso tuvo como resultado dos cosas perfectamente previsibles: a mí me dejó en paz y demostró mucha más estima por su hijo que por su hija. Que no se preocupara mucho de la persona que más se parecía a ella, una hija, una hembra, era algo tan normal que pasaba desapercibido, otro tipo de actitud sí habría llamado la atención: para la gente como nosotros, desdeñar cualquier cosa que se nos asemejara era casi ley de vida. Este hecho ineludible en la vida de mi hermana me hizo sentir una abrumadora compasión por ella. Yo no le gustaba: su madre le había dicho que era su enemiga, que no se podía confiar en mí, que en aquella casa era como un ladrón, esperando el momento adecuado para robarles su herencia. Todo eso resultaba convincente para mi hermana, y ella desconfiaba de mí y me tenía aversión; las primeras palabras insultantes que supo pronunciar fueron dirigidas contra mí. La esposa de mi padre siempre me había dicho, en privado, cuando mi padre no estaba, que yo no podía ser hija suya porque no me parecía a él, y era cierto que no poseía ninguno de sus rasgos físicos. Mi hermana, sin embargo, sí se le parecía: tenía el pelo y los ojos del mismo color que él, rojo y gris; también su piel era del mismo color que la de él, fina y roja, pero no el mismo rojo que el del cabello, otro rojo, como el color que tiene la tierra en algunos lugares. Pero no tenía la serenidad y la paciencia de él; caminaba como un guerrero y no era capaz de contener la rabia que llevaba dentro. Tampoco tenía su habilidad para guardar silencio; necesitaba expresar en voz alta cualquier pensamiento que se le pasara por la cabeza, así que siempre que me veía me hacía saber de inmediato lo que fuera que mi presencia le inspirase. Nunca la odié, solo sentía compasión por ella. Su tragedia era mayor que la mía; su madre no la amaba, pero su madre estaba viva, y ella veía todos los días a su madre, y todos los días su madre hacía que se supiera no amada. Mi madre estaba muerta. Por lo que respecta a la esposa de mi padre, era su hijo el más privilegiado, no el más amado, puesto que ella era incapaz de eso..., de amar; le trataba de forma privilegiada porque no era como ella: no era hembra, era varón. El chico creía, y le animaban a que lo creyera así, que era como su padre tanto en lo físico como en lo espiritual, hasta el punto de que se decía de él que tenía los andares de su padre y que ciertos gestos eran iguales a los de su padre, pero eso no era cierto; no era así, no de verdad. Andaba como mi padre, tenía algunos de sus gestos, pero esa forma de andar de mi padre no era innata en mi padre, y tampoco sus gestos eran innatos en él. Mi padre se había inventado a sí mismo, se había creado a sí mismo sobre la marcha; cuando quería algo, se adaptaba

a las circunstancias, bailaba al son que le tocaban y cambiaba de chaqueta cuando hacía falta. El hombre, mi padre, al que veían su esposa y su hijo, el hombre que querían que fuera aquel niño, existía, pero la persona que veían era una manifestación de los deseos de mi padre, una manifestación de sus necesidades. La personalidad que contemplaban era como un traje que mi padre se había hecho a la medida, y acabó por llevarlo puesto durante tanto tiempo que ya se hizo imposible quitárselo, y ocultaba por completo quién era realmente él; quién hubiera podido ser en realidad se convirtió en un enigma, incluso para él mismo. Mi padre era un ladrón, era un carcelero, decía falsedades, se aprovechaba de los más débiles; así era fundamentalmente; esa fue su forma de actuar en todo momento a lo largo de su vida, pero incluso hacia el final de la misma el carcelero, el ladrón, el farsante, el cobarde..., todos eran desconocidos para él, ignoraba que existiesen. Él se creía un adalid de la libertad, un hombre honrado y valeroso; creía en ello con tanta convicción como creía en la realidad de cualquier cosa que pudiese ver con sus propios ojos, como en el calor del sol o el azul del cielo, y nada le habría podido persuadir de que la verdad era justamente lo contrario. No era algo que su esposa o su hijo supieran ni pudieran saber, y en consecuencia aquel niño vivió desde el principio una existencia penosa, una vida de imitación, una vida cuyos orígenes desconocía. Verle a los once años de edad, poco más o menos, enfundado en un traje de lino blanco que era una copia exacta del de su padre; tan delgaducho, tan pálido; su pelo negro, idéntico al de su madre, estirado y pegado al cuero cabelludo; su desgarrado modo de andar, vacilante, como si acabara de adquirir la capacidad de usar los pies... Verle andando hacia la iglesia, para adorar a un dios en el que mi padre no creía realmente, pues mi padre era incapaz de creer en ningún dios; verle hacer auténticos esfuerzos por parecerse a ese hombre al que no conocía, en cuyos actos nunca se había parado a pensar, solo me inspiraba compasión y tristeza; por eso cuando murió, antes de cumplir los diecinueve años, no me pareció que fuera una tragedia, solo pensé que era una suerte que su vida, tan atormentada y llena de desdicha, hubiera sido tan corta. Tuvo una muerte larga y dolorosa cuya causa era desconocida, quizás inconcebible; al morir no dejó ningún vacío, y tanto la aflicción de su madre como la de mi padre a menudo parecían rodeadas de misterio, como un enorme qué y por qué, motivado por quién era aquel chico, aquella persona cuya pérdida lloraban.

Y así había llegado a conocer bien el mundo en el que vivía. Sabía cómo interpretar los largos silencios que la esposa de mi padre había erigido entre nosotras. A veces en esos silencios no había nada en absoluto; otras veces estaban llenos de pura maldad; a veces quería verme muerta, otras veces, que yo estuviera viva o muerta no le interesaba. El hecho de que deseara mi muerte era una respuesta instintiva; nunca me había querido, para empezar nunca había deseado verme viva, así que cuando me vio, cuando me vio de verdad, me observó y se dio cuenta de quién era, no pudo hacer otra cosa que desear mi muerte. Pero aparte de su primer intento real —en la ocasión en que me regaló un collar que luego yo le regalé a su

perro favorito, consiguiendo así que el collar le produjera al perro la muerte que me estaba destinada a mí—, sus demás intentos de quitarme la vida no fueron más que tímidos amagos; en parte fue así porque había admitido mi voluntad de seguir viva, y en parte porque había empezado a preocuparle su condición de madre de alguien que iba a convertirse en un gran hombre. Cuando su hijo murió, yo ya no vivía en su casa, ya no estaba al alcance de su vista, no me tenía allí para observarme y quizá vengarse en mí por el hecho de que yo continuara viviendo.

Observar a cualquier ser humano desde su infancia, ver cómo alguien viene al mundo, como si fuera el capullo de una nueva flor, con los pétalos apretados al principio uno alrededor del otro, luego separándose, desplegándose según el curso natural de las cosas, abriéndose en su eclosión, la vida de ese florecimiento, tiene que ser maravilloso contemplarlo; ver la experiencia acumulada en los ojos, en las comisuras de los labios, la gravedad del ceño, la pesada carga en el corazón y el alma, la capa cada vez más gruesa alrededor de la cintura, los pechos, el paso más pausado no por la senectud, sino solo por la prudencia que infunde la vida... Todo eso es algo tan maravilloso de observar..., es maravilloso contemplarlo; el deleite que supone para el observador, para quien lo contempla, establece una corriente invisible entre ambos, el observado y el observador, el contemplado y aquel que contempla, y personalmente creo que ninguna vida está completa, ninguna vida es realmente plena sin esa corriente invisible, que es en muchos aspectos una definición del amor. Nadie me observaba ni me contemplaba a mí, solo yo me observaba y me contemplaba a mí misma; la corriente invisible salía de mí para volver a mí. Acabé amándome a mí misma tercamente, como fruto de la desesperación, porque no había nada más. Un amor así puede servir, pero solo servir, no es precisamente lo ideal; tiene el sabor de algo que se ha dejado en la alacena tanto tiempo que se ha vuelto rancio y al comerlo te revuelve el estómago. Puede servir, puede servir, pero solo porque no hay nada más que ocupe su lugar; no es como para recomendarlo.

Y tanto era así que, cuando vi por primera vez el denso y rojo flujo de sangre de mi menstruación, no sentí sorpresa ni temor. Nunca había oído hablar de ello, no me lo esperaba, tenía doce años, pero su aparición tuvo para mi mente infantil, para mi cuerpo y mi alma, la fuerza del destino cumplido. Fue como si siempre lo hubiera sabido, pero nunca me hubiera permitido tener conciencia de ello, como si nunca hubiera sabido cómo expresarlo con palabras. Aquella primera vez vino tan densa, roja y abundante que era imposible pensar que pudiera tratarse solo de un presagio, algún tipo de advertencia, un símbolo; era algo real y nada más que eso, mi flujo menstrual; y supe de inmediato que, si no volvía a aparecer con regularidad cada cierto tiempo, significaría que iba a tener graves problemas. Quizá supe ya entonces que la niña que llevaba dentro nunca estaría lo bastante serena como para permitirme tener un hijo propio. Le compré a un panadero cuatro sacos de los que se utilizaban para embarcar la harina, y tras borrar la tinta de las marcas estampadas en ellos mediante un largo proceso de lavado y blanqueado bajo el ardiente sol, corté cuatro

piezas cuadradas de cada uno y las utilicé como pañales para absorber la sangre que fluía de entre mis piernas. Tras haberme visto hacer de principio a fin lo que acabo de describir, la esposa de mi padre me dijo que, cuando me convirtiera en mujer, ella tendría que defenderse de mí. En aquel momento tal afirmación me pareció injustificada, ya que después de todo era yo quien continuaba estando en guardia por lo que se refería a ella. También fue más o menos entonces cuando la estructura y el olor de mi cuerpo empezaron a cambiar; aparecieron gruesos pelos bajo mis brazos y en el espacio entre mis piernas en el que hasta entonces no había habido un solo pelo, se me ensancharon las caderas, el pecho se hizo más consistente y ligeramente abultado al principio, y se formó una profunda hendidura entre ambos senos. El pelo de la cabeza me creció largo y suave y se hizo más ondulado, los labios adquirieron mayor protagonismo en el conjunto de mi rostro, eran más gruesos y tenían la forma de un corazón perfectamente perfilado. Solía mirarme en un viejo pedazo de espejo roto que había encontrado entre la basura debajo de la casa de mi padre. La visión de los cambios que se producían en mí no me asustó, solo me preguntaba qué aspecto tendría finalmente; nunca dudé de que me gustaría plenamente lo que fuera que acabara mirándome desde el espejo. Y así, también el olor que tenía en las axilas y entre las piernas cambió, y ese cambio me gustó. En aquellos lugares, el olor se hizo acre, penetrante, como si hubiera algo en proceso de fermentación, fermentando lentamente; en privado, entonces como ahora, mis manos casi nunca abandonaban esos sitios, y cuando me encontraba en público, esas mismas manos estaban siempre cerca de la nariz, tanto gozaba con mi propio olor, entonces y ahora.

A los catorce años de edad, había agotado los recursos de la pequeña escuela de Massacre, el minúsculo poblado entre Roseau y Mahaut. Realmente sabía mucho más de lo que podían enseñarme en aquella escuela. Percibía desde el principio de mi vida que sabría cualquier cosa cuando necesitara saberla; sabía desde hacía mucho tiempo que podía confiar en mi propio instinto acerca de las cosas, que, si alguna vez me encontraba en una situación difícil, solo con reflexionar acerca de ella el tiempo necesario se me revelaría la solución. No podía saber que tener una visión de la vida como aquella implicaría ciertas limitaciones, pero, en cualquier caso, mi vida era ya insignificante y limitada a su manera.

Conocía también la historia de una impresionante cantidad de gente con la que nunca me toparía. Ese hecho en sí mismo no era razón suficiente como para que la ignorase; era solo que esa historia de pueblos que yo nunca conocería —romanos, galos, sajones, bretones, el pueblo británico— escondía un propósito malévolo: hacerme sentir humillada, humilde, pequeña. Una vez hube identificado y aceptado esa mala voluntad dirigida contra mí, me sentí fascinada por lo que tenía de expresión de vanidad: el aroma del propio nombre y las propias hazañas resulta embriagador, y hace que nunca se sienta uno abatido ni exhausto; es fuente de inspiración en sí

mismo, se renueva a sí mismo. Y aprendí también que nadie puede juzgarse a sí mismo con veracidad; describir tus propios pecados es como absolverte de ellos; confesar tus malas acciones es al mismo tiempo perdonarte, y así, el silencio se convierte en la única forma de castigarse a sí mismo: vivir para siempre encerrado en una jaula de hierro hecha con tu propio silencio, y entonces, de vez en cuando, romper ese silencio por boca de un divulgador que tú mismo hayas designado, alguien que repite una y otra vez, de forma coherente o con frases inacabadas, una lista de transgresiones, las malas acciones cometidas.

Nunca había estado en Roseau hasta aquel día, cuando tenía quince años, en que mi padre me llevó a la casa de un conocido suyo, *monsieur* LaBatte, *monsieur* Jacques LaBatte, Jack, como llegué a llamarle en la amarga y dulce oscuridad de la noche. Él, también él, era un hombre sin principios, y eso no me sorprendió ni me decepcionó, no hizo que me gustara más ni que me gustara menos. Mi padre y él se conocían por los acuerdos económicos que establecían entre ellos. Se llamaban amigos, pero la fragilidad de los cimientos sobre los que estaba construida su amistad no podría infundir más que tristeza en el ánimo de cualquiera que no idolatre este mundo y sus bienes materiales. Y Roseau, incluso entonces, cuando la realidad era en todos los aspectos tan terrible que la mayoría de situaciones tenían que ser disfrazadas llamándolas por otro nombre, un nombre totalmente antagónico a su esencia, Roseau no era calificada meramente de ciudad, todo el mundo la llamaba la capital, la capital de Dominica. También sus cimientos eran frágiles, y cada cierto tiempo se veía asolada por las fuerzas de la naturaleza, un huracán o lluvias torrenciales, agua y más agua cayendo del cielo como si de repente tuviéramos el mar encima y los cielos debajo. Roseau no podía ser calificada de ciudad, porque no podía representar tan nobles aspiraciones: centro de comercio y cultura y de intercambio de ideas entre sus gentes, lugar de intrigas, un lugar en el que se traman conspiraciones y se deciden los destinos de muchas personas; no poseía las características propias de una ciudad, era una especie de destacamento, la última parada en el camino de gentes a las que las cosas les habían ido mal, ya fuera a causa de sus propias acciones o sin tener culpa; y había entonces muchos sitios como Roseau, reductos de desesperación; lo mismo para el conquistador que para el conquistado, esos lugares eran las capitales nada más que de la desesperación. Eso no era ninguna sorpresa para quienes se habían visto forzados a vivir en un lugar como ese, pero aun así había allí cierta belleza, apasionante por lo inesperada; podía percibirse en la forma en que las casas se apiñaban una junto a otra, amontonadas, pequeñas e inclinadas, como si hubieran sido mal construidas ex profeso, pintadas con los tonos más chillones de rojo, azul, verde o amarillo, o a veces sin pintar en absoluto, la madera desnuda expuesta a los elementos, tiñéndose entonces de un gris brillante. En casas como esas vivían personas cuya piel exhausta relucía y cuyos rostros expresaban tristeza incluso cuando tenían alguna razón para sentirse felices, personas para quienes la historia había sido un inmenso vacío tenebroso que les hacía odiar el silencio. Y a veces

soplaba una ligera brisa y otras solo había quietud en los árboles, y a veces se ponía el sol y otras empezaba a amanecer, y el olor dulzón, mareante, de las azucenas blancas que solo florecían durante la noche, y el olor dulzón, nauseabundo, de algo muerto, algo animal en proceso de putrefacción. Cuando percibí por primera vez esa belleza —la fui descubriendo por partes, no al primer golpe de vista—, me sentí afortunada de estar viva; no sabría explicar ese sentimiento de euforia que me producía la visión de lo que para mí era nuevo y exótico, lo desconocido. Y luego mucho, muchísimo más adelante, cuando todas esas cosas se habían convertido en una parte de mí, una parte de mi vida cotidiana, ya no me era posible recuperar ese sentimiento exultante, aunque lo anhelaba, ansiaba sentir la novedad una vez más, encontrar una fuente de alegría brotando en mi interior, sentirme llena de esperanza, sentirme joven otra vez. Todavía hoy suspiro por volver a sentirme vigorosa, por sentir que no moriré nunca, pero ya no es posible; lo más que puedo hacer es deseárselo, nunca volveré a ser como era entonces.

Mucho después de que mi padre me apartara de su casa y de la presencia de su esposa, comprendí que él sabía que era necesario hacerlo. Nunca supe qué había observado en mí, nunca supe lo que quería para mí o de mí; en aquel momento, llevarse a Roseau parecía tener un propósito; quería que continuara yendo a la escuela, quería que algún día me convirtiera en maestra, quería poder decir que su hija era maestra en una escuela. El hecho de que yo pudiera tener mis propias aspiraciones ni se le pasaba por la cabeza, y si tenía mis propias aspiraciones, ni yo misma lo sabía. Tampoco sabía cómo vivía él el ambiente que se respiraba en su propio hogar. Jamás me dijo qué era lo que había visto en mi rostro. Pero me llevó a la casa de un hombre al que conocía por negocios y me dejó al cuidado de ese hombre y de su esposa. Yo era su huésped, pero a mi manera pagaba. A cambio de la habitación y la comida, realizaba algunas tareas domésticas. No hice objeciones, no podía hacer objeciones, no quería hacer objeciones, entonces no sabía cómo hacer objeciones abiertamente.

Conocí a *monsieur* y a *madame* una tarde, una tarde muy calurosa. Eso es lo que eran para mí entonces: *monsieur* y *madame*. Primero la conocí a ella, sola; él estaba, también solo, en una habitación al otro lado de la casa, una habitación en la que guardaba dinero que le gustaba contar una y otra vez; no era todo el dinero que poseía en el mundo. La primera vez que vi a *madame* LaBatte estaba de pie junto al umbral de su preciosa casa, en la puerta de entrada, con su bonito y pulcro patio lleno de flores y piedras apiladas primorosamente; a izquierda y derecha tenía dos grandes matas de plumbago con sus flores azules inmóviles bajo el aire caliente. Llevaba un vestido blanco de un tejido grueso y adornado con bordados de flores y hojas; reparé en ello porque era un vestido que en Mahaut nadie habría llevado más que para ir a la iglesia los domingos. Su vestido no estaba gastado y lo llevaba limpio; no tenía un corte elegante sino suelto, no le sentaba bien, como si su propio cuerpo hubiera dejado de tener interés para ella. Mi padre habló con ella, ella habló con mi padre,

habló conmigo; me observó, yo la observé a ella. No lo hicimos para estudiarnos mutuamente; no sé lo que creyó ver en mis ojos, pero por mi parte, ahora puedo decir que sentí una simpatía instintiva por ella. No sé por qué sentí simpatía y no todo lo contrario, pero el caso es que sentí simpatía. Quizá fuera porque tenía el aspecto de alguien que ha conseguido obtener algo que deseaba enormemente.

Había deseado con todas sus fuerzas casarse con *monsieur* LaBatte. Me lo dijo la mujer que venía todos los días a lavarles la ropa. El hecho de querer desesperadamente casarse con hombres, por lo que yo he visto, no es un error de las mujeres, sino solo que, bueno, ¿qué otra cosa les queda a las mujeres, qué otra cosa pueden hacer? Nunca me explicaron por qué deseaba casarse con él. Lo supuse: era un hombre físicamente fuerte, ella debió de sentirse atraída por su fornido cuerpo, sus fuertes manos, su poderosa boca; era una boca grande y ancha, que debía cubrir completamente la de ella cada vez que la besaba. Prácticamente engullía la mía cuando me besaba a mí. Ella no era una mujer frágil cuando se conocieron, se hizo frágil más tarde; él fue el responsable de su deterioro. Cuando se conocieron, no estaba dispuesto a casarse con ella. No quería casarse con ninguna mujer. Las mujeres le daban hijos y, si eran niños, él les daba sus apellidos, pero nunca se casaba con las madres. *Madame* LaBatte encontró la manera de conseguirlo: le dio a comer un plato que había cocinado con una salsa elaborada con la sangre de su menstruación, eso le ató a ella y se casaron. Con el tiempo ese hechizo perdía su poder, y si se ponía en práctica por segunda vez no funcionaba. Él reaccionó volviéndose contra ella —no porque estuviera enojado, pues nunca llegó a descubrir la trampa que le había tendido—; se volvió contra ella con toda la fuerza de aquel arma que llevaba entre las piernas hasta dejarla consumida. Ella tenía el pelo gris, y no precisamente a causa de la edad. Como tantas otras cosas de su persona, había perdido toda vitalidad, caía sin vida desde su cabeza; los brazos le colgaban a los lados, como inertes. De joven había sido hermosa, había poseído esa belleza que le confiere a todo el mundo la juventud, pero en su rostro se reflejaba entonces la persona en la que realmente se había convertido: aniquilada. La derrota no es bella; no es fea, pero tampoco es bella. Yo era joven entonces; era joven, no sabía. Cuando la miraba sentía simpatía, pero también repugnancia. Pensaba: Esto no debe pasarme nunca a mí, con la pretensión de no permitir que ni el paso del tiempo ni todo el peso del deseo me dejaran huella. Era joven —tan joven—, y creía profundamente en mis propias convicciones; me sentía fuerte y pensaba que sería siempre así, me sentía llena de frescura y pensaba que también eso sería siempre así. Y en aquel momento la ropa que llevaba se me quedó pequeña; los pechos me crecieron, tirando pujantes de la blusa, el cabello me rozaba los hombros en una caricia que me hacía estremecer, mis piernas eran cálidas y entre ellas había una humedad pegajosa de la que emanaba un olor dulce y penetrante. Estaba viva; me daba cuenta de que ante mí tenía a una mujer que no lo estaba. Fue casi como si presintiera que me acechaba algún peligro y me apresurara a defenderme de él; la visión de aquello en lo que podía llegar a convertirme me

transformó muy tempranamente en lo contrario.

Yo le gusté. Le gusté a aquella mujer; le gusté a su marido; ella se alegró de que le gustara a él. Para cuando este salió de la habitación en la que guardaba su dinero para darnos la bienvenida a mi padre y a mí, *madame* LaBatte me había dicho ya que estaba en mi casa, que la considerara como a mi propia madre, que podía sentirme a salvo siempre que ella estuviera cerca. No podía saber lo que esas palabras significaban para mí, lo que suponía para mí oír a una mujer diciéndome precisamente eso. Por supuesto, no la creí, no me quise engañar, pero supe que hablaba en serio cuando me decía esas cosas, que las decía sinceramente. A mí ella me encantó, la sombra de lo que había sido, tan agradecida por mi presencia, consciente de que ya no estaba sola con su premio y su derrota. En cuanto a él, no tuvo prisa por dirigirme la palabra; le daba igual que fuera yo o cualquier otra la persona para la que mi padre le pedía alojamiento. A él le gustaba la callada codicia de mi padre y a mi padre le gustaba la codicia pura y simple de él. Eran tal para cual; cualquiera de los dos podía traicionar al otro a la menor ocasión, quizás en aquel momento ya lo habían hecho. *Monsieur* LaBatte era ya un hombre rico, más rico que mi padre. Tenía mejores relaciones; no había perdido el tiempo casándose con una pobre mujer caribeña por amor.

Vivía en aquella casa, en la que ocupaba una habitación pegada a la cocina; la cocina no formaba parte de la casa propiamente dicha. Me alegraba haberme librado de la constante amenaza que suponía para mí la esposa de mi padre, aun sin dejar de sentir la carga que pesaba sobre mi vida: el breve pasado, la incógnita del futuro. Podía escribir cartas a mi padre, cartas que contenían simples verdades: los días parecían más cortos en Roseau que en Mahaut, las noches parecían más calurosas en Roseau que en Mahaut... *Madame* LaBatte es muy amable conmigo, me guarda como si fuera un regalo la parte del pescado que más me gusta. La parte del pescado que más me gusta es la cabeza, algo de lo que mi padre no tenía ni idea. Le enviaba estas cartas sin temor alguno. Nunca recibí una respuesta personal; tenía noticias tuyas a través de las cartas que le escribía a *monsieur* LaBatte; siempre decía que esperaba que me fuera todo bien y me deseaba lo mejor.

Mi profunda amistad, porque era eso, una amistad —quizá la única que haya tenido nunca—, mi profunda amistad con *madame* LaBatte fue en aumento. Ella siempre estaba sola. Era así incluso cuando se hallaba en compañía de otras personas, estaba muy sola. Creía que me sentía obligada a estar con ella cuando se sentaba en la terraza a coser o simplemente para observar con mirada inexpresiva el paisaje que tenía delante, pero en realidad yo quería permanecer sentada junto a ella. Disfrutaba de esa nueva experiencia, la experiencia de vivir un silencio lleno de expectación y de deseo; ella quería algo de mí, lo notaba, y anhelaba que llegara el momento, el momento en que me revelara qué era lo que quería exactamente. Nunca se me pasó por la cabeza negárselo. Un día, sin previo aviso, me dio un bonito vestido que ya no se ponía; todavía le iba bien, pero ya no lo llevaba nunca. Mientras me probaba el

vestido, oí sus pensamientos: pensaba en su juventud, en la persona que había sido cuando estrenó aquel vestido que acababa de darme, en las cosas que había deseado, las cosas que nunca había obtenido, la superficialidad de su vida entera. Todo eso llenó el aire de la habitación en que nos encontrábamos, la habitación en la que estaba la cama donde dormía con su esposo. Mis propios pensamientos dieron respuesta a los suyos: Fuiste una estúpida. No debiste dejar que te pasara esto. La culpa es tuya. Yo no tenía compasión, mi condena me fue llenando la cabeza con un lento fragor hasta que creí que iba a perder el conocimiento, y entonces me invadió poco a poco un pensamiento que me salvó de desmayarme: Quiere hacer de mí un regalo para su marido; quiere entregarme a él, espera que no me importe. Estaba en pie en aquella habitación delante de ella, quitándome la ropa, poniéndome otra ropa, desnuda, vestida, pero la vulnerabilidad que sentía no tenía nada que ver con el cuerpo, sino con el espíritu, con el alma. Comunicarme tan íntimamente con alguien, que alguien me hablara mediante el silencio y yo lo comprendiera más claramente aún que si me lo hubiera dicho a voz en grito, fue algo que nunca volví a experimentar con nadie en toda mi vida. Acepté el vestido que me ofrecía. No me lo puse, jamás lo llevaría puesto; me limité a cogerlo y guardarlo durante algún tiempo.

Lo inevitable no supone una conmoción menor solo por el hecho de ser inevitable. Estaba un día, bastante tarde ya, sentada en una pequeña zona que quedaba entre sombras en la parte trasera de la casa, un lugar que, aunque habían plantado algunas flores, no podía llamarse jardín, pues no estaba muy cuidado. El sol todavía no se había puesto del todo; era ese momento del día en que las criaturas diurnas están ya en silencio, pero las criaturas de la noche aún no han empezado a dejar oír sus voces. Ese momento del día en el que resulta más opresivo pensar en todo aquello que has perdido: tu madre, en caso de que la hayas perdido; tu hogar, si lo has perdido; las voces de las personas que quizá te hayan amado o que simplemente desees que te hayan amado; los lugares en los que te sucedió algo bueno, algo que nunca olvidarás. Esos sentimientos de anhelo y de nostalgia por lo que has perdido se convierten en una carga más pesada bajo esa luz. El día casi ha terminado, la noche está a punto de empezar. Yo había dejado de llevar ropa interior, me resultaba incómoda, y mientras estaba allí sentada, me tocaba varias partes del cuerpo, a ratos distraídamente, a ratos concentrada en ello. Estaba deslizando los dedos de la mano izquierda por la pequeña y tupida masa de pelos de entre mis piernas y pensando en cómo había transcurrido mi vida hasta entonces, quince años ya, cuando vi que *monsieur* LaBatte estaba en pie observándome desde no muy lejos. Él no mostró turbación ni se marchó, y tampoco yo eché a correr avergonzada. Permanecimos mirándonos fijamente a los ojos, sin apartar la vista. Aparté los dedos de entre las piernas y me los llevé a la cara, quería sentir mi propio olor. El día tocaba a su fin, mi olor era bastante intenso. Esa escena, yo poniéndome la mano entre las piernas y luego deleitándome con mi olor, y *monsieur* LaBatte observándome, se prolongó hasta que, tan de repente como era habitual, la oscuridad cayó sobre

nosotros, y así, cuando él se acercó y me pidió que me quitara la ropa, le dije, bastante segura de mí misma, sabiendo cuál era mi deseo, que estaba demasiado oscuro, que no veía nada. Me llevó a la habitación en la que contaba su dinero, aquel dinero que era solo parte del dinero que poseía. Era una habitación oscura, por lo que mantenía una lámpara encendida permanentemente en ella. Me quité la ropa y también él se desnudó. Era el primer hombre al que veía desnudo, y me sorprendió: no es el cuerpo lo que hace deseable a un hombre, es lo que su cuerpo puede hacerte sentir al tocarte lo que te estremece, la anticipación de lo que ese cuerpo te hará sentir, y luego la realidad resulta mejor que la anticipación y el mundo es total y únicamente eso, se convierte en una totalidad recorrida por una corriente que lo atraviesa, una corriente de puro placer. Pero cuando le vi, en el primer momento, con las manos colgándole a los lados, sin acariciar mi cabello todavía, sin estar aún dentro de mí, sin llevarse aún a la boca las pequeñas turgencias que eran mis senos, antes de que me abriera la boca todo lo posible para poder introducir en ella su lengua más profundamente aún, la carne cayendo en flácidos pliegues de su vientre, la carne endurecida entre sus piernas, me sorprendió comprobar la fealdad en general de su persona, allí de pie ante mí; fue la anticipación lo que me estremeció, lo que me mantuvo cautivada. Y la fuerza de sentirle entrando en mí, inevitable ya, llegó como una nueva conmoción, una larga y brusca brecha de agudo dolor que luego me arrastró con el ímpetu de una ola gigantesca, una larga y aguda brecha de placer; y cada vez que me desgarraba por dentro yo emitía un grito que era siempre el mismo grito, un grito de tristeza, pues aun sin hacer de ello algo que no era realmente, ya no volvería a ser la misma. No era un hombre capaz de amar, yo no necesitaba que lo fuera. Cuando estaba conmigo y yo con él, yacía encima de mí, resollando con indiferencia; tenía la cabeza en otras cosas. Vi que en un pequeño anaquel que tenía a su espalda había colocado muchas monedas cuidadosamente alineadas, todas con la cara hacia arriba; llevaban grabada la efigie de un rey.

En la habitación en la que yo dormía, una habitación con el suelo de tierra, eché agua en una palangana de hojalata y me lavé la delgada costra de sangre que se había quedado seca entre mis piernas y más abajo, en la parte interna de los muslos. Aquella sangre no era ningún misterio para mí, sabía por qué estaba allí, sabía lo que acababa de pasarme. Quise ver qué aspecto tenía, pero no pude hacerlo. Me abstraí en mis propias sensaciones; notaba la piel tersa y suave, como recién untada en aceites y lustrada. Aquel lugar entre las piernas me dolía, los pechos me dolían, los labios me dolían, las muñecas me dolían. Cuando no había querido que le tocara, me había puesto sus enormes manos sobre las muñecas, sujetándolas firmemente contra el suelo; cuando mis gemidos le habían aturdido, me había sellado los labios con su boca. A través de todas las partes de mi cuerpo que ahora me dolían, reviví el intenso placer que acababa de experimentar. A la mañana siguiente, al despertar, tuve la sensación de no haber dormido en absoluto; me sentía como si solo hubiera perdido el conocimiento momentáneamente, y recommencé donde lo había dejado, en mi dolor

colmado de placer.

Había llovido durante la noche, una lluvia más que torrencial, y por la mañana no paró, y la tarde que siguió a aquella mañana no paró; la lluvia no cesó en muchos muchos días. Cayó con tal intensidad y durante tanto tiempo que parecía tener la capacidad de cambiar la faz y el destino mundo de aquel emplazamiento llamado Roseau, hasta el punto de que cuando dejara de llover nada sería como antes: ni la misma tierra que pisábamos, ni el resultado de una disputa siquiera. Pero no fue así; cuando dejó de llover, las aguas formaron arroyos, los arroyos desembocaron en ríos, los ríos desembocaron en el mar; la tierra conservó su conformación. Yo estaba trastornada, como sacudida por un cataclismo. No seguiría siendo la misma, hasta yo me daba cuenta de eso; lo respetable, lo previsible... no iba a ser ese mi destino.

Durante los días y las noches en los que estuvo cayendo la lluvia, no pude seguir con mi rutina cotidiana: hacerme el desayuno, llevar a cabo algunas tareas domésticas en la casa principal, donde vivían *madame* y *monsieur*, luego ir a pie hasta la escuela, en la que todas las estudiantes eran chicas, procurando evitar su pueril compañía, volver a casa, hacer algunos recados para *madame*, volver a casa, reanudar los quehaceres domésticos, lavarme la ropa y ocuparme de mi persona y de mis cosas en general. Me fue imposible hacer nada de eso por culpa de la lluvia.

Yo estaba allí de pie, en medio de una versión reducida de aquella otra inundación mayor; el diluvio caía sobre mí a través del techo de mi habitación, que era de hojalata. Eran las mismas sensaciones; todavía no estaba acostumbrada a ellas, pero la lluvia me resultaba familiar. Un golpe llamando en la puerta, una orden; la puerta abierta de una sacudida. Ella vino a rescatarme, sabía cuánto debía estar sufriendo mojada hasta los huesos, ella estaba en la cocina y desde allí podía oír mi sufrimiento, causado por aquella inesperada inundación, aquel desmedido aguacero; estar sola bajo él me haría sufrir enormemente, de hecho ella oía ya mi sufrimiento. Pero yo no hacía ningún ruido en absoluto, solo los suaves suspiros de satisfacción en el recuerdo. Me llevó al interior de la casa; me hizo café, fuerte y caliente, con leche fresca que había traído aquella misma mañana recién ordeñada de unas cuantas vacas que guardaba no demasiado lejos de la casa. Él no estaba en casa ahora; había venido y se había vuelto a marchar. Pasé el día con ella; pasé la noche con él.

No fue un pacto hecho con palabras, no podía ser hecho con palabras. Aquel día me mostró cómo debía prepararle a él una taza de café; le gustaba tomar el café tan fuerte que su aroma dominara sobre el de cualquier otra cosa que se le quisiera añadir. Ella lo expresó diciendo: «Tiene un sabor tan fuerte que podrías echarle cualquier cosa, él nunca lo notaría». Entre nosotras, cuando estábamos solas hablábamos en criollo francés, la lengua del cautivo, del ilegítimo; nunca hablábamos acerca de lo que estábamos haciendo, nunca hablábamos mucho rato seguido, hablábamos de las cosas que teníamos delante y luego guardábamos silencio. Las instrucciones para preparar café habían estado precedidas de un silencio; siguió luego otro silencio. No se lo dije a ella, pero no quería hacer café para él, jamás le haría un

café, no necesitaba saber cómo debía prepararle el café a ese hombre, ¡ningún hombre bebería nunca un café preparado por mis manos de esa forma! Eso no lo dije en voz alta. Ella me lavó el pelo y me lo aclaró con una infusión de ortigas; me lo peinó amorosamente, admirando lo abundante y espeso que lo tenía; me dio una fricción en el cuero cabelludo con aceite de ricino que ella misma había extraído de las semillas de esa planta; me recogió el pelo en dos trenzas, como yo siempre lo llevaba. Luego me bañó y me hizo poner otro vestido que ella había llevado cuando era una mujer joven. El vestido me sentaba perfectamente bien, pero me sentía sumamente incómoda enfundada en él, no veía el momento de quitármelo y volver a ponerme mi ropa.

Nos sentamos en dos sillas, sin mirarnos de frente, conversando sin pronunciar una sola palabra, intercambiando pensamientos. Me habló de su vida, de una ocasión en la que estaba nadando; era un domingo, había estado en la iglesia, se fue a nadar y estuvo a punto de ahogarse, y desde entonces no había vuelto a nadar, nunca más, aunque habían pasado muchos años. Aquello le había sucedido cuando era todavía una niña; ahora nunca se metía en el agua cuando iba al mar, se limitaba a contemplarlo. Y no respondió a mi silenciosa pregunta, si cuando contemplaba el mar no lamentaba no poder ya formar parte de su inmensidad; no pudo responder, tanta era la melancolía que había aplastado su vida. En el mismo instante en que conoció a su *monsieur* LaBatte —así le llamaba entonces, más tarde empezó a llamarle Jack, ahora le llamaba Él— quiso que la poseyera. No recordaba el color que tenía la luz de aquel día. Él no se fijó en ella, no deseó poseerla; sus brazos eran poderosos, sus labios eran poderosos, caminaba con paso decidido, con un propósito, incluso cuando no se dirigía a ningún lugar concreto; ella le ató a su persona, un hechizo, quería injertarse en él, como se hace con los árboles. Empezó en el mundo de lo sobrenatural; tenía la esperanza de acabar en el mundo real. Lo único que quería era tenerle; él no iba a ser tenido, no sería contenido. Desear lo que nunca tendrás y darte cuenta demasiado tarde de que nunca lo tendrás equivale a una vida aplastada por la melancolía. Ella quería un hijo, pero su útero era como un colador; nunca contendría un hijo, no contenía nada ahora. Yacía marchito dentro de ella; quizá su rostro era el reflejo de aquel: marchito, seco, como una fruta que ha perdido todo su jugo. ¿Valoraba yo mi juventud, atesoraba la frescura que había en mí, allí sentada junto a ella en una silla? No lo hacía; ¿cómo hubiera podido? Mi lista de pérdidas no incluía aún la juventud; en mi lista de pérdidas estaba mi madre; el amor no estaba todavía en mi lista de pérdidas. Aún no había sido nunca amada, no sabría decir si la forma en que me había peinado ella era una expresión de amor. No sabría decir si la ternura con que me había bañado, pasándome el paño por los pechos, por delante y por detrás entre las piernas, bajando por los muslos, por las pantorrillas..., si eso era amor. No sabría decir si preocuparse de secarme y ponerme a cubierto cuando estaba empapada, si alimentarme cuando estaba hambrienta..., si eso era amor. Tampoco por mi parte había amado todavía; no constaba en mi lista de ganancias, así que no podía

estar en mi lista de pérdidas. La lluvia caía y nosotras ya no la oíamos, solo oiríamos su ausencia, mis días llenos de silencio y a la vez repletos de palabras, mis noches llenas de suspiros, tenues y también muy audibles, suspiros de agonía y de placer. A veces pronunciaba su nombre, Jack, como un epíteto, otras veces como una oración. Nunca estábamos solos y juntos los tres; ella le veía en una habitación, yo le veía en otra. Él nunca hablaba conmigo, ni siquiera en silencio. Se comportaba sabiendo muy bien lo que hacía, yo en cambio me dejaba llevar por un sentimiento, actuaba instintivamente. El sentimiento que me arrebatava, el instinto que guiaba mis actos, todo era nuevo para mí. Ella nos oía. Nunca me dio a entender que así lo hacía, que nos oía. Había querido un hijo, había querido tener hijos; podía oírsele decir. Yo no era una hija, ya no podía ser una hija; ella podía oírmelo decir. Una vez más quería algo de mí, quería el hijo que yo pudiera tener; no dejé que se enterara de que había oído también eso; aquella visión que ella tenía de un hijo en mis entrañas, que después estaría entre sus brazos, flotaba en el aire como un fantasma, algo que solo quien fuera especial podría percibir. No al alcance de cualquier mirada, era solo para mis ojos, pero yo nunca lo vería, a pesar de que desapareciera y volviera a aparecer de manera recurrente, ese fantasma de mí misma con un hijo en las entrañas. Le di la espalda; mis oídos se volvieron sordos para él; mi corazón dejaba de latir. Ella estaba cosiendo para mí una prenda hecha con bonitas telas viejas que había ido guardando en diferentes épocas de su vida, las épocas felices, las épocas desdichadas. Era un sudario hecho de recuerdos; cuánto deseaba ella entretejerme a mí por las costuras, por sus numerosas costuras. Cuánto se esforzó por conseguirlo; pero con cada chasquido del dedal chocando con la aguja, yo me escapaba. Tanto su frustración como mi satisfacción eran a su manera palpables.

No era posible que me convirtiera de nuevo en una colegiala, aunque al principio no fui consciente de ello. El ambiente siguió siendo el mismo, el clima cambió. *Monsieur* se marchó. Durante algún tiempo no vi su despacho. Tenía en todos los rincones y a lo largo de las paredes, en el suelo, pequeños montones de cuartos de penique; había apilado en una mesa más monedas, de un chelín, de dos chelines. Tenía tantas monedas por toda la estancia, apiladas, que cuando la lámpara estaba encendida la habitación resplandecía. Me despertaba durante la noche y le encontraba contando su dinero, una y otra vez, como si no supiera cuánto tenía realmente o como si el hecho de contarle pudiera suponer alguna diferencia. Nunca me ofreció dinero, sabía que no lo quería, sabía que no quería ni un penique. La habitación no era fría, ni cálida, ni asfixiante, pero tampoco era ideal; no quería pasar el resto de mi vida en ella. No quería pasar el resto de mi vida con la persona a la que pertenecía una habitación como aquella. Cuando él no estaba en casa, pasaba las noches en mi habitación con suelo de tierra en el exterior, junto a la cocina. Los días los pasaba en una escuela. La educación que recibía nunca fue tan satisfactoria como me habían dicho; solo conseguía llenarme de preguntas que quedaban sin respuesta, solo conseguía llenarme de ira. No podía gustarme aquello a lo que me conducía: una

humillación tan permanente que acabas sintiéndote con ella como en tu propia piel. Y tu nombre, cualquiera que sea, al final no constituía el pórtico de entrada a la persona que realmente eras, y nunca podrías decirte a ti misma: Me llamo Xuela Claudette Desvarieux. Así se llamaba mi madre, pero no puedo decir que ese fuera su verdadero nombre, pues en una vida como la suya, como en la mía, ¿qué es un nombre verdadero? Yo me llamo como ella, Xuela Claudette, y en lugar de Desvarieux, Richardson, que es el apellido de mi padre; pero ¿quiénes son esas personas, Claudette, Desvarieux y Richardson? Investigarlo, examinarlo, solo podría llenarte de desesperación; la humillación no haría más que emborracharte de aborrecimiento por ti misma. Pues el nombre de cada persona es a la vez la historia de su vida recapitulada y abreviada, y declararlo, esa persona se eleva o se rebaja, y quien lo oye eleva o rebaja su concepto de ella.

A mi madre la dejó a las puertas de un convento una mujer que se cree era su propia madre cuando tenía quizá un día de vida; estaba envuelta en algunos pedazos de tela vieja y limpia, y el nombre Xuela estaba escrito en esos pedazos de tela; estaba escrito con tinta color índigo, un tinte extraído de una planta. No descubrieron su presencia porque estuviera llorando; ni siquiera siendo una recién nacida llamó la atención sobre sí misma. La encontró una mujer, una monja que seguía su camino causando más estragos en las vidas de los sobrevivientes que constituían los últimos restos de un pueblo abocado a la desaparición; se llamaba Claudette Desvarieux. Le dio su nombre a mi madre, llamó a mi madre con su nombre; no sé cómo se conservó el nombre de Xuela, pero mi padre me lo puso a mí también cuando ella murió, justo después de que yo naciera. Él la amó; no sé en qué medida la persona que era entonces, romántica y tierna, sobrevivió en él.

Aquella época de mi vida fue idílica: la paz y la alegría de una feminidad joven e inocente durante el día, que pasaba en una gran aula en compañía de otras personas jóvenes de mi mismo sexo, todas ellas fruto de uniones legítimas, pues aquella escuela fundada por misioneras acólitas de John Wesley no admitía niñas nacidas fuera del matrimonio, lo que, aparte de todo lo demás, era una de las causas de que la escuela continuara siendo muy pequeña, ya que la mayoría de los niños habían nacido fuera del matrimonio. Todos los días estaba rodeada por las futuras vencidas, las futuras resentidas, el sordo zumbido de las voces de esas chicas; sus cuerpos, que eran ya una fuente de ansiedad y vergüenza para ellas, estaban embutidos en una especie de sacos azules hechos de un algodón áspero al tacto, un uniforme. Y luego una vez más estaban mis noches de silencios y suspiros..., todo un idilio, hasta su final podía verlo como tal. No sabía cómo ni cuándo llegaría ese final, pero lo podía ver de todas formas, y era un pensamiento que no me llenaba precisamente de temor.

Un día me puse muy enferma. Estaba embarazada, pero no lo sabía. No tenía experiencia acerca de los síntomas de ese estado, así que no supe de inmediato lo que me pasaba. Fue Lise quien me explicó lo que me sucedía. Acababa de vomitar todo lo que había comido en mi vida entera y sentía que me moría, así que la llamé, y lo hice

por su nombre de pila. «Lise», dije, no *madame* LaBatte. Ella me hizo estirar en su cama y se tumbó junto a mí, sosteniéndome entre sus brazos. Me dijo que estaba «encinta»; lo dijo en inglés. En su voz había ternura y simpatía, y lo repitió una y otra vez, que iba a tener un hijo, y entonces su voz sonaba bastante feliz, mientras me acariciaba el cabello y me rozaba la mejilla con el dorso de la mano, como si también yo fuera un bebé; y en un estado de irritación tal que me impedía articular palabra, sus caricias demostraron ser eficaces para tranquilizarme. Sus palabras, sin embargo, me infundieron terror. Al principio no la creí, pero luego la creí sin reservas, y al instante pensé que, si llevaba un hijo en las entrañas, podría expulsarlo simplemente con la fuerza de mi voluntad. Le ordenaba que saliera de mí. Lo hice día tras día, pero no salió. Del fondo de las axilas de Lise me llegaba un perfume. Estaba elaborado con la esencia de una flor. Ese olor llenaba la habitación; penetró por las ventanas de mi nariz invadiendo mi pituitaria, bajó hasta el estómago y volvió a subir hasta la boca en oleadas, en arcadas que presagiaban el vómito; su sabor me asfixiaba lentamente. Creí que iba a morir, y quizá porque ya no tenía ningún futuro posible, empecé a sentir enormes deseos de tenerlo. Pero no sabía lo que tal cosa, tener un futuro, podía significar para mí, pues estaba al borde de un agujero negro. La otra alternativa era otro agujero negro, un nuevo agujero negro que no conocía; elegí el que no conocía.

Un día me encontraba sola, todavía tendida en la cama de Lise; me había dejado sola. Me levanté y fui hasta el despacho de *monsieur* LaBatte; metí la mano en una pequeña bolsa de azafrán que solo contenía chelines y saqué de ella un puñado de monedas. Me dirigí andando a la casa de una mujer que ahora ya ha muerto, y cuando me abrió la puerta, le puse mi puñado de chelines en las manos y me quedé mirándola a la cara. No dije una sola palabra. No sabía su verdadero nombre, todos la llamaban Sange-Sange, pero ese no era su verdadero nombre. Me dio a beber una taza de un jarabe espeso y negro, y luego me condujo hasta un pequeño hueco practicado en el suelo de tierra para que me acostara en él. Estuve allí tumbada cuatro días, durante los cuales todo mi cuerpo fue un volcán de dolor; no sucedió nada, pero después, y durante otros cuatro días, estuvo fluyendo sangre de entre mis piernas, lenta e ininterrumpidamente, como un manantial eterno. Y entonces cesó. El dolor no era comparable a nada que yo hubiera podido siquiera imaginar, era como la definición misma del dolor; cualquier otro dolor era solo un débil reflejo de este, una referencia, una imitación, un intento fallido de ser tan intenso como el que yo sentí entonces. Era una persona nueva, había aprendido cosas que no sabía antes, sabía cosas que solo se aprenden pasando por lo que yo acababa de pasar. Había tenido mi vida en mis manos.



En la carretera que unía Roseau con Potter's Ville me siguió un agutí grande cuyos movimientos no eran amenazadores. Se detenía cuando yo me detenía, miraba atrás cuando yo miraba atrás para ver qué estaba haciendo —no sé lo que él vería a su espalda—, echaba a andar cuando yo andaba. En Goodwill me paré a beber agua y el agutí también se detuvo, aunque él no bebió. En Massacre, la iglesia de San Pablo y Santa Ana estaba completamente envuelta en tela morada y negra, como si fuera Viernes Santo. Massacre era el lugar donde Indian Warner, el hijo ilegítimo de una mujer caribeña y un hombre europeo, fue asesinado por su medio hermano, un inglés llamado Philip Warner, porque a Philip Warner no le gustaba tener un pariente tan cercano que fuera hijo de una mujer caribeña. Atravesé Mahaut arrastrándome por tierra, pues tenía miedo de que me reconocieran. No tuve que nadar para cruzar la desembocadura del río Belfast; llevaba poca agua. Casi llegando a St. Joseph, en Layou, giré sobre mí misma como una peonza tres veces y grité mi nombre, con lo que el agutí se quedó dormido y lo dejé atrás. Nunca volví a verlo. En Merot estaba lloviendo, en Coulibistri estaba lloviendo, en Colihaut estaba lloviendo.

No llegué a ver la cima del Morne Diablotins; en cualquier caso no lo había visto nunca, ni siquiera cuando estaba despierta. En Portsmouth encontré pan a los pies de un árbol cuyo fruto eran unas nueces incomedibles y cuya madera se utiliza para fabricar muebles exquisitos. Pasé junto a las negras aguas del Canal de Guadalupe; no sentí la tentación de ser engullida por ellas. Pasando por La Haut, pasando por Thibaud, pasando por Marigot... En algún lugar entre Marigot y Castle Bruce vivía el pueblo de mi madre, en una reserva, como para conmemorar algo de lo que ella ya no podría nunca hablar porque nadie podía ya devolverla a este mundo. En Petite Soufrière la carretera dejaba de existir. Pasé junto a las negras aguas del Canal de la Martinica; no sentí la tentación de ser engullida por ellas. Llovió durante el trayecto entre Soufrière y Roseau. Me pareció oír algunos ruidos sordos procedentes de lo más profundo del Morne Trois Pitons, me pareció oler el azufre de brumas sulfurosas que se elevaban de las aguas del Boiling Lake. Y así fue como reclamé mi primogenitura, mi derecho natural, Este y Oeste, Arriba y Abajo, Agua y Tierra: en un sueño. Recorrí toda mi herencia, una isla de poblados y ríos y montañas y gentes que empezaban y acababan en el asesinato y el robo y en los que no había mucho amor. Lo reclamé en un sueño. Exhausta por la agonía que había supuesto expulsar de mi cuerpo un hijo al que no habría podido querer y que por tanto no quise, soñé con todo aquello que me pertenecía.

Fue el olor que emanaba de mi padre lo que me despertó. Le habían ordenado que arrestara a unos hombres sospechosos de hacer contrabando de ron, y ellos le habían lanzado piedras hasta hacerle caer, tras lo cual, mientras estaba en el suelo, le asestaron una puñalada. Ahora permanecía en pie junto a mí, y la herida todavía estaba fresca; era en la parte superior del brazo, la camisa la ocultaba a la vista, pero todo él olía a yodo, violeta de genciana y ácido carbólico. Ese olor hacía pensar en lo metódico y sensato; lo asocié con una estancia pequeña llena de estantes en los que

había pequeños frascos marrones, vendas y blancos utensilios esmaltados. Ese olor me recordó al médico. Una vez había estado en casa de un médico; mi padre me había pedido que le entregara un sobre que contenía un pedazo de papel en el que había escrito un mensaje. En el sobre había escrito el nombre del médico: Bailey. Ese olor que emanaba ahora de él me recordó la sala de aquel médico. Mi padre estaba en pie junto a mí y me miraba desde arriba. Tenía los ojos grises. No se podía confiar en él, pero tenía que pasar cierto tiempo desde que lo conocías para poder darte cuenta de eso. No me pareció que yo le causara repugnancia. No sabía si él estaba al corriente de lo que me había pasado. Le habían dicho que había desaparecido, me buscó, me encontró, quería llevarme a su casa en Mahaut; cuando me hubiera recuperado, podría volver a vivir en Roseau. (No dijo con quién). En su imaginación él creía que me quería, estaba seguro de que me quería; todos sus actos eran una manifestación de ello. En su rostro, sin embargo, estaba aquella máscara; era la misma máscara que llevaba cuando estaba robándole lo que le quedaba a un pobre desgraciado que ya lo había perdido casi todo. Era la misma máscara que llevaba cuando manipulaba un suceso, sin tener en cuenta la verdad, de forma que su resolución le beneficiara a él. E incluso ahora, estando allí en pie junto a mí, no llevaba la ropa propia de un padre: llevaba su uniforme de carcelero, iba enfundado en su ropa de policía. Y esa ropa, esa ropa de policía, acabó por definirle. Fue como si con el tiempo se convirtiera en parte de su cuerpo, en una segunda piel, pues incluso cuando ya hacía mucho tiempo que no la llevaba, cuando ya no necesitaba ponérsela, su aspecto no cambió, siempre pareció llevar sus ropas de policía. Su otra ropa sí era ropa de verdad; su ropa de policía se había convertido en su segunda piel.

Yo vacía en una cama hecha de harapos, en una casa que tenía por suelo la tierra al descubierto. En, realidad no había a la vista nada evidente que pudiera delatar mi penosa experiencia. No percibí el olor de los muertos, porque para que algo muera tiene que haber tenido vida antes. Lo único que yo había hecho con la vida que estaba empezando a existir en mí no había sido matarla sino impedir que llegara a ser vida en absoluto. Sentía dolor entre las piernas; ese dolor empezaba por dentro, en la parte inferior del abdomen y la espalda, y salía a través de las piernas. Estaba mojada entre las piernas; notaba el olor de aquella humedad; era sangre, fresca y también seca. La sangre fresca olía como a mineral recién extraído que no hubiera sido aún acrisolado y convertido en algo mundano, algo sobre lo que se pudiera estipular un valor. La sangre seca despedía un hedor dulzón a podredumbre que a mí me encantaba, que aspiraba profundamente en los momentos en que este predominaba sobre los demás olores de la habitación; quizá solo me gustaba por el hecho de ser mío. Mi padre no sintió repugnancia al verme, pero no pude descubrir ninguna otra cosa reflejada en su rostro. Permaneció en pie junto a mí, mirándome desde arriba. Su cara se fue haciendo más grande y redonda hasta llenar toda la habitación de punta a punta; su cara era como un mapamundi, como si alguien hubiera sacado un globo terráqueo de un oscuro rincón de una sala de estar (él poseía ambas cosas: un globo terráqueo, una

sala de estar), y hubiera rasgado la juntura principal dejando caer el globo abierto, plano. Sus mejillas eran dos continentes separados por dos mares que se unían para formar un océano (su nariz); sus ojos grises eran insondables volcanes dormidos; entre la nariz y la boca estaba el ecuador; las orejas eran las líneas del horizonte, más allá de las cuales se caía en la impenetrable oscuridad de la nada; la frente era una cordillera montañosa conocidamente peligrosa y traicionera; el mentón era la zona correspondiente a las estepas y los desiertos. Cada zona adoptaba la coloración apropiada: la masa de tierra, un conjunto de suaves amarillos, azules, malvas y rosas, con pequeñas líneas en rojo que se extendían en todas direcciones, como para causar confusión deliberadamente; las aguas de color azul, las montañas en verde, los desiertos y las estepas marrones. No conocía ese mundo, únicamente había encontrado en mi camino a algunos de sus pobladores. La mayoría no estaban a la altura de todo lo que se hubiera podido esperar de ellos.

No deseaba morir entonces, y era lo bastante joven como para creer que eso era una elección, y era lo bastante joven como para que así fuera en realidad. No morí, no lo deseaba. Le dije a mi padre que, en cuanto pudiera, volvería a la casa de madame y monsieur LaBatte. Mi padre era ancho de espaldas. Su espalda era dura, fuerte; parecía una gran masa de tierra elevándose inesperadamente en un lugar que había sido llano; yo no podía acometerla ni rodeándola, ni por debajo, ni por arriba. Había contemplado aquella espalda suya tantas veces, tantas veces me había dado la espalda, que había perdido la capacidad de sorprenderme al verla, pero nunca dejó de despertar mi curiosidad: ¿volvería a ver su rostro o acababa de ver a aquel hombre por última vez?

Lise me estaba esperando en los escalones que conducían a la terraza. No sabía cuándo volvería a aparecer por allí, ni siquiera si volvería a aparecer alguna vez, pero había estado esperándome, estaba esperándome en aquel momento. Llevaba un vestido nuevo de color negro, con un pedazo de tela vieja y arrugada prendido con alfileres en el lado izquierdo, justo por encima del pecho. La tela era de color rojo, un rojo antiguo que solo el tiempo había ido oscureciendo. Me dijo: «querida», solo eso, «querida», y me estrechó entre sus brazos haciendo que me acercara a ella. No fui capaz de sentirla; a pesar de que me abrazara tan estrechamente, no fui capaz de sentirla. Se apartó de mí al oír los pasos de su esposo acercándose por el sendero. Adiviné que llevaba puestos los chanclos. Por el sonido de sus pasos sabía distinguir cuándo llevaba los pies metidos en los chanclos. Cuando me vio, no hizo ninguna alusión al hecho de que yo hubiera estado ausente; yo sabía que, aun cuando lo hubiera notado, no me diría nada al respecto. No me importaba, sentía curiosidad. Permanecimos allí en pie, los tres, formando un pequeño triángulo, una trinidad, no encarnada en el paraíso, no encarnada en el infierno, una trinidad silenciosa. Y, sin embargo, en aquel momento uno estaba entre los vencidos, otro estaba entre los

resignados y el tercero había cambiado para siempre. Yo no estaba entre los vencidos; no estaba entre los resignados. No muy lejos de nosotros crecía un arbusto de ricino, sin necesidad de que ninguna mano humana lo cuidara, y yo me lo quedé mirando fija e insistentemente, pues no quería olvidarme de recoger sus semillas cuando maduraran, extraer de ellas el aceite y beberlo para purificar mis entrañas.

En el fondo de mi corazón, no dejó de conmoverme observar la querencia obsesiva de Lise por el espacio de tierra existente entre la casa que ella habitaba y el pequeño cobertizo que ocupaba yo. Barría aquel pedazo de tierra durante la noche, a oscuras, bajo la lluvia; plantó pequeños arbustos que dieron flores blancas, luego los arrancó y puso en su lugar azucenas, que finalmente dieron flores del color que tiene por dentro una naranja. No sabía cuánto tiempo tardarían las flores de color anaranjado en aparecer, pero estaba completamente segura de que me gustarían. Día tras día, llevaba siempre el vestido negro con la harapienta flor de color rojo sobre el pecho. Estaba de luto. Sus ojos negros brillaban desconsolados y anegados en lágrimas; las lágrimas estaban atrapadas en ellos, nunca se derramaban. Extendía los brazos hacia mí —yo nunca me acercaba demasiado a ella—, para luego elevarlos hacia el vasto cielo azul, como si se estuviera ahogando, la boca abierta y sin que de ella saliera ningún sonido, a pesar de lo cual podía oírle decir: «Sálvame, sálvame»; pero, aunque ella no lo sabía, yo sí sabía que no era su propia salvación lo que quería; quería mi aniquilación. No dejaba de conmoverme verla, era una triste visión para mí; pero yo no era ningún ángel, nada se quebró en mi interior.

Oía el estampido de los truenos, el rugido del agua cayendo desde las alturas para formar grandes remansos y el gran remanso de agua vaciándose lentamente en dirección al mar; oía las nubes vaciándose de toda la humedad acumulada como por descuido, como si alguien hubiera volcado una copa en la oscuridad, y su contenido estrellándose contra una tierra indiferente; y oía el silencio y oía a la oscura noche engulléndolo ávidamente, siendo a su vez engullida por la luz de un nuevo día.

Mi padre escribió a mis anfitriones interesándose por mi salud; no sabía lo que me había pasado, así que les pedía que me perdonaran la mala educación que había demostrado cuando desaparecí sin darles cuenta de mi paradero y me fui a vivir por mi cuenta a un sector de Roseau que era peligroso e insalubre, por lo que había estado a punto de morir. Me enviaba sus mejores deseos a través de ellos. Me enviaba también cinco guineas. Lise me dio las cinco guineas. Me mostró la carta. Tenía una caligrafía preciosa, digna de ver. La página estaba cubierta de marcadas curvas, marcados rasgos y marcados plumazos. No pude leerla; me faltó ánimo para descifrar palabra por palabra y unir las formando frases. Solo vi que su letra llenaba la página de arriba abajo. El sobre llevaba el matasellos de Dublanc, una pequeña población en la demarcación de St. Peter, a muchos muchos kilómetros de distancia de Roseau. Aun así, tuve la sensación de conocer las pequeñas desdichas que había provocado y dejado a su paso por allí.

Los días seguían a las noches con una desesperante regularidad, el día devorando

a la noche que devoraba al día que devoraba a la noche de forma tan obsesiva que quizá me hubiera fascinado, si hubiera podido sentirme fascinada. Deseaba que el tiempo pasara de un solo golpe, en un parpadeo; quería abrir los ojos y encontrarme de repente observando cómo los acontecimientos de mi pasado más reciente se perdían en el horizonte, alejándose rápidamente. Aun cuando no sucedió así, no me volví loca, no me dejé vencer por la fatiga. Dejé la casa de los LaBatte en ese momento en que la noche no puede ser más negra. No porque buscara el amparo de la oscuridad. No quería que una imagen real de Lise viendo cómo la abandonaba me persiguiera durante el resto de mi vida; ya tenía suficiente con imaginarla. Caminé hasta poco más allá del poblado de Loubière y alquilé una casa por la que pagaba seis peniques a la semana. Tenía cuatro vestidos, dos pares de zapatos, un sombrero de paja muy bonito y las cinco guineas que me había enviado mi padre; menos hubiera sido nada. Se estaba construyendo una carretera entre Loubière y Giraudel. Encontré trabajo cribando la arena necesaria para ello. Me pagaban ocho peniques por cada día de trabajo, y la jornada de trabajo era de diez horas; al cabo de quince días recibí en un pequeño sobre marrón mi paga de siete chelines y cuatro peniques.

Pasaba todo el tiempo que no estaba trabajando en aquella casa por la que pagaba seis peniques a la semana. Le compré ropa de cama y un colchón relleno de fibra de cocotero a una mujer que vivía en el centro del poblado. No era nuevo; no sabría decir si ella era la única que había dormido antes en él, pero no me asustaba cargar con los infortunios de todos los que lo hubieran hecho. Mi vida estaba más que vacía. Nunca había tenido madre, acababa de renunciar a convertirme en madre yo misma, y entonces ya sabía que aquel rechazo sería total y definitivo. Nunca me convertiría en madre, pero eso no era lo mismo que no tener nunca hijos. Tendría hijos, pero nunca sería una madre para ellos. Los tendría en abundancia; saldrían de mi cabeza, de mis axilas, de entre mis piernas; tendría hijos, colgarían de mí como los frutos de una parra, pero yo los destruiría con la indiferencia de un dios. Tendría hijos por la mañana, los bañaría a mediodía en un agua que saldría de mí misma y me los comería por la noche, engulléndolos enteros, de un solo bocado. Vendrían a la vida para dejar de vivir. Durante su día de vida, les llevaría hasta el borde de un precipicio. No les empujaría; no tendría que hacerlo; las dulces voces de extraordinarios placeres les llamarían desde el fondo del abismo; ellos no descansarían hasta unirse a esos sonidos. Cubriría sus cuerpos de enfermedades, adornaría su piel con llagas de delgadas costras, de las llagas rezumaría a veces un espeso pus del que estarían sedientos, y nunca podrían apagar su sed. Les condenaría a vivir en un espacio vacío congelados en la misma postura en la que hubieran nacido. Los arrojaría desde una gran altura; todos los huesos de sus cuerpos se fracturarían, y esos huesos nunca se soldarían debidamente, sanando de la misma forma que se habían roto, sin curarse nunca en absoluto. Cuando ya no fueran más que cadáveres, los adornaría, y colocaría cada cadáver en una caja de madera pulimentada, y pondría bajo tierra la caja de madera pulimentada, y olvidaría el lugar de la tierra en el que había enterrado

la caja. Así sería como nunca me convertiría en madre; así sería como tendría a mis hijos.

En aquella casa, con su puerta y sus tres ventanas abiertas al exterior, las innumerables grietas a los lados, donde las tablas de madera no encajaban y con los agujeros que habían hecho en el tejado las ramas de un cocotero, me sentaba, me ponía en pie, me acostaba cuando caía la noche, y así fue quedando sellada para siempre la perdición a la que estaban predestinados los hijos que nunca tendría. Dormía; amanecía; iba a trabajar; anochecía. Todas las mañanas tostaba granos de café, los molía hasta conseguir un polvo grueso y preparaba un brebaje espeso y negro, cuyo aroma era tan acre que en lugar de notar un sabor global sentía como si mis papilas gustativas hubieran sido separadas en franjas y arrojadas a diferentes zonas del ambiente.

Todavía no sabía hasta qué punto es vulnerable cualquier individualidad a las pequeñas erupciones que van conformando su esencia en el fondo de su corazón. Le compré a su esposa las ropas de un hombre que acababa de morir: sus viejos calzoncillos de nanquín, su viejo y único par de pantalones color caqui, su vieja camisa hecha de una especie de algodón. Le pagué cuatro peniques por todo eso, además de un racimo de bananas y algún otro producto de la tierra. Eran esas ropas, las ropas de un hombre muerto, las que llevaba cada día para ir a trabajar. Me corté las dos trenzas en que llevaba recogido el pelo; cayeron a mis pies como dos serpientes decapitadas. Me envolví la cabeza casi calva en un pedazo de tela vieja. No tenía aspecto de hombre, no tenía aspecto de mujer. Cada mañana cocinaba lo que iba a comer a mediodía; lo envolvía en hojas de higuera, lo volvía a envolver en un hatillo hecho con un gastado retal de madrás y me lo llevaba al trabajo. Pasaba todo el día acarreando cubos llenos de arena negra, o llenos de lodo, o llenos de piedras pequeñas; pasaba todo el día cavando hoyos, llenando los hoyos de agua y achicando el agua de otros hoyos. No hablaba con nadie, ni siquiera conmigo misma. Dentro de mí no había nada; dentro de mí había una tumba hecha, de un material tan duro que no encontraba nada con lo que pudiera compararlo; y dentro de la tumba había un dolor tan intenso que cada noche, cuando yacía sola en mi casa, mi respiración se convertía en una serie de prolongados y sordos gemidos que salían de mí como un lento drenaje, como una pequeña línea de pus goteando de un forúnculo abierto con una lanceta, no como si hubiera reventado un dique.

Acabé conociéndome a mí misma, y me dio miedo. Para librarme de ese miedo empecé a observar el reflejo de mi rostro en cualquier superficie apropiada que encontrase: un remanso en las aguas poco profundas de la orilla del río se convirtió en mi espejo más habitual. Cuando no me podía ver la cara, notaba que me había endurecido; notaba que amar estaba fuera de mi alcance, que me había vuelto hasta tal punto dueña de mí misma que era capaz de causar mi propia muerte con absoluta tranquilidad. Me sabía también capaz de causar la muerte de otras personas con la misma indiferencia. Ver mi propio rostro era lo único que me reconfortaba. Empecé a

sentir adoración por mí misma. Mis ojos negros, en forma de media luna, me seducían; mi nariz, en parte chata, en parte no, como si se hubiera puesto mucho esmero en darle forma, me parecía tan bonita que su belleza resultaba inalcanzable para las narices de las personas que no me gustaban. Me encantaba mi boca; tenía los labios gruesos y amplios, y cuando abría la boca podía abarcar mucho, placer y dolor, despierta o dormida. Deseaba tener ante mí esa imagen de mí misma: mis ojos, mi nariz y mi boca enmarcados en la piel sin arrugas, tersa e inmaculada de mi rostro. Mi propio rostro era un consuelo para mí, mi propio cuerpo era un consuelo para mí, y no importaba hasta qué punto nada ni nadie me barrierá, al final no permitía que nada sustituyera en mi mente a la esencia de mi ser.

Así era como vivía, sola, y aun así manteniendo a todos y todo lo que había sido y conocido, todos y todo lo que sería y conocería, fuera de mi presente..., y, sin embargo, estar fuera de mi presente era imposible. Un día vi a mi padre. Él también me vio. No nos miramos a los ojos. No nos hablamos. Él cabalgaba sobre un burro. Llevaba su uniforme de carcelero, el mismo de siempre, camisa caqui y pantalones caqui, perfectamente planchados; solo una novedad: un galón verde y amarillo en la hombrera de su camisa. Significaba que había sido ascendido a un nivel más alto de autoridad. Llevaba una citación para alguien; su presencia era siempre señal de desventura. Allí donde estuviera él, había alguien irremediablemente condenado a tener menos de lo que tenía antes de aparecer mi padre.

A juzgar por su apariencia y su porte, era como si ya hubiera nacido así: erguido; la espalda recta y rígida, los labios apretados, los ojos tan claros que parecían no haber estado nunca nublados por las lágrimas, su paso nunca vacilante; ni siquiera los animales tropezaban cuando los cabalgaba él. Nada en su aspecto hacía pensar que hubiera sido nunca un bebé, el causante de que alguien se inquietara ante la posibilidad de que muriera en medio de la noche por la fiebre, la tos, el aliento abandonando su cuerpo para no volver nunca. Ser más y más fuerte se había convertido en su esencia y, a medida que su fortaleza aumentaba, no se volvió gordo, fofo y desgarrado; creció bien proporcionado, con elegancia y duro como un pedernal. Tenías que mirarle a los ojos para ver de qué materia estaba hecho, algo que le satisfacía profundamente; y él nunca te diría de qué se trataba, tenías que mirarle a los ojos. Sus ojos eran lo primero en que se fijaba todo el mundo; y quienes le veían por primera vez, personas que no le conocían en absoluto, buscaban sus ojos sin pensar siquiera que querían verlos.

Estaba visitando el lugar en el que yo trabajaba. Se acercó a donde yo estaba sentada, durante un breve descanso, y dejó un bulto a mi lado. No lo abrí enseguida, me lo llevé a mi casa y abrí aquella noche. Su regalo consistía en un fruto de ugli y tres pomelos. Recordé entonces que una vez, cuando era niña, me había llevado con él al campo, pues quería mostrarme la nueva tierra que acababa de adquirir, muy conveniente porque lindaba con su propiedad. Sin saber por qué, aun siendo todavía de tan corta edad, me mantuve alejada de mi herencia, pues aquello era lo que se me

estaba mostrando. En la nueva tierra había plantado muchos jóvenes pomelos y, mientras me los mostraba con un amplio gesto de la mano —un gesto más propio de un hombre que fuera más rico que él, el gesto clásico del propietario que abarca con él sus posesiones—, me dijo que el pomelo era originario de las Antillas, que había nacido en algún momento del siglo XVII como una mutación del fruto del ugli en la isla de Jamaica. Dijo eso de una forma que me hizo pensar que deseaba que el pomelo y él mismo se convirtieran en uno. Yo no sabía lo que tenía en mente en el momento en que me dijo eso.

Cuando ya llevaba mucho tiempo viviendo así, ni un hombre, ni una mujer, nada, aislada por completo, viviendo solo de mi pasado, tamizándolo, intentando olvidar algunas cosas sin éxito, intentando conservar el recuerdo de otras sin éxito, recibí una carta de mi padre en la que me pedía que volviera al hogar, a su casa de Mahaut. Me entregó la carta un hombre al que no había visto nunca, pero por la forma servil en que agachaba la cabeza estaba segura de que mi padre le conocía muy bien. La carta estaba fechada dos días antes, reparé en ello porque había visto a mi padre el día anterior, con su habitual apariencia de oficial despreciado por todos, portador de documentos que llevarían a alguien a prisión, o que suponían el empobrecimiento definitivo de algún otro. Podría haberme dado la carta personalmente entonces. Su escritura, como todo lo que tenía que ver con su persona, llevaba la impronta de la burocracia. Recordaba haber visto las cartas que recibían de él Lise y Jack cuando yo vivía con ellos, y su caligrafía de entonces era más redondeada, subiendo y bajando por la hoja de papel de forma desigual, el «Queridos Jack y *Madame* LaBatte» muy grande, ocupando toda la primera línea, su «Vuestro amigo» apretado, embutido a duras penas en el poco espacio que le quedaba al final de la página. La escritura de esta carta que me pedía ahora que volviera a su casa era distinta. Las letras estaban nítidamente trazadas por el plumín de una estilográfica muy cara, la tinta era de un negro fuerte y denso, la escritura era idéntica a la de los documentos oficiales. El papel era de color crema pálido, con finas líneas verdes. Solo le faltaba el sello del Gobierno. Mi hermano estaba muy enfermo, me escribía, y quizá muriera pronto; mi hermana se había convertido en una persona de carácter amargado y la habían enviado a una escuela en Roseau, donde vivía interna con monjas a pesar de que nosotros no éramos católicos; mi madrastra se mostraba cada vez más distante con él. Él lo había escrito así: mi hermano, mi hermana, mi madrastra; pero yo cambiaba esas palabras por otras: tu hijo, tu hija, tu esposa. Eran suyos, no míos. Pretendía decirme que todos éramos suyos por igual; fue en aquel momento cuando pensé que no quería pertenecer a nadie, que puesto que la única persona a la que le hubiera consentido que me considerara suya no había vivido para hacerlo, no quería pertenecer a nadie; no quería que nadie me perteneciera.

Había un arbusto silvestre que llevaba muchos días en flor. Mientras leía la carta lo observé. Sus innumerables flores eran pequeñas y de un intenso color rosa, con cálices alargados y profundos y labios ligeramente desplegados por pétalos. Una

abeja solitaria entraba y salía sin cesar, entraba y salía, indolentemente, como si estuviera jugando, no trabajando en absoluto. De repente me sentí cansada de la vida que había llevado hasta entonces; ya había cumplido su función. De repente me di cuenta de que no quería seguir llevando las ropas de un hombre muerto. Me quité aquella ropa y la quemé. Tomé un baño. Sentía deseos de quemar la casa en la que había vivido todo aquel tiempo antes de dejarla, pero no quería que mi ausencia llamara la atención. No quería que nadie notara que había estado allí y que ahora ya no estaba.

Me fui hacia la casa de mi padre en mitad de la noche. No lo había planeado; simplemente fue entonces cuando lo tuve todo preparado para marcharme. Empaqueté todas mis pertenencias en un pequeño bulto y me lo puse en la cabeza. No era muy pesado, no era gran cosa. Conservaba las mismas cosas que ya tenía al llegar, con la diferencia de que tenía más dinero y había trabajado muy duro para conseguirlo. La noche era muy negra cuando me marché; había luna, pero no podía verla: una espesa nube colgaba como un falso techo entre nosotras. Estaba sola. Mis pies conocían la carretera como si la hubiera construido yo misma. Cuando llegó la mañana, estaba pasando por Roseau. No me detuve. La hija de mi padre estaba allí. Lise y Jack estaban allí. No me interesaban lo más mínimo. No me preocupaba saber lo que estaban haciendo en aquel momento.

Fue poco antes de llegar a Massacre cuando me crucé con una mujer que no era mucho mayor que yo, pero con aspecto de doblarme la edad. Reconocí en ella a la persona que solía ir a casa de mi padre para ayudar a su esposa a lavar la ropa y barrer el patio. Una de sus obligaciones era lavar la ropa, pero eso no incluía la mía; la esposa de mi padre no quería que lo hiciera, y yo no lo habría permitido, quería hacerlo todo por mí misma. Cuando nos encontramos y la miré tenía apariencia de mártir, pero estoy casi segura de que ella no tenía la menor idea de por qué razón era así. Caminaba con las manos delante, entrelazadas, reposando sobre el vientre. Tenía el vientre hinchado, pero no sabría decir si era porque estuviera embarazada o a causa de alguna enfermedad. Llevaba un vestido viejo, descolorido y sucio. No llevaba zapatos. Iba despeinada. Su piel, que cuando yo la había conocido era de un negro reluciente, como si acabara de adquirir su negrura, estaba ahora deslustrada y mate, y no había nada que pudiera devolverle la frescura. Nos cruzamos justo al pasar bajo la copa de un árbol viejo; incontables lluvias habían arrancado la tierra de sus raíces, de forma que estas habían quedado expuestas inclementemente a la fuerza de los elementos: una mitad del árbol estaba viva, la otra mitad estaba muerta. Ni la mujer ni el árbol se convirtieron en nada emblemático para mí. Había llegado a la conclusión de que prefería estar totalmente muerta o totalmente viva, pero nunca medio viva y medio muerta al mismo tiempo.

Cuando volví a ver la casa de mi padre, me eché a llorar. Estaba situada en el extremo más alejado del poblado de Mahaut viniendo de Roseau, en dirección a Belmont. Nunca me había fijado en lo bonita que era aquella casa vista desde el

exterior, con su estructura de madera pintada de amarillo y sus ventanas de color marrón oscuro. Aquellos matices concretos de marrón y amarillo no eran bonitos en sí mismos, y sin embargo, quedaban preciosos en aquella casa. Estaba al otro lado de la carretera que bordeaba el mar, el inmenso mar, tan plateado, tan infinito, tan azul, tan inabarcable, tan gris, tan despiadado, tan poderoso y sin conciencia. En contraste con él, la casa era tan frágil, tan vulnerable a la fuerza del mar a la que desafiaba, pues no era descabellado pensar en la posibilidad de que de vez en cuando las olas del mar llegaran a alcanzarla. No era una casa vieja; había sido construida siguiendo las instrucciones de mi padre, pero ya empezaba a ceder bajo las numerosas cargas que pesaban sobre el ánimo de sus habitantes: la aflicción de mi padre por la pérdida de mi madre; su matrimonio con su actual esposa, a la que no había querido por ella misma sino por la riqueza y las relaciones de su familia; la aflicción que a ella le había causado su propia esterilidad; la mala salud de su hijo; la volubilidad de su hija más joven. Yo no veía nada de mí misma en esa casa; solo veía otras personas. No encajaba en ella. Todavía no encajaba en ningún sitio.

La hija que mi padre había tenido con su esposa que no era mi madre había nacido en pleno día, cuando el sol caía directamente sobre la cabeza, y eso no era bueno. Era un momento del día demasiado luminoso para nacer; nacer a esa hora solo puede significar que serás despojada de todos tus secretos; de tu capacidad de decidir lo que sucederá. No existe ningún espacio que pueda oscurecerse lo bastante como para protegerte de una atrocidad tan desbordante, tan voluptuosa: la vida misma. El momento del día en que nació su hijo no tenía la menor importancia. Cualquier hora del día es la adecuada para que nazca un hijo. En el momento en que nació su hijo, mi padre ya no estaba enamorado de la vida, no estaba enamorado de nada. Lo único que quería era acumular más cantidad de todo, y de todas las cosas que quería, no quería llevar ninguna encima. No quería que la gente se fijara en la chaqueta que llevaba puesta y supiera que tenía muchas más en el lugar del que procedía aquella; quería cosas que pudiera dejar a sus pies, quería cosas de las que pudiera prescindir, quería cosas sin verdadera utilidad. Quizá fuera así porque a lo largo de su vida había ya agotado la posibilidad de experimentar la utilidad, la experiencia de la necesidad, la idea de deseo. Era un animal neutro. Capaz de absorber amor; capaz de absorber odio. Podía seguir adelante. Sus pasiones solo le concernían a él: no obedecían a ninguna ley racional, no obedecían a ninguna ley arrebatada por creencia alguna, y, sin embargo, podía ser descrito como un hombre sensato, un hombre de creencias apasionadas. Yo era como él. No me parecía a mi madre fallecida. Era como él. Él estaba vivo.

En el interior de aquella casa amarilla con ventanas marrones, el hijo de mi padre yacía en un lecho de trapos limpios colocado en el suelo. Eran trapos muy especiales; habían sido perfumados con aceites extraídos de vegetales y de animales. Se trataba de protegerle de los malos espíritus. Estaba en el suelo para que los espíritus no pudieran acometerle desde abajo. Su madre creía en el obeah. Su padre abrazaba las

creencias del pueblo que le había subyugado. Él no estaba muerto; no estaba vivo. Que no estuviera ni vivo ni muerto no era culpa suya: ser traído al mundo no es nunca responsabilidad de nadie, nunca sucede por decisión propia. Él en particular era la encarnación de una idea que había tenido otra persona. Él era en realidad una idea que había tenido su madre para que su padre olvidara a la mujer que había amado antes. Hacer que alguien olvide a otra persona es imposible. Uno puede olvidar un acontecimiento, uno puede olvidar un asunto pendiente, pero nadie puede olvidar a otra persona.

Y así el hijo de mi padre yace con el cuerpo cubierto de pequeñas llagas, su ser entero no muerto, pero tampoco vivo. Dijeron que tenía bubas; dijeron que estaba poseído por un espíritu maligno que era el causante de que le brotaran úlceras en el cuerpo. Su padre creía que un determinado remedio le curaría, su madre creía en otro; eran sus creencias las que estaban enfrentadas, no los remedios en sí mismos. Mi padre rezó para que se pusiera bien, pero sus oraciones actuaron como un acicate para la enfermedad: las lesiones pequeñas se hicieron más grandes, la carne que cubría la espinilla de su pierna izquierda empezó a desvanecerse lentamente, como devorada por un ser invisible, hasta dejar al descubierto el hueso, y luego también este empezó a desvanecerse. Su madre hizo llamar a un hombre que conocía los ritos del obeah, y a una mujer que conocía los ritos del obeah, ambos nativos de Dominica, y más adelante hizo llamar a otra mujer, una nativa de Guadalupe; se decía que alguien que atravesara las aguas del mar con una cura tenía mayores posibilidades de éxito. La enfermedad continuó, indiferente a todo principio; ninguna ciencia, ningún dios de ninguna clase podía alterar su curso, y cuando ya había muerto, su madre y su padre llegaron a la conclusión de que su muerte había sido inevitable desde principio.

Murió. Se llamaba Alfred; le habían puesto el mismo nombre que a su padre. Su padre, mi padre, se llamaba Alfred por Alfredo el Grande, el rey inglés, un personaje al que mi padre habría despreciado, pues llegó a conocer a aquel Alfredo no mediante el lenguaje del poeta, que habría sido el lenguaje de la compasión, mediante el lenguaje del conquistador. Mi padre no era responsable de su propio nombre, pero sí era responsable del nombre que llevaba su hijo. Su hijo se llamaba Alfred. Quizá mi padre imaginara una dinastía. Era risible solo para alguien que estuviera excluido de su esencia, alguien como yo, alguien del sexo femenino; cualquier otra persona le hubiera comprendido perfectamente. Se había imaginado a sí mismo permaneciendo en esta vida a través de la existencia de otra persona. Mi padre nunca había sufrido la indignidad de encontrarse accidentalmente con su propia imagen reflejada en alguna superficie brillante y que pareciera tan convincente como para llegar a creer que su propia imagen era también su alma. Estaba convencido de que su hijo se parecía a él, y quizá fuera cierto, aunque a mí jamás se me hubiera ocurrido pensarlo; estaba convencido de que su hijo era idéntico a él, y quizá lo fuera realmente, pero aquel hijo suyo no vivió lo suficiente como para que yo pudiera llegar a esa conclusión.

Mi hermano murió. En la muerte se convirtió en mi hermano. Mientras estuvo

vivo no le conocí en absoluto. Tenía el pelo negro como el de su madre. Sus ojos eran castaños, también como los de su madre. Era bondadoso y apacible, pero las suyas eran la bondad y la docilidad de los débiles, no procedían de la generosidad, no procedían del instinto. Poseía una gran belleza, pero no te hacía desear tocarle; no porque te causara repugnancia, sino porque te hacía temer que el mero hecho de tocarle le pudiera causar algún daño, como si fuera una vida vegetal salida de una fábula. Mi padre le quería: era bueno, heredaría mucho, el sucio trabajo de acumular resultaría desconocido para él. Cómo conservaría su herencia es un pensamiento que solo podría ocurrírsele y causar enfado a alguien como yo, la desencantada, y antes de eso la desheredada. Su padre le quería; se llamaban igual: Alfred. Ese chico murió. Antes de morir, su cuerpo expelió un río de sangre. Cuando acababa de morir, un gran gusano marrón surgió reptando de su pierna izquierda; se quedó allí, sobre el tobillo, como esperando ser encontrado por un vagabundo una mañana. Pronto se secó, y entonces adquirió un aspecto que hacía pensar que todo indicio de vida había abandonado su repugnante cuerpo hacía miles de años. Entonces se hicieron inseparables, mi hermano y el gusano que surgió de su cuerpo cuando acababa de morir. Mi padre no dejó de vivir entonces, ni perdió sus deseos de continuar viviendo, únicamente llegó a la conclusión de que todo su sufrimiento tenía un propósito secreto, y empezó a anhelar que este se le revelara.

Mi hermano murió y los mares estaban tranquilos, aunque no en su forma habitual; no soplaban el viento, las hojas de los árboles estaban inmóviles, la tierra no temblaba, los ríos no bajaban crecidos, el cielo tenía ese azul eternamente engañoso... inocente, como si no fuera a cambiar nunca. Todo era como siempre, como hubiera sido en cualquier caso, sin importar lo que pasara, pero el mundo entero había cambiado para mi padre, y ahora creo que se sintió de nuevo pequeño, insignificante, desamparado ante la esencia de la vida, que seguía su curso indiferente a sus deseos. Un aura brillante de paz y tranquilidad le envolvió entonces, un aura de paz que resplandecía como la de un santo, aunque estoy segura de que ningún santo de verdad tiene ese aspecto nunca; es algo que solo se ve en las pinturas.

Enterraron a mi hermano en el cementerio de la iglesia metodista de Roseau. Su madre estaba silenciosa en su aflicción; también ella había anhelado algo. Algo que giraba en torno a su hijo, a su importancia; su fuerza y sus logros serían motivo de orgullo para ella. Él se le parecía; la belleza que poseía él era también su belleza. Se veía a sí misma atada a él tan estrechamente que, cuando murió, sintió que también ella había muerto. No podía llegar hasta el extremo de morir realmente; solo podía estar entre los vivos físicamente, su espíritu estaba ahora con su hijo muerto. En aquel momento me dio pena, aunque no tanta como para perdonar y olvidar que en una ocasión había intentado matarme, sabiendo además con absoluta certeza que siempre había deseado verme muerta y que me mataría si alguna vez tenía el coraje necesario para hacerlo. Se cantaron himnos, se ofrecieron oraciones; eran oraciones que pedían el perdón y oraciones con las que se manifestaba la aceptación de

acontecimientos que eran fundamentalmente decepcionantes. Pero tal es la suerte de los vencidos: al fin y al cabo, ha sido lo que tenía que ser; al fin y al cabo, el otro desenlace, el desenlace del triunfo, habría sido una tragedia, habría tenido consecuencias mucho más devastadoras que la derrota experimentada ahora. Tal es el consuelo de los vencidos.

Mi padre y su esposa y su hija, la chica que no era yo, la esposa que era su madre, formaron un triángulo de dolor, de culpa, de recelo, de venganza. Para mi padre nada de eso era de naturaleza personal, profunda. No se peleaba con su esposa. Ella, también ella, era ahora motivo de decepción. Yo solo era un recordatorio de la decepción, por una parte; por otra, llevaba la sangre de alguien a quien él creía haber amado. Mi padre no era capaz de amar, pero él creía que sí, y eso debe bastar, puesto que quizá medio mundo lo siente así. Él creía que me quería, pero yo habría podido explicarle hasta qué punto aquello era falso, habría podido enumerarle todas las veces que me había puesto directamente en las fauces de la muerte. Habría podido enumerarle todas las veces que había faltado a sus obligaciones de padre respecto a mí, su hija huérfana de madre, mientras él seguía su camino para convertirse en un hombre de mundo. Él amaba, él amaba; él se amaba a sí mismo. Quizá esa sea la forma de amar de todos los hombres. Tras haber perdido aquel pequeño recipiente a través del cual había tenido la esperanza de perpetuarse, él mismo se había convertido en su propio legado. Él era su propio futuro. Cuando él muriera, el mundo dejaría de existir.

Para su hija, la que no era yo, mi presencia resultaba tan enojosa que, incluso cuando no me tenía delante, deformaba el rostro en aquella mueca que había inventado exclusivamente para mí. Insistía en decir que yo no era hija de mi padre y que, aun cuando fuera su hija, era ilegítima. La expresión de temor reverencial y de perplejidad que cruzó alternativamente su rostro cuando se dio cuenta de que yo encajaba encantada aquella caracterización me hizo sentir lástima de ella. Deseé que de alguna manera encontrara inspiración en mí. ¿Por qué no se me valora?, es lo que ella deseaba preguntarle al mundo, un mundo integrado por su madre y su padre; pero no podía hacer tal pregunta, no podía empezar a sospechar que pudiera haber una respuesta. Su madre no podía ni mirarla, pues su existencia le parecía una especie de derroche, no era ella la persona que debía seguir viva. Su padre nunca le había prestado atención en realidad; su forma de verla después de la muerte de su hijo no era muy distinta de cómo la veía antes de que el chico muriera. Ahora su madre la recibía siempre con su silencio. Su padre siguió sin dirigirla nunca la palabra.

Se convirtió en mi hermana cuando, poco después de que la expulsaran de la escuela, quedó embarazada y la ayudé a librarse de aquel problema. No fue difícil; recordaba todos los detalles por experiencia propia. No quería que nada concerniente a ese tema se supiera, así que la oculté en la pequeña habitación de detrás de la cocina que volvía a ser mi habitáculo. También seguía cocinando yo misma mi comida. Le hice infusiones de hierbas muy fuertes. Cuando vi que el niño que llevaba en sus

entrañas seguía negándose a salir, introduje la mano en su útero y lo extraje por la fuerza. Sangró durante varios días. Su cuerpo se contraía y se doblaba de dolor. No murió. Me había convertido en una verdadera experta en gobernar mi propia vida, por lo menos en ese aspecto concreto, tanto que podía extender ese poder a cualquier otra mujer que me lo pidiera. Pero mi hermana no me lo pidió. Yo nunca me convertí en su hermana, nunca me permitió entrar en su intimidad, nunca me dio las gracias. De hecho, la impenetrable reserva en que ella veía que mantenía mi propia vida solo contribuyó a aumentar el recelo y la falta de entendimiento.

La expulsaron de la escuela por mantener una relación clandestina con un hombre; así la describía literalmente la directora en una carta dirigida a nuestro padre: «Elizabeth ha estado manteniendo una relación clandestina con un joven policía de St. Joseph». Esa carta estaba sobre la mesa en aquella habitación de la casa de mi padre en la que todo tenía aspecto de haber sido arrancado de un cuadro..., de una pintura, no de una fotografía, tan brillante, tan natural y, sin embargo, tan muerto. Nada en el mundo me habría podido disuadir de leerla. Decía: «*Cher Monsieur et Chère Madame*», y todo el resto estaba escrito en inglés. Mi hermana tuvo una disputa consigo misma, pues su madre no le hablaba y su padre nunca le había hablado. Lo negó todo. Inventó una historia que me permitió por primera vez hacerme una idea de lo que era la vida durante la niñez y de lo que un niño de verdad podía hacer y decir. Un niño mira hacia el horizonte y cree que el mundo es plano y que, al llegar al borde del mismo, uno cae en la nada. Una convicción como esa es una convicción infantil. No existe ninguna explicación científica que haga de esa convicción algo ridículo; es la falta de certeza, la falta de complejidad, lo que la hace parecer ridícula. Ella creía con todas sus fuerzas que sus explicaciones reflejaban la verdad más transparente: había saltado el muro del convento para dar un paseo porque aquella atmósfera cerrada le hacía sentir nostalgia de su hogar y porque echaba de menos los espacios abiertos de su querido Mahaut; cada vez que escapaba saltando los muros del convento en mitad de la noche, por una extraña coincidencia, se encontraba con el mismo hombre, un tal Claude Pacquet, un hombre joven que aspiraba a convertirse algún día en alguacil. Una explicación tan absurda como aquella resultaba cómica solo si vivías en un mundo cómodo y de amplias miras en el que la posición de tu familia no podía ser cuestionada, en el que tu propia posición no podía ser cuestionada. Su madre no se rio. Su padre no se rio. Yo no me reí.

Cuando estuvo totalmente recuperada del trance de expulsar de su cuerpo el hijo que no quería, lo primero que hizo fue escupir al suelo delante de mí, no sin antes haberme dicho cosas que ella pensaba iban a herir profundamente mis sentimientos. Pero ya al nacer, yo era más vieja que los diecisiete años de edad de ella, así que sus palabras no me causaron sorpresa. No había esperado gratitud, aunque la habría recibido con agrado. No había esperado amistad; eso me habría hecho recelar. Ella no podía llenar el espacio vacío que había quedado en la pequeña casa amarilla que siempre había sido su hogar. Se parecía mucho a su padre, mucho más de lo que se le

había parecido su hermano: tenía la misma piel de él, una mezcla de gentes —no razas, gentes—, su pelo, rojo y dorado y ensortijado, tenía la textura de la lana del lomo de una oveja; sus ojos eran grises, como la luna vista contra un cielo azul marino, y, sin embargo, no era bella; la belleza no estaba en su naturaleza. Era como un animal salvaje; había nacido pensando que ya tenía la primogenitura reservada. Creía que yo era la persona que se la podía arrebatarse. Yo no podía hacerlo. No era un hombre.

Su padre, mi padre, se había convertido por aquel entonces en un hombre muy rico. No era habitual para un hombre de su posición, un nativo; es decir, un hombre cuyos lazos de sangre le vinculaban al pueblo africano. Su riqueza maravillaba a otras personas que podían ser incluidas en la categoría de nativos. Esas otras personas, los nativos, se habían visto hundidas en el lodo a manos de la justicia y de la injusticia, se habían visto involucradas en demandas por herencias ancestrales, y las indignidades por las que habían pasado para llegar a estas islas, como si importaran, importaban realmente. No así mi padre. Él tenía visión de las cosas, de la historia, del tiempo, como si hubiera vivido en diferentes épocas y hubiera podido ver que a corto plazo todo era importante y sin embargo a largo plazo nada importaba. Todo acabaría en nada, en muerte, como si nunca hubieras existido, y no importaba lo gloriosa que hubiera sido tu presencia; si en un determinado momento no había nadie dispuesto a morir por ella, dispuesto a vivir por ella, no tenía la menor importancia. Todo era importante y luego, una vez más, nada importaba. Él se hacía más y más rico. No llevaba su riqueza encima. No llevaba oro, no llevaba plata. Llevaba un fino traje de lino blanco, perfectamente cortado a su medida; no era su propia piel, pero podría haberlo sido. Tenía un aspecto imponente: un ave de rapiña, un insecto vulnerable al ataque de un ave de rapiña, un amo de la jungla, un soberano de las llanuras, un pequeño mamífero. Su piel entonces empezó a arrugarse, las arrugas eran diminutas, los pliegues tan insignificantes que solo alguien que tuviera tanto interés en ello como yo lo habría notado.

Mi hermana no lo notó. La riqueza de su padre no le parecía insólita. Su padre tenía que ser rico, ella tenía que ser su hija. Se compró un peine —yo no sabía dónde lo había encontrado— con el que, calentándolo previamente, conseguía que su pelo ensortijado cayera lacio sobre sus hombros. Su cabello brillaba bajo la luz del sol, abundante, montones y montones de cabello, como si fuera una especie de riqueza. Su padre era un hombre delgado. Nunca daba la sensación de estar disfrutando de los alimentos mientras comía. En cuanto a ella, su cintura se ensanchó, y sus caderas se ensancharon aún más. Tenía grandes pechos, pero sin atractivo, sin poder de seducción; crecieron todavía más, pero no invitaban a ser acariciados. ¡Oh, ver lo poco que se conocía a sí misma me producía tal tristeza que pasé un día entero llorando a mares! Ella, también ella, estaba enamorada de sí misma, pero el suyo no era un amor que valorara sus propias cualidades.

Y un día mi padre se hizo con un coche. No era un coche nuevo, había

pertenecido a otra persona, pero eso no importaba; él tenía un coche. Todos los domingos iba en coche con su esposa y su hija hasta Roseau para asistir a la iglesia. A la vuelta comían abundantemente, a veces solos, a veces acompañados de un hombre con el que habían trabado amistad, un inglés. Yo no iba a la iglesia con ellos en el coche, no iba nunca a la iglesia, y tampoco comía con ellos. A mi hermana le habían regalado una bicicleta; era un verdadero lujo, no todo el mundo tenía bicicleta. Después de la comida dominical, consistente en carne preparada a la inglesa, asada, y un montón de féculas, algunas dulces, otras saladas, a las que llamaban *puddings*, solía marcharse a dar un paseo en bicicleta. ¿Un paseo a dónde? Supe de inmediato que se trataba de un paseo para estar en compañía del hombre de St. Joseph. Es posible que su madre y su padre lo supieran también, pero no lo mencionaron, ya no hablaban nunca con ella, y menos para hacerle una advertencia. Fueron muchas las tardes de domingo que salió a dar un paseo en bicicleta, y cuando se alejaba de la casa de sus padres, lo hacía con una idea sobre la que todos estaban de acuerdo: disfrutar de una diversión muy concreta. Se trataba de pedalear bajo la agradable brisa de la tarde, el calor descendiendo a medida que el día se hacía más corto, la luz suavizándose a medida que el día se hacía más corto, todo el entusiasmo que había empezado con el largo bostezo de la mañana llenándose de desaliento a medida que el día se hacía más corto. Pero el calor, la luz, la duración del día, no tenían la menor importancia para ella, ella iba al encuentro de un hombre. Su madre y mi padre lo sabían, sabían que iba a encontrarse con un hombre y que se trataba de aquel hombre, el mismísimo hombre de St. Joseph, el hombre que no les gustaba. Para entonces ya habían agotado su capacidad de oponerse: se habían opuesto a la muerte de su hijo y la muerte le había llegado igualmente.

Había oscurecido ya un domingo, cuando ella volvió de su cita clandestina con él. Se habían encontrado en un lugar situado entre Massacre y Roseau, se habían besado, él había estado encima de ella, ambos estaban medio desnudos, ella había jadeado, él había gruñido, ella le había dicho a él que le quería, él no le había dicho tal cosa a ella, pero ella no lo había notado; él se había apartado ya de ella, ella seguía abrazada a él. La forma de satisfacción que sentía cuando él estaba dentro de ella, justo aquella parte de su cuerpo entre la cintura y las rodillas, apartándose de ella como si lo hiciera para siempre, y otra vez dentro de ella como si fuera para siempre, resultaba tan arrebatadora para mi hermana que estaba convencida de que aquella sensación existía únicamente para ella cuando estaba con él. No sabía que podía obtener la misma sensación con cualquier otra persona, incluida ella misma. Estaba enamorada de él, ¿y qué significaba eso? Esperaba no saberlo nunca, pues ella hacía que pareciera la definición misma de la necesidad. Aquel domingo por la tarde, de vuelta de su encuentro con él, estaba entrando en la curva montada en la bicicleta, la curva cerrada, la curva que era tan cerrada que lo notabas incluso cuando ibas caminando lentamente. Iba demasiado deprisa y se salió de la carretera, cayendo por un precipicio y estrellándose contra las copas de unos árboles primero, y luego contra las

rocas, restos de una erupción volcánica. El hecho de que continuara con vida fue considerado un milagro, lo que no dejaba de ser cierto, y una bendición, pero que sobreviviera les pareció una bendición solo a todos aquellos que eran incapaces de imaginar lo que eso suponía y que por lo tanto tenían fe en el futuro.

Yo la había visto aquel domingo por la tarde antes de que partiera al encuentro de su destino, y tenía ese aspecto tan peculiar que a veces envuelve a las personas, algo que ahora sé reconocer pero no entonces... Ese aspecto que parece decir «Cualquier cosa que haga ahora será aquello que señale mi fin». Había estado peleándose consigo misma, aunque ella creía haber mantenido una disputa con su madre, pero su madre no le prestaba la menor atención. Llevaba un vestido blanco de algodón; su padre insistía en que los domingos vistiera de blanco, no por seguir ninguna tradición reconocida por nadie, sino solo porque se había formado una idea de su propia virtud que le convertía, como solo él era capaz de comprender, en una persona más virtuosa que los demás mortales. Cuando iba a buscar la bicicleta, se había tropezado conmigo, se había tropezado conmigo y me había mirado haciendo una mueca que estaba destinada a convertirse en la expresión inmutable de sus rasgos: las comisuras de los labios vueltas hacia arriba; los iris de ambos ojos desviados hacia los extremos, de forma que veía desenfocado todo aquello que miraba. Las ventanas de su nariz despedían amargura; no en el aire que inspiraba, sino en el que exhalaba. La mirada que me lanzó era cruel, pero no importaba, no necesitaba su compasión. Cuando volví a verla, yacía en una cama de hospital en Roseau. En aquel momento estaba sola. Su padre había estado allí antes que yo, su madre había estado allí antes que yo, no habían estado antes allí juntos. Habían pasado diez días; hacía diez días que había caído por el precipicio. Todavía no se había parado a pensar en la extrañeza de la vida, todavía no se había parado a pensar en lo efímeros que son cada momento, cada día, cada existencia. Ahora creo que nunca lo hizo. Creo que al final de su vida era infeliz, se sentía confundida..., exactamente igual que al principio. La vida, claro, no es ningún misterio, todo el mundo sabe de sobra cuál es el curso inevitable de la misma; el misterio es una trampa destinada a aquellos sobre los que ha caído la maldición de la curiosidad.

Yacía entre las ásperas sábanas de la cama del hospital. Tenía la piel de un marrón pálido, como papel de estraza, el pigmento marrón oscuro en la capa más superficial. Ya no era cuestión de que estuviera o no contenta de verme. No podía verme con claridad en absoluto. Quizá veía mi imagen multiplicada por tres o por cien; pero tanto si me había convertido en tres como en un centenar, seguía sin gustarle lo más mínimo. Pero ya nunca volvería a gustarle nada en este mundo. Había ido a visitarla por iniciativa propia. No se esperaba de mí que lo hiciera como una obligación; nadie me lo había pedido. Al verme, me volvió la cara; quizá porque le disgustaba verme, o quizás estaba avergonzada.

Cuando la vi, un hombre estaba en pie junto a su cama, en una habitación pequeña en la que había otras seis camas pero ningún otro paciente. Era el mismo

hombre que algunos domingos venía a comer con mi padre y con la esposa de mi padre; era el hombre con el que pasaría la mayor parte de mi vida, pero ¿cómo iba a saberlo entonces? Ella no me miró, no quería verme. Él sí me miró, pero en aquel momento yo no significaba nada para él, y más adelante no recordaría haberme visto en aquella ocasión. Cuando ella finalmente me miró, vio mi figura multiplicada por diez, cada una de las imágenes parcialmente superpuesta a las otras, ninguna de las réplicas enteramente nítida. Aquella visión la desconcertó; me volvió la cara indignada. Debí de sentir afecto por ella entonces, lo bastante como para dominar la curiosidad que se había despertado en mí al verla allí postrada: ¿cómo era él, cómo era ese hombre por el que había quedado reducida a aquel estado, medio inválida y con la visión borrosa para siempre?

Mi padre había aceptado el mundo con que se había encontrado tal y como era, y había hecho de este el objeto de sus caprichos, así como otros hombres habían hecho de él, de mi padre, el objeto de sus caprichos en el mundo con que se habían encontrado. Que yo sepa, nunca cuestionó la existencia de esos mundos dentro de otros mundos. Era un hombre rico; había hombres más ricos que él, y hombres más ricos todavía. Todos ellos estaban abocados al mismo final, nada podía salvarles. Él había vivido el tiempo suficiente como para haber perdido la fe en sus propios esfuerzos, como para haber dejado de creer que tuvieran ningún valor para el futuro, pero su apego por los bienes materiales de este mundo, su afición a obtener ganancias, era como una droga: era adicto, no podía dejarlo sin más. Su ahora única heredera, la hija de su esposa —su hijo había muerto, su esposa estaba muerta, yo me había quitado de en medio—, no tenía nada que ver con su forma de entender el mundo y, en cualquier caso, por naturaleza, no podía abrigar los mismos sentimientos que él acerca del mundo. Ella veía la fortuna de su padre solo como un medio para liberarse de la carga de la vida cotidiana que observaba a su alrededor: una vida en la que había que barrer el suelo solo para que al poco rato volviera a estar sucio; una vida en la que había que cocinar alimentos solo para que fueran rápidamente consumidos y hubiera que cocinar más alimentos; lavar ropa solo para que se ensuciara con el uso y hubiera que lavarla de nuevo. Y, sin embargo, quizá mi padre hiciera lo correcto ambicionando el mundo y mi hermana hiciera lo correcto disfrutándolo, pues lo contrario, ambicionar la muerte, no es ninguna ambición: la muerte es lo más inevitable de lo inevitable, la única certeza en medio de la incertidumbre.

Así que me fui a conocer al hombre que había empujado a mi hermana al fondo de un precipicio, a la cama de hospital en la que yacía, a quedar medio inválida para el resto de su vida. Él nunca la había ido a visitar al hospital, quizá no supiera nada de su accidente. Ella creía que así era, tenía la absoluta certeza de que él no lo sabía; los recaderos no eran el tipo de gente que ella conociera, no eran de fiar. Yo era la única persona que podía avisarle, pero rogarme que hiciera tal cosa era demasiado humillante, permitir que me enterara de que había rehusado satisfacer su deseo era

más de lo que ella podía soportar. A pesar de todo fui a verle. Era un hombre vanidoso, pero su arrogancia era vulgar. No respondía a ninguna íntima convicción, a ningún conocimiento profundo de sí mismo, se debía a algo que creía que veía en él la gente, algo en su apostura, en la intensa y turbadora forma en que miraba a todos fijamente, cierta cadencia en su manera de andar. Si hubiera podido sentirme divertida, si en mi vida hubiera tenido cabida la risa, una persona como él habría constituido una fuente inapreciable.

Llevaba bigote, como una escoba o un tupido cepillo de cerdas erizadas que se atusaba sin cesar, en toda circunstancia, con los dedos de mano izquierda. Ya me había pasado el vestido por la cabeza y había metido los brazos en las mangas; me estaba abrochando cinturón cuando le dije que mi hermana estaba en el hospital, que había sufrido un accidente y que anhelaba verle. No sabía que Elizabeth tuviera una hermana, y cuando le pregunté hasta qué punto el hecho de saberlo habría cambiado las cosas para él, empezó a jugar con el bigote y se echó a reír; emitía un sonido audible solo para él. Sus manos habían sido incapaces de procurar placer, incapaces de despertar siquiera el menor interés; sus labios eran anchos y generosos, se satisfacían a sí mismos. Había abandonado la cabecera de la cama de mi hermana para ir a verle movida por la curiosidad, aunque no se trataba de una curiosidad imperiosa. Después de todo, solo quería ver si no era demasiado tarde para disuadirla de convertir la presencia en su vida de aquel hombre indigno en algo permanente; después de todo me traía sin cuidado, después de todo y a pesar de todo, no importaba.

Se casaron, pero tendrían que pasar años antes de que tuviera lugar ese acontecimiento: tres, cuatro, cinco, seis y hasta siete. Ella nunca se recuperó del todo del accidente. Tenía todo el cuerpo cubierto por tantas cicatrices que parecía un mapa en el que las líneas fronterizas se hubieran dibujado una y otra vez, el resultado de batallas cuya conclusión nunca era definitiva. Durante algún tiempo sollozaba día y noche. Luego calló y no volvió a llorar jamás. Esperó. Un día, no hacía mucho tiempo que se había cumplido su séptimo año de espera, llegó una mujer a la casa de mi padre y preguntó por mi hermana. Cuando esta salió a su encuentro, le puso un pequeño bulto entre los brazos y dijo que aquel bulto era un niño; ella era su madre y Pacquet era su padre. Luego desapareció. Mi hermana y yo cuidamos del niño, aunque en realidad fui yo quien lo hizo, quien atendió a sus necesidades, pues ella era ya incapaz de cuidar de sí misma, mucho menos de un niño pequeño. El niño no se desarrolló como es debido, y al cabo de dos años murió de una enfermedad que dijeron era la tos ferina. La vida de aquel niño pasó inadvertida, como si nunca hubiera existido. Mi padre prohibió que fuera enterrado en el mismo cementerio que su hijo Alfred. Finalmente lo enterramos entre los miembros de una pequeña secta de creyentes cristianos, una secta a la que mi padre no prestaba demasiada atención.

A mí no me invitaron a su boda. El día de su matrimonio no tuvo nada de especial. Llovía a ratos, el cielo tenía un color lechoso, como la leche recién ordeñada

de una vaca y conservada en un viejo cubo; nada resultaba portentoso, ni en sentido benigno ni maligno. Todo era indiferente a su enlace. Mi hermana llevaba un vestido de seda blanco; procedía de muy lejos, procedía de China, pero todos dijeron que se casaba ataviada con seda inglesa. Llevaba perlas alrededor del cuello; mi padre se las había regalado a su madre, no sé de dónde las sacaría él. Ella estaba fuera de sí de contento. No era un dechado de belleza. Había quedado totalmente desfigurada a causa del accidente: no podía enfocar adecuadamente la vista, tenía una pierna más larga que la otra y cojeaba ligeramente al andar. Pero no eran esas cosas las que hacían que no fuera bella, pues la confusión interna que le causaba el hecho de no poder enfocar bien podría haber conferido a su rostro cierta expresión de vulnerabilidad; también la cojera podría haber despertado en cualquiera cierto sentimiento de compasión hacia ella. Pero no era así; se hizo más arrogante, su voz adquirió cierta calidad vulgar, su mirada se hizo fija e inexpresiva, su figura se volvió más voluminosa y lenta; no era exactamente furia contenida, sino solo una mujer decepcionada con el amor de un hombre.

Una vez casados, vivieron con los padres de ella, una situación que mi padre intuyó inmediata y correctamente que se trataba de un peligro para mí. Su esposo no la amaba, eso ella lo sabía. Tampoco sentía afecto por mí; eso ella no lo sabía. Yo le llamaba *monsieur* Pacquet, un formalismo con el que pretendía dejar clara mi falta de interés, por no mencionar lo poco que en realidad sabía de él. Él me llamaba a mí *mademoiselle*; podría haberme llamado *miss*, pero le gustaba pronunciar aquella palabra, y lo hacía de forma pomposa. Fue entonces cuando mi padre lo arregló todo para que yo fuera a vivir con su amigo en Roseau y trabajara para él; su amigo era el médico que había cuidado de mi hermana cuando se convirtió en una inválida y yacía en su cama de hospital.



¿Qué es lo que hace que el mundo gire?

¿Quién podría buscar una respuesta a esa pregunta?

Es una pregunta especialmente preciada para un hombre orgulloso del tono pálido del color de su piel, especialmente apreciada porque no responde a ninguna aspiración que haya logrado realizar, a nada que le haya costado ningún esfuerzo en absoluto; sencillamente nació así, fue bendecido y elegido para ser como es, y eso le proporciona un lugar privilegiado en la jerarquía de todas las cosas. Ese hombre se aposenta en un otero, no permanece a ras de tierra, y sabe con una certeza férrea que todo lo que abarca con la vista —prados fértiles, vastas llanuras, altas montañas con tesoros enterrados, mares turbulentos, océanos en calma—, absolutamente todo, tiene que pertenecerle a él. Qué es lo que hace que el mundo gire es una pregunta que plantea cuando todo lo que abarca con la vista está bien seguro en su poder, cuando se ha apoderado de todo con tal seguridad que de vez en cuando puede incluso dejar de vigilarlo, puede denunciarlo, puede reclamar que se lo han usurpado, puede maldecir el momento en que fue concebido y el día en que nació, puede irse a dormir cuando llega la noche sabiendo que al despertar todo lo que abarca con la vista sigue estando bien seguro en su poder; y puede volver a preguntar, ¿Qué es lo que hace que el mundo gire?, y entonces obtendrá una respuesta, se podrían llenar volúmenes enteros con ella, hay muchísimas respuestas, todas distintas, y hay muchísimos hombres, todos iguales.

¿Y qué pregunto yo? ¿Cuál es la pregunta que yo puedo plantear? Yo no poseo nada, yo no soy un hombre.

Pregunto: ¿Qué es lo que hace que el mundo gire en mi contra y en contra de todos los que son como yo? No poseo nada, cuando hago esa pregunta no estoy contemplando nada; el lujo de obtener una respuesta que podría llenar volúmenes enteros no está a mi alcance. Cuando hago esa pregunta, mi voz está llena de desesperación.

Hay siete días en una semana, por qué, no lo sé. Si alguna vez me viera en la necesidad de contar con ese tipo de cosas, días y semanas y meses y años, no estoy segura de que fuera a organizarlas de la misma forma en que las he encontrado. Pero de todas formas, ahí están.

Era un domingo en Roseau; el aspecto de las calles resultaba inquietante, medio vacías, silenciosas, límpidas; en el puerto el agua estaba en perfecta quietud, como contenida en una botella, en las casas no se oían las habituales voces pendencieras, el azul del cielo era a un tiempo abrumador y ordinario. La población de Roseau, es decir, todos aquellos que tenemos un determinado aspecto, habíamos sido reducidos a sombras hacía mucho tiempo; los eternamente extranjeros, los que sobrábamos, habíamos perdido hacía mucho tiempo toda relación con la totalidad, con una vida interior de nuestra propia invención, y puesto que era domingo, algunos deambulaban ahora como en trance, fuera de sus cabales, camino de una iglesia o saliendo de una iglesia. La atmósfera que impregnaba esta actividad —ir hacia la iglesia, volver de la

iglesia— producía la sensación de que hubiera sido decretada. Significaba también, una vez más, la derrota, pues ¿qué habría sido de las vidas de todos los conquistados si estos no hubieran acabado por creer en los dioses del pueblo que les había conquistado? Pasé junto a una iglesia. La propia estructura de la iglesia, una pequeña y hermosa construcción, pretendía imitar en su sencillez y modestia a otra construcción similar de un poblado insignificante en algún oscuro rincón de Inglaterra. Pero esta iglesia, característica en todos los aspectos de su tiempo y su lugar, había sido construida, centímetro a centímetro, por esclavos, y muchos de aquellos esclavos habían muerto mientras construían esta iglesia, y entonces sus amos les habían enterrado de tal forma que cuando llegara el día del juicio final y la resurrección de los muertos, los rostros de los esclavos no estuvieran vueltos hacia la luz eterna del paraíso, sino hacia la eterna oscuridad del infierno. Ellos, los esclavos, estaban enterrados con los rostros girados en dirección opuesta al este. Pero, en primer lugar, ¿tenían los esclavos algún interés en ver la luz eterna?, ¿qué pasaría si los esclavos prefirieran la oscuridad eterna? Lo lamentable es que la respuesta a esas preguntas ya no resulta de ninguna utilidad a nadie.

Así pues, una vez más, ¿qué es lo que hace que el mundo gire? A la mayoría de las personas que se encontraban en el interior de aquella iglesia les habría gustado saberlo. Estaban cantando un himno. Decía así: *Oh Jesús, he prometido / servirte hasta el final: / nunca te alejes de mí, / mi Señor y mi amigo*. En aquel momento quise llamar a la puerta de la iglesia. Quise decir: Dejadme entrar, dejadme entrar. Quería decir: Permitid que os explique una cosa: no es posible hablar de Señor y amigo; un señor es una cosa y un amigo es otra que no tiene nada que ver, algo totalmente distinto; un señor no puede ser un amigo. Además, ¿quién desearía algo así, un señor y al mismo tiempo amigo? Solo lo desearía un hombre. Es un hombre quien preguntaría qué es lo que hace que el mundo gire y encontraría en su propia respuesta campos gravitatorios, líneas imaginarias, ángulos y ejes, lógica y cordura, y bastante cínicamente, una teoría de la justicia. Y hecho esto, diría: Sí, pero ¿qué es lo que hace que el mundo gire en realidad? Y sus labios, con una macabra mueca de desprecio por sí mismo, pronunciarían las palabras: Connivencia, fraude, asesinato.

Ese hombre no ignora por completo la existencia de la gente que está en la iglesia, de aquella misma gente en sus pequeñas casas. Se llama John, o William, o algo parecido; tiene una esposa que se llama Jane, o Charlotte, o algo parecido; caza chorlitos y se come sus huevos. Su vida es muy simple, evita los excesos voluntariamente; o bien su vida es una intrincada telaraña de acontecimientos, rituales, ceremonias, también en ese caso por su propia voluntad. Ese hombre no ignora que muchas personas viven en la esclavitud por su causa; a veces le complace que estén en esa situación y hasta daría la vida para mantenerlas en ella; a veces le desagrada que estén en esa situación y hasta daría la vida para liberarlas de ella. No ignora la existencia de esas personas, no ignora su existencia por completo. Plantan un campo, recogen su cosecha; él calcula con ojo de lince los frutos de su trabajo, que

están cuidadosamente empaquetados y esperan a ser embarcados en los muelles. Este hombre obtiene un beneficio, a veces mayor de lo que esperaba, a veces menor de lo que esperaba. La realidad que todas aquellas personas representan continúa oculta gracias a ese beneficio. Pues este hombre que habla de Mi Señor y mi Amigo construye una enorme casa, se ocupa de que las habitaciones sean confortables, se sienta en una silla tapizada con un tejido de gran valor, pues su procedencia es lejana, oscura, y está relacionada una vez más con el trabajo forzoso, la consunción y la muerte prematura de tantas y tantas personas sin nombre; sentado en esa silla, mira a través de la ventana; su frente, su nariz, sus finos labios están pegados al cristal; es invierno (algo que yo nunca veré, un clima que nunca llegaré a conocer y que considero con recelo, puesto que no lo conozco y no encierra nada que sea bello para mí; miro con desprecio a la gente a la que le resulta familiar, pero yo, Xuela, no estoy en condiciones de hacer más que eso). La hierba está viva, pero no crece con exuberancia (dormida), los árboles están vivos, pero no crecen con exuberancia (dormidos); el seto, podado en una forma tan austera que es como un pequeño monumento a la desdicha, separa dos campos; ha salido el sol, pero proyecta una luz pálida y débil, como si le costara un gran esfuerzo. Él no está mirando un cementerio; está observando una pequeña parte de sus posesiones, y los irregulares montículos, parecidos a sepulturas, que se han formado tras un proceso repetido de endurecimiento y reblandecimiento alternativos de la tierra, que dan cobijo ya a sus antepasados, y sus actos tienen aún espacio suficiente para él y todo lo que haga, para todos sus descendientes y todo lo que ellos hagan. Su frente, su nariz, sus finos labios están pegados a la ventana con más fuerza aún; en su imaginación, la tierra inmóvil se transforma en un mar azul, en un océano gris, y en el mar azul y en el océano gris hay barcos, y los barcos están llenos de gente, y los barcos llenos de gente se hunden hasta el fondo del mar azul y del océano gris una y otra vez. El mar azul y el océano gris son también una pequeña parte de sus posesiones, y, con sus superficies suaves y en calma, constituyen un símbolo de pasados compromisos, de promesas inviolables, pero, aun así, los irregulares montículos, parecidos a sepulturas, están presentes, suave marea engullendo la suave marea, ocultando una profundidad que puede medirse, pero cuyo conocimiento no permite superar el miedo. Él es muy consciente de la imparcialidad del campo dormido al otro lado de la ventana; aceptará seres que para él sean como una plaga, aceptará a su más venerado antepasado, le aceptará a él; pero el campo dormido está repartido entre los vencedores y es primavera (no estoy familiarizada con ella, no puedo encontrar alegría en ella, considero inferiores a las personas relacionadas con ella, pero yo, Xuela, no estoy en condiciones de hacer que ese sentimiento mío tenga sentido), y el campo puede ser obligado a hacer lo que él quiera que haga. También es muy consciente de la imparcialidad del mar azul, del océano gris, pero esas vastas y frías tumbas de agua no pueden ser repartidas, y ninguna estación del año puede influir sobre ellas para favorecer sus intereses; el mar azul, el océano gris, le arrastrarán junto con todo lo que representa su felicidad

terrenal (el barco lleno de gente) y con todo lo que representa también su desdicha (el barco lleno de gente).

Es una tarde de invierno; el cielo sobre su cabeza es de un azul a un tiempo abrumador y ordinario; en el centro de ese cielo brilla una luna no del todo llena de un blanco inmaculado. Está asustado. Se llama John, es el señor de la gente del barco que surca las aguas del mar azul, del océano gris, pero no es señor del mar ni del océano. En su condición de señor, sus necesidades son claras y primordiales, así que no tiene misericordia, no tiene compasión, no tiene ternura. En su condición de hombre, desnudo, desnutrido, como un legado a la sencillez sin su casa de confortables habitaciones, está abocado al mismo destino que todos aquellos de los que era señor; la tierra que ve más allá de la ventana se lo tragará también lo hará el mar azul, también el océano gris. Y tanto es así que en el momento en que se piensa en esa condición, en su condición de hombre, de hombre corriente, pide que el señor sea el amigo, pide para sí precisamente aquello que él no es capaz de dar; pide y pide, aun cuando sabe que tal cosa no es posible; tal cosa no es posible, pero no puede evitarlo, pues la primera persona por la que se siente compasión es siempre uno mismo. Y es esa persona, ese hombre, quien dice en el momento en que lo necesita: Dios no juzga; y cuando él está diciendo eso, cuando dice que Dios no juzga, está adoptando una actitud pueril; tiene las piernas cruzadas, las manos entrelazadas abrazando las rodillas, y se repite para sus adentros una parábola, la Parábola del Sembrador, de la que hace la interpretación que le resulta más favorable: el amor de Dios resplandece por igual para todas las semillas de trigo crezcan donde crezcan, en terreno pedregoso, en tierra poco profunda o en tierra fértil.

Este corto y amargo sermón que había pronunciado interiormente no era nuevo para mí. Difícilmente pasaba un solo día de mi vida en que no observara algún incidente que añadiera peso a esa visión del mundo, pues para mí la historia no era un gran escenario lleno de conmemoraciones, bandas, aplausos, galones, medallas, el sonido de cristal fino tintineando y elevándose en el aire; en otras palabras, los sonidos de la victoria. Para mí la historia no era solamente el pasado: era el pasado pero también el presente. No me importaba mi derrota, solo me importaba que tuviera que durar tanto; no veía el futuro, y quizá así es como tenía que ser. ¿Por qué debería nadie ver tal cosa? Y, sin embargo..., sin embargo, me entristecía saber que no miraba decididamente hacia delante, siempre miraba hacia atrás, a veces miraba a un lado, pero sobre todo miraba hacia atrás.

La iglesia a cuyas puertas me encontraba aquel domingo me resultaba muy familiar, me habían bautizado en ella. Mi padre se había convertido en un miembro tan destacado de la misma que ahora se le permitía hacer la lectura durante el servicio dominical de la mañana. Como obedeciendo a mis llamadas, toda la congregación surgió de repente fuera de la iglesia, y entre los fieles estaban mi padre, en quien ya no había el menor indicio de la falsedad en la que había incurrido uniéndose a un grupo de gente como aquel, y también Philip, el hombre para el que yo trabajaba,

pero al que no odiaba, y que era al mismo tiempo el hombre con el que me acostaba, pero al que no amaba, y con quien finalmente me casaría aunque siguiera sin amarle. Los fieles de aquella congregación se encontraban en aquel momento en un estado de profunda satisfacción, aunque su estado de profunda satisfacción no era idéntico en todos los casos. Mi padre estaba menos satisfecho que Philip, su posición en el grupo estaba menos afianzada. Pero mi padre poseía una increíble capacidad de fingir y sabía muy bien cómo conseguir que una persona corriente se sintiera desgraciada y cómo hacer que quien era simplemente un pobre desgraciado se convirtiera en una persona capaz de gritar en medio de la noche: ¿Qué es lo que hace que el mundo gire en mi contra?, con un gemido de angustia tremendamente acorde con la misma esencia de la noche y, sin embargo, completamente extraño a la persona real de cuyo ser habían escapado involuntariamente aquellas palabras. No había que ir muy lejos para descubrir con una simple mirada un elocuente ejemplo: en el extremo más alejado del cementerio, colindante con el camposanto, estaba un hombre llamado Lazarus haciendo un agujero en la tierra, estaba cavando una tumba; la persona que fuera a ser enterrada en esa tumba tan alejada de la iglesia sería una persona pobre, quizá uno de los simplemente desgraciados. Yo conocía a Lazarus... Debían de haberle puesto ese nombre en un momento de ingenua esperanza; su madre debió de pensar que un nombre como ese, que poseía la riqueza y el poder de haber gozado de una segunda oportunidad divina, le protegería de alguna manera de la muerte en vida que era su existencia real; pero no había servido de nada, había nacido siendo el de los Muertos y moriría siendo el de los Muertos. Era una de las muchas personas con las que mi padre mantenía una relación parasitaria (así como las personas con las que mi padre asistía a los servicios eclesiásticos mantenían una relación parasitaria con mi padre), y yo le conocía porque mi madre estaba enterrada en ese cementerio (no veía su tumba desde donde estaba ahora), y una vez en que había ido a visitar su sepultura, me tropecé de frente con él en el camposanto. Llevaba una botella (de medio litro) de ron blanco en una mano, y con la otra se sostenía los pantalones a la altura de la cintura; un insecto no dejaba de intentar sorber de una gota de saliva que tenía en la comisura de la boca, y él, al principio, utilizó la mano con la que sostenía la botella de ron para espantarlo, pero el insecto persistía con obstinación, así que, instintivamente, sin pensarlo, soltó la cintura de los pantalones y apartó al insecto con firmeza. El insecto se alejó, el insecto no volvió, pero los pantalones se le cayeron hasta los tobillos, y una vez más de manera instintiva, sin pensarlo, se agachó para subírselos y volvió a encontrarse en la misma situación, la situación de un pobre hombre atribulado por una serie de acontecimientos a la que quienes se sienten culpables, los exhaustos y los desesperados, llaman vida. Parecía una bestia de carga demasiado cansada, parecía un cadáver de animal viviente; los huesos de su cuerpo eran demasiado prominentes, estaban demasiado a flor de piel; él despedía un olor amargo, hedía, olía como algo putrefacto que estuviera en esa fase dulzona de la putrefacción en la que a veces puede pasar por un manjar exótico, justo antes de

podrirse del todo. Antes de que los pantalones alcanzaran su cintura de nuevo, vi lo único que quedaba vivo en él; se trataba de su vello púbico: cubría una extensa zona de su horcajadura y crecía formando un amplio círculo, casi ocultando por completo sus partes pudendas; era de color rojo, el rojo de un regalo o el rojo de algo que se quema rápidamente. Esta breve entrevista mía con un enterrador no llegó a iniciarse, por lo que no podía tener un final; consistió solo en un «buen día» por mi parte y un «eh, eh» por la suya, y los dos hablamos a la vez, así que él no oyó realmente lo que yo le decía y yo no oí realmente lo que me decía él, y de eso se trataba. La idea de que de verdad nos escuchásemos mutuamente era descabellada; de habernos tomado el trabajo de hacerlo, podríamos habernos asesinado o haber desatado una cadena de acontecimientos cuyo único desenlace posible habría sido que ambos acabásemos colgados de la horca a mediodía en una plaza pública. Él desapareció en el interior de la Casa de los Muertos, donde guardaba las herramientas propias de su oficio: palas, escaleras de mano, sogas.

Los feligreses permanecían en pie en la escalinata de la iglesia, soportando el calor, ahora intenso, como si tuvieran la absoluta certeza de que estaba cargado de bendiciones, aunque destinadas solo a ellos; charlaban unos con otros, se escuchaban unos a otros, se sonreían unos a otros; formaban un bonito cuadro, como hormigas de un mismo hormiguero; era un bonito cuadro, puesto que Lazarus quedaba fuera del mismo, yo quedaba fuera del mismo. Se despidieron y volvieron a sus hogares, donde tomarían una taza de té inglés, a pesar de que sabían perfectamente que el árbol del té no crecía en Inglaterra, y aquella misma noche, más tarde, antes de acostarse, tomarían una taza de chocolate inglés, a pesar de que sabían perfectamente que el árbol del cacao no crecía en Inglaterra.

¿Cómo terminaba un día así en aquella época de mi vida? Yo estaba sentada en la cama completamente desnuda, con las piernas sobre las piernas de Philip, que también estaba desnudo. Acababa de salir de mí, y de mi interior se derramaba un líquido caliente parecido a la saliva que formaba una mancha de humedad en la sábana. Era como la mayoría de hombres que había conocido, obsesionado con una actividad en la que no era muy diestro, pero seguía muy bien las instrucciones y no le daba miedo que le dijeran lo que tenía que hacer, ni se sentía avergonzado de no saber todo lo que había que hacer. Tenía un interés obsesivo por remodelar el paisaje natural: no la horticultura por necesidad de cultivar alimentos, sino la jardinería como un lujo, el cultivo de plantas llenas de flores solo por el placer de hacerlo y de conseguir que aquellas plantas se comportaran exactamente como él quería que lo hicieran. Y resultaba perfectamente lógico que se sintiera atraído precisamente por esa actividad, pues constituye un acto de conquista, por apacible que esta sea. Había entrado en mi alcoba en su estado de ánimo habitual: no decía nada, no revelaba nada, actuaba como si no sintiera nada, y eso era algo que me gustaba, pues toda la gente que conocía estaba repleta de sentimientos y palabras, a menudo encauzados a impedir que realizara mis deseos; pero él había entrado entonces en mi alcoba con un

libro en la mano, un libro lleno de fotografías de ruinas, no restos de civilizaciones perdidas, sino decadencia provocada expresamente. Estaba obsesionado también con esa idea, decadencia, ruina, y también esta obsesión tenía sentido, pues procedía de unas gentes que habían causado tanta ruina y decadencia que quizá hubieran acabado por sentir que no podían vivir sin ellas. Y aplastados entre las páginas de ese libro había algunos especímenes de flores que él había conocido e imaginado que también había amado, flores que no podían crecer en el clima de Dominica. Él las ponía a contraluz y me iba diciendo sus nombres: peonía, espuela de caballero, dedalera, acónito, y en su voz sonaba a un tiempo el acorde triunfante de los vencedores y la melodía desafinada de los desposeídos; pues con aquel acto de pasar lista a los nombres de las plantas que formaban un arriate (me había mostrado una ilustración, una simple agrupación de algunas plantas en flor) entraba en una especie de trance que casi parecía inducido por el éter, en el que recordaba escenas cotidianas de su infancia: lo que hacía su madre todos los miércoles, la forma en que su padre se recortaba el bigote, el olor de la lluvia en la campiña inglesa, *puddings* amasados con huevos, y no con el arruruz antillano; y cómo en verano llevaba el pelo recién cortado, de forma que la cabeza parecía el lomo de un cachorro, cómo la repentina brisa del atardecer refrescaba su ardiente cuero cabelludo cuando llegaba a la cima de un risco tras todo un día caminando por brezales, y lo último que había oído justo antes de quedarse dormido la primera noche que pasaba lejos de su madre y su padre en la escuela, y lo acogedor que resultaba un cielo inglés, especialmente el Domingo de Resurrección, y el ¡pop! de una pelota de tenis —una blanca mancha borrosa— puntuando la absoluta quietud de una tarde de verano inglesa; su madre, de pie a la sombra de una alta haya, con un cesto lleno de hortalizas exquisitas en una mano y un desplantador en la otra... En conjunto, un hogar cuyo exterior mostraba un equilibrio perfecto y natural, cuyo interior estaba libre de innovaciones y de desagradables aromas de modas pasajeras.

Y, siempre sin mostrar la menor emoción, iba desgranando las palabras que fluían de él una tras otra, como agua precipitándose por una cascada, hasta que yo me cansaba de escucharle, hasta que yo me sentía ofendida y le hacía callar quitándome la ropa y poniéndome en pie delante de él con los brazos extendidos hacia el techo y ordenándole que se arrodillara para comerme, y obligándole a permanecer allí hasta que me sentía totalmente satisfecha.

Después de eso, su rostro aparecía grabado de finas líneas que formaban un dibujo desigual, una serie de huellas superficiales que había dejado allí el abundante y áspero pelo que crecía entre mis piernas. Tenía un aspecto maravillosamente humano entonces, libre de culpa, no feliz, solo bastante humano. Había sido joven, pero ahora ya no lo era. Tenía aproximadamente la edad de mi padre, alrededor de cincuenta años, pero no los aparentaba, lo cual no resultaba sorprendente. Mi padre había tenido que cometer personalmente sus crímenes contra la humanidad: llevaba escrito en el rostro el número de personas a las que había empobrecido, el número de

personas en cuya muerte prematura había contribuido notablemente, el número de hijos que había engendrado e ignorado, etcétera; pero, para cuando Philip nació, todos los actos inconfesables habían sido ya cometidos; él era un heredero, habían muerto generaciones dejando algo para él. Pero no cabe duda de que eso no le había reportado la felicidad eterna, no le había proporcionado la paz terrenal, no le salvaría de familiarizarse con lo desconocido, y quizá incluso le había llevado a un rincón del mundo que no le gustaba, al lecho de una mujer que no le amaba. Era un hombre alto, su estatura superaba la longitud de mi cama, por lo que no podía dormir en ella. Sus manos delataban que no era un hombre seguro de sí mismo, le faltaba seguridad tanto en público como en privado: sus manos eran pequeñas, no guardaban proporción con el resto de su cuerpo; eran pálidas, del color desafortunado de una cucaracha en su estado de crisálida; no eran manos que pudieran inventar o conquistar un mundo, eran manos que solo podían perder un mundo. Yo llevaba más de un año trabajando para él como ayudante cuando tuvo que auscultarme el pecho porque no dejaba de toser. Entonces mis pechos estaban en un estado de hipersensibilidad constante, los senos propiamente dichos, dos pequeños globos de carne pardo-rojiza; los pezones, un fruto purpúreo y puntiagudo, quemaban, picaban, y esa sensación cesaba solo cuando una boca, la boca de un hombre, los envolvía estrechamente y los chupaba. Ya hacía tiempo que había aprendido a reconocer en ello quizá una incansable parte de mi auténtica forma de ser, así que buscaba a un hombre que pudiera ofrecerme alivio para esa sensación; no buscaba ningún marido, y en consecuencia mis labios jamás pronunciaron frases como «me casé con él porque era muy atractivo», «me casé con él porque me pareció honrado» o «me casé con él porque pensé que sería un buen proveedor». Debido al estado hipersensible de mis senos, llevaba tiras de muselina muy apretadas alrededor del pecho, como si quisiera proteger una vieja herida. Para que Philip pudiera examinarme tuve que quitarme el vendaje, y como se trataba de un médico, lo hice en su presencia. Me quité la muselina con mucho cuidado, como lo habría hecho si hubiera estado sola, y lo hice así porque me encontraba en presencia de un médico, no porque pretendiera que a él le pareciera interesante en absoluto. Su voz adquirió una calidad extraña, extraña porque procedía de él, pero muy familiar de todas formas para mí; sonó como un hombre, un hombre muy vulgar, un hombre como yo sabía que podían ser los hombres; me hizo explicarle por qué hacía aquello con exactitud. Le dije que tenía los senos colmados de una irritante sensación, una sensación irritante que yo encontraba también placentera, porque solo podía ser aliviada por otra sensación que me parecía aún más deseable, la de tener la boca de un hombre apoyada firmemente en ellos.

Estábamos en la estancia en la que examinaba a sus pacientes; yo estaba sentada en la mesa. La habitación tenía ventanas en tres de sus lados, y estas tenían persianas de madera ajustables; las tablillas de madera estaban inclinadas de forma que quedaban medio abiertas y entre ellas entraba la luz del sol, bien definida, cada rayo de luz tenía unos ocho centímetros de grosor; algunos de ellos caían sobre el suelo,

hasta la mitad de la habitación, y morían allí, mientras que otros caían en diagonal sobre otra zona del suelo y luego se doblaban para subir hasta la mitad de la pared, donde morían, lo que le confería a aquella estancia una extraña atmósfera, medio en penumbra, medio iluminada, una estancia en la que estaban un hombre completamente vestido, una mujer explicándole por qué se vendaba los senos, una lámpara de queroseno en la estantería y un juego de jofainas esmaltadas en blanco que contenían jeringuillas, agujas y pinzas sobre una mesa de caoba. Y de repente él debió de sentirse excitado, porque se alejó de mí y se puso a mirar a través de una de las persianas medio cerradas, y por supuesto vio el fin del mundo, porque el cielo de Roseau ofrecía a veces ese aspecto parecía el paraíso, el lugar ideal para cuando no se quiere pensar demasiado. Y es posible que se preguntara a sí mismo qué estaba haciendo en aquel lugar del mundo, y es posible que recordara todas las motivaciones que le habían llevado a aquel lugar del mundo; cualquiera de ellas le habría causado repugnancia. La gente dice que algo era inevitable cuando se siente desamparada, cuando algo que parecía bueno resulta ser malo, por enésima vez; nadie dice jamás eso en su lecho de muerte, el único momento en que decir eso sería lo adecuado, porque ya nada más es inevitable, ni siquiera la salida del sol por la mañana, una mañana que ya no vivirás para ver.

¿De qué color era la noche? Negra. Yo estaba en mi habitación. ¿A qué hora de la noche vino a mí? No mucho después de que oyera las botas de los guardias nocturnos sobre el empedrado. Volvían de cumplir su deber de guardar la casa del gobernador, aun cuando esa misión, guardar al gobernador, no tenía ningún sentido, porque ¿quién iba a hacerle daño al gobernador? Yo lo haría, no me costaría nada cortarle la cabeza, pero con ello solo conseguiría que enviaran a otro gobernador, e incluso yo acabaría cansándome de eso de cortarle la cabeza al gobernador. ¿Llamó a la puerta? ¿Dije yo: «adelante»? ¿Mostró él cierta vacilación al abrir la puerta? ¿Abrió la puerta con rapidez y entró con una equivocada expresión de ser deseado pintada en el rostro? ¿Se limpió los pies en la esterilla de la puerta? ¿Cerró la puerta tras él? ¿De qué color tenía el rostro? ¿Pálido y fantasmal, acobardado, vacío, triste? ¿O era rojo, sanguíneo, excitado, feliz? Quizá, quizá. Llevaba una camisa azul, del tono de azul que tiene el mar a mediodía, y eso me sorprendió, pues no imaginaba que a él pudiera gustarle un color como ese. Debía de llevar zapatos, debía de acabarse de bañar, despedía cierto aroma, un perfume para hombre, una fragancia que ningún hombre que hubiera conocido antes se podía permitir. Llevaba un libro en la mano —hizo aquello desde el principio—, lo llevaba en la mano derecha, y con el dedo índice separaba las páginas en dos partes. Pronunció mi nombre. Mi habitación no era demasiado pequeña, tampoco era demasiado grande; había sido construida para alojar a su enfermera, construida para acoger a alguien muy por encima de mi posición social, alguien muy por debajo de la suya, alguien que no era yo, alguien que no era

él, alguien que me mantendría en mi lugar, alguien que le mantendría a él en el suyo; pero nunca vino ninguna enfermera. Podía sentir la oscuridad de la noche en el exterior, una oscuridad que no podía despejar la luz de ninguna estrella, una oscuridad desalentadora, en medio de la cual ni se te ocurría moverte a menos que pensaras que tenías ojos en los pies; oía a alguien cantar, una mujer... Era una mujer inglesa; estaba cantando una melodía triste, una triste canción de cuna, aunque ella no estaba triste cuando alguien está triste no canta en absoluto. Mi habitación estaba iluminada por una lamparilla azul en cuya base de porcelana había dos flores de pétalos multicolores pintadas —Philip me había dicho que las llamaban tulipanes papagayo—; la luz de aquella lamparilla no hacía que la atmósfera de la habitación fuera romántica, ni cruda, ni cálida, ninguna de esas cosas; solo daba luz, y no demasiada, puesto que era una lámpara pequeña; había sido la *lámpara* de mi madre, y su luz debió de ser la última que ella viera, pues era la lámpara que iluminaba la habitación en el momento de su muerte, que coincidió con el momento en que yo nací; y también a la luz de aquella lámpara debió de haber visto el rostro de mi padre cuando estaba encima de ella, justo antes de que saliera de ella. Pero esa lamparilla no daba demasiada luz, y Philip llevaba un libro en las manos que quería mostrarme, o eso pensaba él. Y lo pensaba de verdad, pensó que quería mostrármelo desde el momento en que lo sacó de su sitio en la estantería justo antes de cenar; y una vez que su esposa se fue a acostar y él se quedó frente a tres puertas distintas y estuvo entrando y saliendo de las habitaciones hasta que se decidió a salir de su casa e ir hasta mi habitación y entrar en ella, durante todo ese tiempo pensaba que quería mostrarme el libro, hasta el mismo instante en que le hice saber que no quería verlo. Yo había estado sentada en el suelo acariciando distraídamente varias partes de mi cuerpo. Llevaba un camisón hecho de una pieza de nanquín que me había dado mi padre, y cuando entró Philip, tenía una mano bajo él y mis dedos estaban atrapados en la maraña de pelo de entre las piernas. Al verle entrar, no retiré la mano apresuradamente. Pronunció mi nombre. Yo quería responder con naturalidad, como suele hacerse cuando alguien te llama. Dices: «¿Sí?», y esperas a que la otra persona continúe, pero no pude hacerlo, tenía la sensación de que mi voz estaba atrapada en mi mano, en la mano que estaba atrapada en el pelo de entre mis piernas. Él no dijo nada más entonces. Las orillas de los pantalones le caían por encima de los zapatos; eran unos pantalones de lino de un tono beige que no me gustaba: los huesos de quienes llevan mucho tiempo muertos son de ese color, las conchas marinas vacías son de ese color, es uno de los colores de la decadencia, pero a él le gustaba ese color, muchas de las prendas que llevaba eran de ese tono beige; los zapatos eran marrones, caros, y estaban bien lustrados.

No era ni mucho menos la persona que yo soñaba yaciendo encima de mí, mis piernas abrazando su cintura; no estaba sin nadie, conocía a un hombre, un hombre en el que pensaba en esos términos, un hombre con el que soñaba, pero él no estaba conmigo en aquella habitación en aquel preciso instante, se había ido, no sabía dónde,

y hasta que vino Philip, yo estaba sola en la habitación acariciándome, con una mano atrapada de buen grado en el pelo de entre mis piernas. Él tenía el pelo fino y amarillo, como el de un animal desconocido para mí; su piel era fina y rosada y transparente, como si se estuviera formando pero aún no hubiera llegado a tener todas las características propias de la piel auténtica; yo todavía no había amado nunca a nadie que tuviera esa piel, y desde luego no era la piel de mis sueños; por debajo de ella se transparentaban las venas, que parecían hilos cosidos por una modista chapucera; tenía la nariz tan estrecha y afilada como el extremo de un embudo, y vibraba en el aire como si acechara algo; no era el tipo de nariz que solía atraerme. Su aspecto no era el de nadie a quien yo pudiera amar, su aspecto no era el de nadie a quien yo debiera amar, así que en aquel momento decidí que no podía amarle y decidí que no debía amarle. Existe cierta forma en que debería presentarse la vida, una forma ideal, una forma perfecta, y existe también la forma en que la vida se presenta realmente, no totalmente opuesta al ideal, no totalmente opuesta a lo perfecto; simplemente no es del todo como debería ser, pero tampoco es taxativamente como no debería. Quiero decir que en cualquier situación solo una o dos cosas, quizá incluso hasta tres de cada diez, son tal y como deseabas que fueran. Pronunció mi nombre. Había dejado el libro que había traído consigo sobre una mesa, una mesa hecha de la madera sacada de un roble, una mesa con tres patas que acababan en forma de garras, una mesa que había traído consigo desde Inglaterra, pero para la que no había encontrado verdadera utilidad, por lo que había acabado dejándola para mí o para quienquiera que ocupase aquella habitación. Pronunció mi nombre y fue como si estuviera apresado en el sonido de mi nombre; su voz sonó apagada, ronca, como si le faltara el aire, estaba desesperado, estaba llorando, aunque de sus ojos no manó ningún líquido; no era él mismo, él nunca habría estado en esa habitación. Empecé a quitarme el camisón, tiré de él por encima de la cabeza, me había recogido el pelo en dos trenzas y las había arrollado en las sienes, me cubrían las orejas; el cuello del camisón tenía la abertura demasiado pequeña, así que acabé en pie delante de él, los brazos por encima de la cabeza, la cabeza dentro del camisón, desnuda. No sé cuánto tiempo permanecí así, no puede haber sido más que un momento, pero me quedé eternamente fascinada por cómo me había sentido entonces. Experimenté una sensación entre las piernas que no era nueva para mí; no era el primer hombre con el que estaba, pero nunca me había permitido a mí misma admitir hasta qué punto era intensa esa sensación; yo misma no tenía palabras para describirla, jamás había leído ninguna palabra capaz de describirla, nunca había oído a nadie pronunciar una palabra capaz de describirla. Era una sensación dulce, hueca, un espacio vacío con un anhelo que debía ser colmado, colmado hasta que el anhelo que debía colmarse se agotara. Él se colocó detrás de mí y movió velozmente la lengua arriba y abajo por mi nuca. Me ayudó a bajarme el camisón de nuevo sobre el cuerpo, y entonces me deshizo una trenza mientras yo hacía lo mismo con la otra. Me ayudó a quitarme el camisón, que ahora salió fácilmente. Él llevaba un cinturón marrón de cáñamo teñido

del mismo tono marrón de los zapatos, y yo deseaba quitárselo, pero a la vez no podía soportar la idea de verle desnudo, su piel de aspecto casi descarnado me habría hecho pensar en el mundo, el mundo que había en el exterior de aquella habitación y que era aquella noche oscura, el mundo que estaba más allá de la oscura noche, así que cerré los ojos, giré sobre mis talones y le quité el cinturón, y ayudándome con la boca, lo ajusté firmemente alrededor de mis muñecas y levanté las manos en el aire, y girando el rostro hacia un lado apoyé el pecho contra una pared. Le hice permanecer en pie detrás de mí, le hice tenderse sobre mí, mi rostro bajo el suyo; le hice tenderse sobre mí, mi espalda bajo su pecho; le hice tenderse de espaldas a mí y me puse su mano en la boca y le mordí la mano en un momento de confusión, un momento en el que no sabría decir si sentía dolor o placer; hice que besara todo mi cuerpo, empezando por los pies y acabando por la coronilla. La oscuridad que había fuera presionaba aquella habitación por los cuatro costados; en el interior, la habitación se fue haciendo más y más pequeña a medida que se fue llenando hasta casi estallar de siseos, jadeos, gemidos, suspiros, lágrimas, explosiones de risa, pero había en ellos algo profundamente retorcido, una espiral, un abismo, que transformaba la calidad ordinaria de aquellos sonidos en algo de distinta esencia, algo que hacía que te taparas los oídos, que no quisieras oírlos a menos que procedieran de tu interior, hasta que te dabas cuenta de que de hecho procedían de tu interior. Todos aquellos sonidos salían de mí; él estaba silencioso y siempre estaría silencioso en esas circunstancias; no salía una sola palabra de él, no salía ningún sonido de él, solo de vez en cuando murmuraba mi nombre como si este contuviera algo, un significado, un recuerdo de algo que quizá no podía olvidar. Cayó en un profundo sueño; no el sueño de quien está complacido, el sueño de quien está satisfecho, sino el sueño de los borrachos; no le deseé que tuviera paz (como él no me había deseado a mí la paz); no podía desearle la paz, habría sido peligroso para él, la tentación de verle morir habría sido abrumadora para mí, no habría sido capaz de resistirme a ella.

Entonces su esposa todavía estaba viva, se llamaba Moira y todavía estaba viva. Vivían en la misma casa, compartían las comidas y hacían muchas cosas juntos, pero no dormían en la misma cama ni en la misma habitación; hacían muchas cosas juntos, iban a la iglesia, veían a las mismas personas al mismo tiempo, pero no dormían en la misma cama ni en la misma habitación, y aunque a mí aquello me parecía sensato, puesto que también yo prefería siempre dormir, dormir de verdad, sola, no sabía cómo habían llegado a aquel acuerdo y tampoco sabía cuál de ellos lo había pedido. No sabía cómo se habían conocido, no parecía que hubieran podido estar nunca enamorados, pero ni siquiera yo daba demasiado crédito a esa observación. Al fin y al cabo, todo el mundo está lleno de sorpresas. Ella estaba muy satisfecha de ser quien era, y con ello quería manifestar que se sentía muy satisfecha de pertenecer al pueblo inglés, lo cual tenía sentido, porque esa es una de las herramientas imprescindibles para violar la integridad de otro ser humano: sentirte muy satisfecho de ser quien eres. Le gustaba su cabello negro, que llevaba muy corto y pegado a la cabeza, como

un hombre, y elaboraba una mezcla de huevos, miel y zumo de limón que utilizaba al peinarse para que el pelo le brillara. Le gustaba su cutis, que no habría descrito con las siguientes palabras: ceroso, espectral, sin vida; ella habría dicho de sí misma que era amable, muy solidaria con los demás (recogía ropa usada para las víctimas de los desastres naturales), buena persona (daba a los pobres), llena de encanto personal, aunque en su actual situación esto último no importara, y esa situación era un clima que no le gustaba, un lugar lleno de personas a las que nunca podría querer. Durante días solo comía fruta y se quejaba de que estaba demasiado amarga o demasiado dulce, o de que la pulpa estaba demasiado blanda o de que la pulpa estaba demasiado dura, y se tendía a la sombra porque el calor del sol era demasiado intenso, o yacía en una habitación con las ventanas cerradas para que no entrara la humedad, o quizá fuera la oscuridad, o cualquier otra cosa. Vestía totalmente de negro, o totalmente de gris, o totalmente de blanco, y como era muy delgada, huesuda, casi como algo que hubiera estado perdido durante mucho tiempo y luego reencontrado, un vestigio, parecida a un fósil, esos colores le daban un aire malévolo. Parecía un organismo transmisor, un organismo transmisor de malestar, y hablaba utilizando frases largas, frases compuestas por cientos de palabras, sin hacer pausas para respirar, sin decir nada realmente, solo llenando el aire de un extraño sonido, un fastidio monótono que era su voz, y yo tenía que resistirme al impulso de hacerla callar bruscamente de una bofetada. No me gustaba y debería haberme gustado, o por lo menos hubiera debido sentir aunque solo fuera un poco de simpatía por ella, pues, como yo, también ella tenía el útero inservible, aunque no sabría decir si, también como yo, lo había estropeado deliberadamente o si había nacido ya con esa deficiencia. No me gustaba; no me gustaba, era imposible, era una situación imposible. No nos gustábamos nosotras mismas, no nos gustábamos la una a la otra, y en consecuencia era imposible que nos gustaran ellas; tenían cierta índole de algo ajeno, algo ajeno a nosotras mismas; nosotras éramos humanas y ellas no eran humanas, y cada detalle relativo a ellas que fuera distinto de nosotras nos hacía dudar de que existieran realmente; eran crueles de maneras que ni siquiera habíamos imaginado nunca, eran una de las definiciones de la contradicción: vivían entre personas que no les gustaban, no les resultaba fácil hacerlo, no se sentían felices haciéndolo, lo hacían de todos modos. Su naturaleza ajena no era particularmente ofensiva; simplemente me resultaba cada vez más familiar. Ella se sentaba en palanganas de agua fría para enfriar su ardiente cuerpo y luego se sentaba en palanganas de agua caliente para calentar su cuerpo helado. La primera vez que la vi, estaba de pie frente a un espejo restregándose las pequeñas piedras viejas que eran sus senos, pero por lo que pude ver lo hacía sin apetencia: su boca no estaba abierta, sus piernas no estaban ligeramente separadas, sus manos se limitaban a ir de un lado a otro en un movimiento circular alrededor de los pechos. El azul de sus ojos era de una tonalidad más apropiada para una amplia extensión como el cielo o el mar, y enmarcados en su rostro enjuto y seco, aquellos ojos confirmaban su naturaleza mezquina. Yo siempre estaba deseando ver su rostro,

no por gusto, por curiosidad, y siempre me desconcertaba comprobar que no había nada nuevo en él: en absoluto suavizado, sin lágrimas, sin remordimientos, sin disculpas. Ella era una señora, yo era una mujer, y hacer esa distinción era importante para ella; le permitía creer que yo nunca asociaría lo ordinario, lo cotidiano —el movimiento de los intestinos, un grito de pasión— con ella, y un insignificante acto de crueldad se veía elevado a la categoría de rito de la civilización. Así, decía cosas como: «Hay una mujer que pone una parada todos los martes en la esquina de las calles King George y Market; di le que la señora que compró...». Era una descripción de ella más acertada de lo que ella hubiera querido, pues es cierto que una señora es una combinación de elaboradas invenciones, un cúmulo de elementos relacionados con la apariencia externa, aderezos faciales y de otras partes del cuerpo, distorsiones, mentiras y esfuerzos vacíos. Yo era una mujer y como tal se me definía brevemente: dos pechos, una pequeña abertura entre las piernas, un útero; nunca varía y todo está siempre en el mismo sitio. Ella jamás se habría descrito de esta forma, habría sentido repugnancia ante una descripción como esa, una descripción así contiene en el núcleo de su esencia el acto de la autoposesión, y en aquel momento mi persona era lo único que yo tenía que fuera realmente mío. Así pues, no era precisamente a ella a quien podía plantearle la pregunta: ¿Por qué las mujeres se odian entre sí? Y esa vida que ella (y Philip, y todos los que tenían su misma apariencia) vivía entre nosotros, esa vida desahogada, esa vida cómoda, el resultado de un gran triunfo, una vida a la que nadie parece capaz de resistirse, de dominio sobre los demás, era también una vida de muerte, una muerte distinta a la del enterrador Lazarus, distinta a la mía, pero muerte de todos modos, una muerte en vida, pues cada acción, buena o mala, contiene en sí misma su propia recompensa, buena o mala; cada acto que llevas a cabo es un regalo a ti mismo. Ella murió. Yo me casé con su marido, pero eso no significa que ocupara su lugar.



En los momentos en que Philip estaba dentro de mí, en aquellos momentos en los que el placer que me proporcionaban sus arremetidas y retiradas menguaba y no me sentía prisionera de la más primitiva y esencial de las emociones, esa cosa silenciosamente, secretamente, avergonzadamente llamada sexo, mi imaginación volaba hacia otra fuente de placer. Un hombre que era la antítesis de Philip. Se llamaba Roland.

Su boca era como una isla en el mar que era su rostro; no me cabe duda de que tenía orejas y nariz y ojos y todo lo demás, pero yo solo veía su boca, a la que sabía capaz de hacer todas las cosas que suele hacer una boca, tales como tomar alimentos, fruncirse en señal de aprobación o de disgusto, sonreír, retorcerse pensativa. En su interior estaban los dientes y, detrás de ellos, su lengua. ¿Por qué le veía de esa forma, cómo llegué a verle de esa forma? Para mí era un misterio el hecho de que hubiera estado vivo todo aquel tiempo sin que yo supiera que existía y que aun así me sintiera perfectamente bien —me acostaba cuando llegaba la noche y era capaz de levantarme por la mañana y dar la bienvenida al nuevo día si era de mi agrado, podía peinarme y rascarme y seguía sintiéndome perfectamente bien—, y él estaba vivo, a veces habitando una casa cercana a la mía, a veces viviendo en una casa que estaba muy lejos, y su existencia era corriente y perfecta y equiparable a la mía, pero yo no sabía nada de él, aun cuando en algunas ocasiones estuviera lo bastante cerca de mí como para que yo notara que olía al cargamento que había estado descargando. Era estibador.

Su boca parecía realmente una isla flotando en un mar de color tostado como la leña, extendiéndose de este a oeste, más ancha hacia el centro, con diminutos pero bien marcados pliegues, de un color ligeramente más claro que el marrón de el mar de leña en el que flotaba, el punto en el que se unían los labios difuminados en el rosa más rosa que se pueda imaginar, y por mucho que hubiera tenido su boca en la mía mil veces, siempre era nueva para mí. Debe de haberme sonreído, aunque en realidad no lo sé, pero no me gusta pensar que pudiera amar a alguien que antes no me hubiera sonreído. Estaba lloviendo desde hacía rato, un fuerte aguacero, y yo me había cobijado bajo el soportal de una mercería con otras personas. La lluvia constituía un inoportuno trastorno, pues no era necesaria; había caído ya demasiada agua, y no seguía estando exclusivamente fuera, rebosando por encima de las cunetas, sino que ahora había agua también en el interior, cayendo a través de las goteras de los techos. Yo estaba bajo el soportal y me había sumergido profundamente en mi interior, disfrutando plenamente de la desesperación que mi propia existencia me hacía sentir. Llevaba un vestido; aquella mañana me había cepillado el pelo; aquella mañana me había aseado. No estaba mirando nada en particular cuando vi su boca. Estaba hablando con otra persona, pero me miraba a mí. La persona con la que estaba hablando era una mujer. En aquel momento su boca no parecía una isla en calma sobre el mar, sino una pequeña mancha de tierra vista desde gran altura y puesta en movimiento por una fuerza que todavía no podía verse.

Cuando vio que yo le miraba, abrió aún más la boca, y aquello tiene que haber sido la sonrisa. Vi entonces que tenía muy separados los dos dientes de delante, lo que probablemente significaba que no se podía confiar en él, pero no me importó. Yo tenía el vestido empapado, tenía los zapatos mojados, tenía el cabello mojado, tenía la piel helada, estaba rodeada de gente parada sobre pequeños charcos de agua y lodo, tiritando, pero empecé a sudar a causa de un esfuerzo que estaba haciendo sin ser consciente de ello; empecé a sudar porque tenía calor y empecé a sudar porque me sentía feliz. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas cuyas puntas caían justo por debajo de la clavícula; toda la humedad que me empapaba el pelo se acumulaba goteando por las trenzas, como si fueran dos canalones de desagüe, el agua rezumaba por mi vestido, justo bajo la clavícula, y descendía deslizándose por el pecho, para detenerse en el punto en que las puntas de los senos se apretaban contra la tela, revelando, tan nítidos como si estuvieran recién estampados, los pezones. Me estaba mirando mientras hablaba con otra persona, y su boca se abría y se cerraba haciéndose más grande y más pequeña, y yo quería que se fijara en mí, pero había demasiado ruido: todos los que se habían refugiado de la intensa lluvia en aquel soportal tenían algo que querían decir, no acerca del clima (eso ya había sido suficientemente comentado), sino acerca de sus vidas, probablemente sobre sus decepciones en la mayoría de los casos, pues la alegría es tan efímera que no hay tiempo suficiente para explayarse con ella. El ruido, que empezó siendo un murmullo, fue creciendo hasta convertirse en una auténtica algarabía, y aquella ruidosa algarabía tenía un desagradable sabor a metal y vinagre, pero yo sabía que su boca podía hacerlo desaparecer si conseguía alcanzarla. Así que grité mi nombre, y supe que él me había oído de inmediato, pero no dejó de hablar con la mujer con la que estaba conversando, así que tuve que gritar mi nombre una y otra vez hasta que él dejó de hablar, y para entonces era ya como si mi nombre le tuviera encadenado, del mismo modo que la visión de su boca me había encadenado a mí. Y cuando nuestras miradas se encontraron, nos echamos a reír, porque nos sentíamos felices, pero fue también aterrador, pues aquella mirada lo preguntaba todo: quién traicionaría a quién, quién sería el cautivo, quién sería el captor, quién daría y quién recibiría, qué haría yo. Y cuando nuestras miradas se encontraron y ambos nos echamos a reír al mismo tiempo, dije: «Te quiero, te quiero», y él dijo: «Lo sé». No lo dijo por vanidad, no lo dijo por engreimiento, lo dijo solo porque era verdad.

Se llamaba Roland. No era ningún héroe, ni siquiera tenía una patria; era nativo de una isla, una pequeña isla que estaba entre un mar y un océano, y una pequeña isla no es ninguna patria. Y tampoco tenía historia; era un insignificante acontecimiento en la historia de alguna otra persona, pero él era un hombre. Yo podía verle mejor de lo que él podía verse a sí mismo, y eso era debido a que él era quien era y a que yo era yo, pero también a que era más alta que él. Era tosco, pero andaba con un porte

que le hacía parecer precioso. Tenía las manos grandes y fuertes, y sin ninguna razón aparente, las extendía ante él de forma que parecían piezas salidas de alguna poderosa maquinaria. De la cadera a la rodilla tenía las piernas rectas, pero de la rodilla hacia abajo se curvaban en un ángulo que hacía pensar en la posibilidad de que hubiera estado demasiado tiempo en el mar, o sencillamente de que nunca hubiera aprendido a andar correctamente. Tenía el vello de las piernas tan enortijado como si los pelos fueran pedazos de hilo enrollados entre el pulgar y el índice, listos para empezar a coser, y lo mismo sucedía con el vello de los brazos, el pelo de las axilas, el pelo del pecho; en aquellos lugares el pelo era negro y crecía de modo poco denso; el pelo de la cabeza y el pelo de entre las piernas era también negro y enortijado, pero crecía con tal abundancia que me era imposible deslizar las manos a través de él. Al sentarse, al levantarse, al caminar o al estirarse, mantenía siempre un porte digno de un objeto precioso, pero no lo hacía porque fuera vanidoso, puesto que era verdad, él era algo precioso. Con todo, cuando estaba encima de mí me miraba como si yo fuera la única mujer que hubiera en el mundo, la única mujer a la que hubiera mirado nunca de aquella manera... Pero eso no era cierto, los hombres solo hacen eso cuando no es cierto. La primera vez que estuvo encima de mí me avergonzaba tanto el inmenso placer que sentía que me mordí con fuerza el labio inferior... pero no sangré, no por haberme mordido el labio, no entonces. Tenía la piel suave y cálida en los lugares en que no le había besado; en los lugares en que sí le había besado tenía la piel fría y áspera, y los poros estaban abiertos y erizados.

¿Se convirtió el mundo en un lugar hermoso? Por fin terminó la estación de las lluvias, llegó la estación soleada, y hacía un calor excesivo; el lecho del río se secó, la desembocadura se convirtió en un lugar de aguas superficiales y finalmente el calor se hizo tan tedioso como la lluvia; habría deseado que acabara, de no haber estado ocupada con esa otra sensación, una sensación que no tengo palabras para describir. Me sentía llena de felicidad, pero era un tipo de felicidad que no había experimentado nunca antes, y esa felicidad se desbordaría fuera de mí y bajaría vertiginosamente por una larga, larguísima carretera, y entonces la carretera terminaría y yo me sentiría vacía y triste, pues ¿qué podría venir después de eso? ¿Cómo terminaría?

No todo tiene un final, aun cuando lo que hay al principio cambie. La primera vez que nos acostamos juntos, nos tendimos sobre una delgada tabla cubierta con tela vieja, y ese pequeño detalle que evidenciaba nuestra pobreza —la gente de nuestra posición, un estibador y la criada de un médico, no se podía permitir un colchón como es debido— contribuyó en gran medida a mi goce, pues me permitió estar preparada para recibir sus sacudidas y acompasar mi respiración con la suya suspiro a suspiro. Pero ¿cómo es posible que un hombre capaz de cargarse a la espalda grandes sacos de azúcar o balas de algodón desde que amanece hasta el anochecer se agote en cinco minutos dentro de una mujer? No conocía la respuesta a eso, y sigo sin conocerla. Me besó. Se quedó dormido. Entonces hundí la cara entre sus piernas; olía a curry y cebollas, que eran las mercancías que había estado descargando durante

todo el día. Otras veces que hundía la cara entre sus piernas —pues lo hacía a menudo, me gustaba hacerlo—, olía a azúcar, o a harina, o a las grandes bobinas de algodón barato de las que robaba unos pocos metros, que me daba para que me hiciera un vestido.

¿Qué es lo cotidiano? ¿Qué es lo corriente? Un día, camino de la farmacia del Gobierno para recoger algunos suministros —una de mis obligaciones como sirviente de un hombre que estaba enamorado de mí sin remedio, hasta tal punto de que hacía tiempo que había dejado de intentar sustraerse a sus sentimientos hacia mí, un hombre al que yo no hacía el menor caso, excepto cuando quería que me proporcionara placer—, me encontré por primera vez cara a cara con la esposa de Roland. Estaba en pie ante mí como un centinela..., severa, solemne, defendiendo la noble idea, si no el noble ideal, que era su marido. No tapaba el sol, que brillaba a mi derecha; a mi izquierda, había un gran nubarrón negro; en la lejanía estaba lloviendo; no se veía el arco iris en el horizonte. Permanecimos en pie sobre la estrecha franja de cemento que era la acera. Una parte de una valla de madera que teóricamente mantenía un patio a resguardo de los transeúntes que pasaban por la calle estaba rota y sobresalía hacia fuera, y unos pocos tirones de cualquiera que no tuviera cuidado habrían acabado del todo con su utilidad. En aquel patio había un arbusto de prímulas que florecía de forma antinatural, con sus hojas demasiado grandes y sus flores espectacularmente llamativas; había brotes por todas partes, sus semillas habían prosperado a pesar de toda aquella humedad. No estábamos solas. A nuestro lado pasó un hombre con un alfanje en el zurrón y, dos pasos detrás de él, un perro maltratado; pasó una mujer con un gran cesto de comida en la cabeza; unos niños volvían del colegio a casa, pero no iban juntos; había un hombre asomado a una ventana, escupiendo, mascaba tabaco. Yo llevaba un par de zapatos con un poco de tacón, rojos, no precisamente el color más adecuado para ir a trabajar durante el día, pero así era exactamente como me sentía desde hacía un tiempo, roja de pasión, como aquel hibiscus que crecía bajo la ventana desde la que aquel hombre que mascaba tabaco no dejaba de escupir. Y la esposa de Roland me llamó puta, marrana, cerda, serpiente, víbora, rata, vil, parásita y malvada. Me di cuenta de que sus labios pronunciaban aquellas palabras con fluidez y naturalidad..., pobre desgraciada, estaba muy acostumbrada a decir aquellas cosas. No me sorprendió. Yo no podría haber amado a Roland de la forma en que lo hacía si él no hubiera amado a otras mujeres. Y no estaba sorprendida; había notado de inmediato la separación entre sus dientes. No me sorprendía que ella supiera de mí; los hombres no saben guardar un secreto, los hombres siempre quieren que todas las mujeres que conocen se conozcan entre sí.

Creo que dije lo siguiente: «Amo a Roland; cuando está conmigo deseo que me haga el amor; cuando no está conmigo, pienso en él haciéndome el amor. No te amo a

ti. Amo a Roland». Eso es lo que quería decir y eso es lo que creo que dije. Ella me cruzó la cara de una bofetada; tenía la mano grande y dura como un remo de madera; ella, también ella, estaba habituada al trabajo duro. Su mano abarcó todo un lado de mi cara: la mandíbula, la piel por debajo del ojo y por debajo del mentón, una pequeña parte de la nariz y el lóbulo de la oreja. Yo era entonces una mujer joven de poco más de veinte años de edad; tenía la piel elástica, suave, los poros no eran apreciables a simple vista. No sentía ningún odio ni rencor cuando, al mirar su rostro, un rostro que me interesaba demasiado poco como para tomarme el trabajo de describirlo, pensé: ¿Qué es lo que hace del matrimonio algo tan deseable como para que todas las mujeres tengan miedo de no llegar a casarse? ¿Y por qué esta mujer, que hasta ahora no me había visto nunca, a la que nunca he hecho ninguna promesa, a la que nada debo, me odia tanto? Ella esperaba que le devolviera la bofetada, pero en lugar de hacer eso le dije, también sin odio ni rencor: «Considero que pelear por un hombre sería rebajarme».

Yo llevaba un vestido azul celeste de lino irlandés. No me podía permitir comprar un tejido como aquel, pues procedía de un país auténtico, no de un falso país como era el mío; supongo que había llegado un barco de Irlanda con una remesa de esa tela en azul, en rosa, en verde lima y en beige, y Roland me había dado unos cuantos metros de cada color escamoteados de las bobinas. Aquel día llevaba puesto mi vestido azul de lino irlandés, que era sobradamente recatado —una falda plisada que me llegaba bastante más abajo de las rodillas, un cinturón que me ceñía la cintura, las mangas abotonadas en las muñecas, un escote alto que me cubría las clavículas—, pero debajo del vestido no llevaba absolutamente nada, ni una sola prenda de ropa interior, solo las medias, que también me había dado Roland, procedentes de otro embarque, en este caso de lencería, cada una de ellas sostenida por dos tiras de goma elástica que había cosido para hacer una liga. Mi declaración de lo que consideraba rebajarme debió de enfurecer a la esposa de Roland, pues agarró mi vestido azul por el cuello y dio un tremendo tirón, rasgándolo por la mitad desde el cuello a la cintura. Mis senos pendían blandamente del pecho, como dos pequeños pedazos de masa que no hubiera subido, impasibles ante la cólera de aquella mujer; no sucedía lo mismo cuando sentían el contacto de la boca de su esposo, pues él me quitaba el vestido, empezando por desabrochar pacientemente todos los botones, para luego tirar hacia abajo del corpiño, y entonces tomaba uno de los pechos en la boca, y este crecía hasta hacerse mucho más grande de lo que su boca podía abarcar, y él lo dejaba y se giraba hacia el otro; la saliva evaporándose de la piel de aquel pecho me producía una sensación completamente distinta de la que experimentaba en el pecho que tenía en su boca, lo que me partía en dos, pues no era capaz de decidir cuál de las dos sensaciones prefería que predominara. Pasaba una hora besándome de esa manera y luego, cuando le tenía encima, se agotaba en cinco minutos. Le quería tanto... En la penumbra no podía verle con claridad, solo distinguía un perfil, una densa sombra; cuando le veía a la luz del día estaba completamente vestido. Tras desgarrar mi

vestido, un vestido hecho de un tejido que conocía muy bien, pues también ella tenía uno hecho de la misma tela, su esposa me lo contó todo de él: no era una historia larga, no era una historia triste, en ella no había muerto nadie, ninguna tierra había sido devastada hasta quedar baldía, ninguna herencia había sido usurpada; ella tenía una lista llena de nombres, pero no eran nombres de países.

¿De qué color había sido el día de su matrimonio? La primera vez que le vio, ¿se había sentido abrumada por el deseo? El impulso de la posesión está vivo en todos los corazones; hay quien elige vastas llanuras, quien elige altas montañas, hay quien elige extensos mares y quien elige un esposo; yo elijo poseerme a mí misma. Yo era parecida a un árbol, un alto árbol con largas y fuertes ramas; mi aspecto era delicado, pero cualquier hombre al que hubiera estrechado entre mis brazos sabía que era fuerte; tenía el pelo largo y abundante y por naturaleza ensortijado, y lo llevaba recogido en trenzas y prendido con alfileres, porque, cuando me lo dejaba suelto sobre los hombros, causaba excitación en los demás... A veces en hombres, a veces en mujeres, a algunas personas les gustaba y a otras no. El porte que adoptaba al andar dependía de quién supusiera que iba a verme y de la impresión que quisiera dar. Mi rostro era bonito, a mí me lo parecía.

Y, sin embargo, me encontraba frente a una mujer que se sentía incapaz de conservar el mayor botín de su vida en un arca segura, una mujer cuya voz había dejado de salir de la garganta y ahora procedía de la boca del estómago, una mujer cuyo odio iba dirigido a la persona equivocada. Bajé la vista hacia nuestros pies, los suyos y los míos, esperando ver pasar ante mis ojos como en un relámpago mi breve existencia; en lugar de eso, vi que ella no llevaba zapatos. Sin embargo, tenía un par de zapatos, yo se los había visto; eran blancos, ordinarios, con la puntera redonda y cordones mate, necesitaban una buena capa de betún, los llevaba solo los domingos para ir a la iglesia. Yo tenía muchos pares de zapatos, de colores llamativos, brillantes y chillones; eran incómodos, los llevaba a diario, jamás iba a la iglesia.

Estiré mis fuertes brazos para acariciar a Roland, que estaba tendido a mi espalda, desnudo; yo también estaba desnuda. Sabía cuál era nombre de su esposa, pero no lo dije; él, también él, sabía cuál era el nombre de su esposa, pero no lo dijo. No me sabía la larga lista de nombres que no eran países que su esposa había aprendido de memoria. Él mismo no se sabía la larga lista de nombres; él no había aprendido esa lista de memoria. Eso no era producto de ningún engaño, ni tampoco del descuido. Era una persona tan habituada a gozar de una gran fortuna que la daba por sentada; no tenía cuenta bancaria, no tenía libro mayor, tenía una fortuna..., pero aun así no había perdido su interés por acumular más riqueza. Sintiendo contracciones en el útero, crucé la habitación, todavía desnuda; de mi cuerpo cayeron pequeñas gotas de sangre, la prueba más evidente de mi negativa a aceptar su silencioso ofrecimiento. Y Roland me observaba; la expresión de su rostro llena de perplejidad. ¿Por qué no le

daba hijos? Él era consciente de las ocasiones en que yo era fértil, y, sin embargo, todos los meses fluía sangre de mi cuerpo, y todos los meses yo mostraba abiertamente una total seguridad respecto a la inminencia de su aparición y de su desaparición, y siempre me llenaba de alegría la exactitud de mis predicciones. Cuando le veía en ese estado, con una expresión en el rostro que era una mezcla de confusión, estupefacción y frustración, sentía una gran pena por él, pues su vida se reducía a una lista de nombres que no eran países y al número de veces que había hecho que se interrumpiera el flujo mensual de sangre. Su vida se reducía a mujeres, algunas de ellas muy hermosas, que llevaban vestidos hechos con metros de tela que había quitado subrepticamente de las bobinas que traían los barcos en los que trabajaba como estibador.

Por aquel entonces, yo le amaba más allá de las palabras; le amaba cuando le tenía frente a mí y le amaba cuando estaba fuera del alcance de mi vista. Todavía era una mujer joven. Todavía no había aparecido en las partes más delicadas de mi piel la menor señal, ni siquiera la causada por el dedito de un niño; tenía las piernas largas y firmes, como si hubieran sido diseñadas para permitirme recorrer una larga distancia; tenía los brazos largos y fuertes, como preparados para llevar cargas pesadas. Estaba enamorada de Roland. Era un hombre. Pero ¿quién era realmente? No surcaba los mares, no cruzaba los océanos, se limitaba a trabajar en el casco de los barcos que lo habían hecho; no había montañas que llevaran su nombre, ni valles, nada. Pero seguía siendo un hombre, y quería algo que iba más allá de la mera satisfacción de la mediocridad —algo más que una esposa, un amor y una morada con las paredes de barro y el techo de hojas de caña, algo más que la pequeña parcela de terreno donde los mismos árboles darán el mismo fruto año tras año—, pues todo acaba únicamente con la muerte; y aunque ninguna historia escrita todavía le hubiera incluido, aunque no pudiera identificar las pequeñas rebeliones que había en su interior, aunque negara las pequeñas rebeliones que había en su interior, había ocasiones en las que se apoderaba de él una extraña calma, una fría quietud, y, puesto que no era capaz de encontrar palabras para describirla, se sentía momentáneamente cegado por la vergüenza.

Una noche Roland y yo estábamos sentados en los escalones del malecón, dando la espalda al pequeño mundo al que pertenecíamos, el mundo en cuyas carreteras había curvas cerradas y peligrosas, el mundo de escarpadas montañas de reciente formación volcánica cubiertas de un verde tan humilde que nadie había suspirado nunca por ellas, de 365 pequeños riachuelos que nunca se unirían para producir juntos un majestuoso fragor, de nubes que no eran otra cosa que grandes receptáculos que contenían interminables días de agua, de personas que nunca habían sido consideradas como personas. Escudriñábamos la noche, su negrura no nos sorprendía, una luna llena de una mortecina luz blanca surcaba la superficie de un cielo negro rutilante; yo llevaba un vestido hecho con otra pieza de tela que me había dado él, otra pieza de tela robada de las bobinas de un barco; en la falda había un bolsillo

falso, un bolsillo que no tenía fondo, y Roland metió la mano en el bolsillo y bajó hasta alcanzar el punto en el que podía tocarme metiéndose también dentro de mí. Observé su rostro, vi su boca extendiéndose de lado a lado de la cara como una isla; y, también como una isla, ocultaba secretos y era peligrosa y podía engullir de un solo bocado cosas que eran mucho más grandes que ella misma; desvié la vista para observar el horizonte; aunque no podía verlo, sabía que estaba allí de todas formas, y lo mismo sucedía con el final de mi amor por Roland.



Mi padre tenía la piel del color de la corrupción: cobre, oro, mineral; tenía los ojos grises, tenía el cabello rojo, tenía la nariz larga y estrecha; su padre era un hombre escocés, su madre pertenecía al pueblo africano, y esta distinción entre hombre y pueblo era una distinción importante, pues uno de ellos desembarcó siendo parte de una horda, ya condenada, con la mente vacía de todo lo que no fuera sufrimiento humano, cada rostro idéntico al que tenía a su lado; el otro desembarcó por voluntad propia, ambicionando realizar un destino, llevando en la imaginación la visión de sí mismo con la que soñaba. Fue un enlace legítimo y tuvo lugar en una iglesia metodista del poblado de All Saints, en el distrito de St. Paul, en Antigua, un domingo por la tarde de finales del siglo XIX. Él se llamaba John Richardson; ella, Mary. No sé si la palabra felicidad se asociaba al matrimonio entonces. Tuvieron dos hijos, varones, a los que llamaron Alfred y Albert; Alfred se convirtió en mi padre. Qué opinión tenía mi padre de sus padres, no lo sé. No sé si su madre era guapa; no había ninguna fotografía de ella, y mi padre nunca habló de ella en ese sentido. No sé si su padre era apuesto; no había ninguna fotografía de él y mi padre nunca habló de él en ese sentido. Su madre no debió de haber nacido en la esclavitud, pero sin duda los padres de ella fueron esclavos; paralelamente, entonces su padre no podía haber sido dueño de esclavos, pero los padres de él sí podían haberlo sido. Cómo esas dos personas se conocieron y se enamoraron no lo sé; ni siquiera sé si, en efecto, se enamoraron, pero no descarto ni esa ni ninguna otra posibilidad acerca de sus sentimientos. Ese hombre llamado John Richardson comerciaba con ron y había vivido en todas las Antillas que se encontraban bajo dominio inglés, aunque había pasado más tiempo en la isla de Anguila que en ninguna otra, antes de establecerse con su esposa, Mary, en Antigua. Tenía muchos hijos de muchas mujeres distintas en todos aquellos lugares en los que había vivido; todos eran varones y resultaba evidente que eran hijos de John Richardson, pues todos tenían el mismo pelo rojo, un cabello rojo tan singular que se sentían orgullosos de tenerlo, el cabello de John Richardson. Yo lo sabía porque mi padre solía contar a la gente que él era hijo de aquel hombre, y describía a su padre de esta forma, como un hombre que había vivido aquí y allá y que tenía hijos, todos varones y pelirrojos. Explicaba también que, siempre que veía a un hombre con el pelo rojo, sabía que estaba emparentado con él. Y siempre decía esas cosas lleno de satisfacción y orgullo, no con ironía, amargura o tristeza por la estela de desdicha que aquel borracho escocés había dejado a su paso.

Yo no tenía el pelo rojo, no era un hombre.

En cuanto a su madre, recordaba sus rasgos vagamente, a pesar de que ella debió de haber remendado sus ropas, cocinado su comida, cuidado sus heridas cuando era un colegial, debió de haberle animado en sus ambiciones y aliviado su frente herida; me habría gustado que mi madre hiciera esas cosas, si la hubiera tenido. Finalmente, John Richardson desapareció en el mar durante una tempestad, un acontecimiento sospechosamente oportuno, pues no me sorprendería enterarme de que después de

todo hubiera vuelto a Escocia, donde tenía más hijos, todos varones y con el pelo también rojo, aunque de textura distinta. Mary murió poco después no se sabe bien de qué, quizá de un colapso cardíaco, quizá no. Mi padre no asistió a su funeral. Era entonces policía en St. Kitts e iba ya camino de forjar su propia pequeña dinastía de varones pelirrojos; no se había casado todavía. Era alto y, de acuerdo con un modelo de belleza que no coincidía con mi criterio, se le consideraba un hombre muy atractivo; llevara lo que llevara, toda la ropa le sentaba bien; tenía un aspecto magnífico con su uniforme, tenía un aspecto magnífico con el traje de lino que llevaba para ir a la iglesia los domingos; era un hombre vanidoso, tan vanidoso que había necesitado práctica y una gran dosis de autodisciplina para evitar lanzar miradas a hurtadillas a su propio reflejo cuando estaba en público; estoy convencida de que gran parte del tiempo que pasaba encerrado en una habitación haciendo creer a su familia que estaba preparando la lección para la escuela dominical, lo dedicaba en realidad a ensayar diversas poses que luego adoptaría en público; era un hombre ambicioso, le gustaba hacer las cosas bien y detestaba que no se reconociera su esfuerzo. Nunca llevaba dinero en el bolsillo, nunca se rodeaba de dinero auténtico, pero en el fondo eso no dejaba de ser lo mismo que cuando se ejercitaba para no mirarse en público: ser visto con dinero equivalía a confesar hasta qué punto lo adoraba, y apreciaba más un cuarto de penique que un penique, y apreciaba más un penique que un chelín, y apreciaba más un chelín que una libra, y eso solo le podría parecer un disparate a una persona que no comprendiera el dinero ni el amor, una persona como yo; pero mi padre, que no comprendía el amor en relación con las personas, que solo comprendía el amor cuando se trataba de dinero, había comprendido que es en las pequeñas partes de algo en las que está contenida su verdadera totalidad, que es en las pequeñas partes de algo donde reside su auténtica belleza. Sabía que en una libra hay 960 cuartos de penique, y que 960 monedas de cuarto de penique esparcidas por el suelo de una habitación vacía resultan hipnóticas, hechizan y, si son vistas por la persona adecuada, constituyen los cimientos sobre los que se edifican todos los mundos posibles. Era especialmente cruel con los niños y las personas que se encontraban en una posición más débil; no porque fuera un cobarde, sino sencillamente porque nunca había sentido verdadera rabia contra nadie más poderoso que él. Parecía tomarse su vida, a sí mismo y todo lo que le rodeaba con humor; cuando estaba en público, llevaba permanentemente una sonrisa dibujada en los labios, pero era una sonrisa dirigida hacia dentro, no hacia el exterior. Esa sonrisa le servía también para conseguir algo que quizá ni siquiera se había propuesto: hacía que a las personas menos poderosas que él les acobardara acercársele, y al mismo tiempo hacía que las personas más poderosas que él se sintieran cómodas a su lado; y una vez más, aquella sonrisa era un disfraz, algo que se obligaba a hacer en público; se obligaba a sonreír con la misma determinación con que reprimía sus deseos de mirar su imagen reflejada; se trataba de enmascarar todo lo que sentía por el prójimo, y todo lo que sentía era negativo. Mi padre nunca me

llegó a gustar; quizá le amara, pero nunca sería capaz de admitirlo. No me gustaba. En mi padre concurrían el hombre escocés y el pueblo africano. No sé cómo se sentía él al respecto; no sé si esa era una de las cosas en las que pensaba cuando se sentaba en una habitación de su casa, una habitación con vistas al mar, el negro mar de Dominica, un mar que era una tumba y que encerraba una historia hecha con el hombre y con el pueblo. Su condición podría haberle paralizado a la hora de decidir quién ser, hombre o pueblo; por su apariencia externa, que era del color de la corrupción: oro, cobre, mineral (aunque si le hubiera amado, si fuera benévola con él, lo habría descrito como del color del pan, la esencia de la vida), era más parecido a los vencedores (el hombre escocés) que a los vencidos (el pueblo africano), pero eso no era razón suficiente para elegir al primero por encima del segundo. Mi padre rechazó las dificultades a las que se enfrentaban los vencidos; eligió la vida fácil y cómoda de los vencedores. De haber tenido su apariencia, entre los vencidos habría podido sentir el vacío al que todos los seres humanos se enfrentan día tras día, un vacío que esperan llenar y que a veces consiguen llenar, aunque raramente sea así, y esas personas, ese pueblo africano en el que podría haber encontrado una mitad de sí mismo..., siendo también ellos humanos, habrían sentido el vacío y habrían intentado llenarlo con lo habitual: el tiempo dividido en años, meses, días, o algo parecido. Ellos, también ellos, habrían hecho un fetiche de las cosas corrientes: la piel más externa del pene, la delgada membrana en la abertura de la vagina; ellos, también ellos, habrían fabricado cosas, utensilios de materiales diversos, de formas diversas, con utilidades diversas; ellos, también ellos, habrían observado alguna manifestación violenta de la naturaleza —la tierra quebrándose, mares donde solía haber tierra firme—, y habrían interpretado esas manifestaciones como promesas de algún tipo, razones por las que seguir vivos, rituales, y cierta consciencia de ser especiales, puesto que habían sobrevivido a la catástrofe; y ellos, también ellos, habrían tenido mitos relacionados con inicios y mitos relacionados con finales. El vacío es el caos del que se han rescatado a sí mismos para darle algún sentido a sus vidas, volviendo siempre sobre sus pasos y siempre de la misma forma. Y esa vida les había sido arrebatada a las personas de aquel pueblo por el hombre escocés o cualquier otro hombre con gentilicio, incapaz de existir simplemente como hombre, que existe solo gracias al gentilicio o al signo de linaje que acompaña a la palabra hombre.

Fuera, fuera de mi padre, fuera de la isla en la que había nacido, fuera de la isla en la que ahora vivía su vida, el mundo seguía su curso, cada gran acontecimiento un ensayo para el futuro, cada gran acontecimiento una recapitulación del pasado; pero dentro, dentro de mi padre (y también dentro de la isla en la que había nacido, dentro de la isla en la que ahora vivía), un acontecimiento que se había producido hacía cientos de años continuaba vivo, siguiendo un curso tan sutil que se había convertido en la auténtica expresión de su personalidad, se había convertido en la esencia de quién era realmente él; y él había llegado a despreciar a todos aquellos que se comportaban como pertenecientes al pueblo africano: no todos aquellos que tenían su

apariencia, solo quienes se comportaban como tales, todos los que habían sido derrotados, condenados, conquistados, los pobres, los enfermos, los que tenían la cabeza gacha y la mente entumecida por la crueldad. Y creía que estaba siendo él mismo un día en que un hombre llamado Lazarus, un sepulturero, acudió a él para pedirle unos cuantos clavos que necesitaba para reconstruir el tejado de su casa; su casa era una endeble y pequeña estructura de pino pintada de rojo y amarillo, y había sido destruida por un huracán dos años antes; por aquel entonces, mi padre era el máximo representante del gobierno en Mahaut; el gobierno colonial le proporcionaba toda clase de cosas para que se las diera gratuitamente a los más necesitados cuando sucedía algún desastre. En el caso del huracán le habían proporcionado materiales de construcción de no muy buena calidad. Mi padre disponía de parte de aquellas cosas correctamente, entregándoselas a la gente necesitada, pero daba solo lo justo para evitar un escándalo; el resto lo vendía, y cuanto menos podía pagar una persona, cuanto más necesitada estaba, más le cobraba. Lazarus era una de esas personas, de las más necesitadas, sin posibilidades de pagar; el acontecimiento del encuentro entre el pueblo africano y el hombre con linaje había calado en él, también en él, tan sutilmente que cualquier forma que eligiese para expresarse era un recordatorio de aquello: le habría sonado a música celestial todo lo que tuviera que ver con la idea de la libertad, lo contrario de pasar el día tumbado en la arena cerca del mar, con una placidez llena de abulia. Así, cuando Lazarus le pidió a mi padre los clavos que necesitaba para acabar el tejado de su casa, la lucha que mi padre libraba interiormente entre el hombre con linaje y la horda había quedado zanjada hacía tiempo, también ahora había vencido el hombre con linaje, y mi padre le dijo a Lazarus que no le quedaban clavos. Por aquel entonces yo tenía diez años de edad; no conocía a mi madre, había muerto en el momento en que yo salía de sus entrañas, solo conocía a mi padre. No le entendía; me encantaba observarle de cerca desde algún lugar en que él no me pudiera ver observándole, su cabello rojo centelleante bajo la luz del sol; me encantaba observarle cuando llevaba su uniforme de gala: los pantalones azul marino de estameña y la chaqueta cruzada de algodón blanco con botones dorados, el uniforme que llevaba en el desfile con que se celebraba el cumpleaños del rey de Inglaterra. Pero en aquel momento, cuando le negó los clavos a Lazarus, empezó a hacerse real, no únicamente mi padre, sino la persona que quizá fuera realmente. Yo sabía que tenía un enorme tonel lleno de clavos y otras cosas en un cobertizo que había en la parte trasera de la casa, así que en mi inocencia, convencida de que quizá se hubiera olvidado por completo de él, se lo recordé, le hablé del tonel lleno de clavos, le dije dónde estaba exactamente el tonel, qué aspecto tenía el tonel, cómo eran los clavos —fríos, brillantes— que estaban amontonados en el tonel. Él volvió a negar que tuviera ningún clavo en absoluto. El sonido de su voz no había cambiado; era simplemente que le oía por primera vez. No hizo que se rompiera nada en mi interior, no hizo que se rompiera nada fuera de mí, no fue repentino, no fue inesperado, aunque tampoco lo esperaba... Fue algo natural, un

hecho consumado, como el brusco cambio de altura de las montañas o el azul del cielo, o la luna. Ese era mi padre, el mismo hombre que había conocido siempre, solo que sabía más de él.

Cuando Lazarus se hubo marchado, sin los clavos que había venido a buscar, sin los clavos que necesitaba, mi padre me agarró por la parte posterior del cuello del vestido que llevaba puesto, me arrastró por toda la casa hasta el cobertizo donde tenía el tonel lleno de clavos y me hundió la cara en él, mientras me decía en criollo francés: «Ahora sabes dónde están los clavos, ahora sí que sabes exactamente dónde están los clavos». Solo hablaba criollo, francés o inglés, con su familia o con las personas que le conocían desde que era niño, y yo asociaba la imagen de él hablando criollo con manifestaciones de su verdadera forma de ser, así que supe con seguridad que todo aquel dolor que me estaba causando, asfixiándome en un tonel lleno de clavos, expresaba de verdad sus sentimientos. Me dio un último empujón en la cabeza y luego me soltó rápidamente. Fue a sentarse en la habitación que daba al mar, la habitación que no tenía ninguna utilidad concreta, que solo se usaba en raras ocasiones. La superficie del mar estaba en calma y, mientras la observaba, se sacó cera de la oreja y se la llevó a la boca para comérsela.

¿Y en qué podría estar pensando mi padre sentado en aquella habitación, sentado en una silla que era una réplica de otra silla que aparecía en una pintura del salón de algún horrible inglés, una réplica de aquella silla hecha por las manos de alguien de quien sin duda alguna él se había aprovechado? ¿Qué podría estar pensando mientras observaba aquel mar cuya superficie estaba a veces agitada, a veces en calma? Un ser humano, una persona, muchas personas, un pueblo, dirán que lo que les rodea, lo que les rodea físicamente, forma su conciencia, su verdadera esencia. Al levantarse todas las mañanas, esas personas miran hacia las verdes colinas, los blancos acantilados, las montañas plateadas, los dorados campos de trigo, los ríos de centelleante agua azul, y en la belleza de todo ello —y es realmente bello, no pueden evitar que les parezca hermoso— conquistan invisible, mágicamente, la distancia existente entre ellas y la belleza que están contemplando, sintiendo que se convierten en una unidad con la naturaleza, que les proporciona fuerza, les inspira para cantar melodías, para componer versos; se inventan a sí mismas y se reinventan a sí mismas y se sienten inspiradas (una vez más), pero esta vez para llevar a cabo pequeñas acciones, pequeñas hazañas, y finalmente grandes actos, grandes hazañas, y cada suceso supone la legitimación de la idea original, del sentimiento original, la fusión del pueblo y el lugar. El encuentro entre una persona y el lugar al que pertenece no es fortuito, es algo que va más allá del destino, es algo tan primordial que no hay palabras para describirlo. Para mi padre el mar, el inmenso y bellísimo mar, a veces una reluciente sábana azul, a veces una reluciente sábana negra, a veces una reluciente sábana gris, no podría ser fuente de tan generosa inspiración, no podría ser

una fuente de bienestar tan abundante, no podría nunca ser fuente de nada bueno; su belleza estaba perdida para él, vacía; mirarla, verla, suponía recordar al mismo tiempo la desesperación de los vencedores y la desesperación de los vencidos; pues la vaciedad de la conquista permanece en el conquistador, enfrentado como está al interminable deseo de poseer más y más y más, hasta que la muerte, solo la muerte, silencia ese deseo; y el pozo sin fondo de dolor y desdicha que experimenta el conquistado..., nada puede saciar su sed de venganza ni borrar la gran injusticia que se ha perpetrado contra él. Y así, puesto, que en mi padre existían a la vez el vencedor y el vencido, el perpetrador y la víctima, eligió, lo que no resultaba en absoluto sorprendente, ocultarse bajo el manto del primero, siempre del primero. Eso no significa que estuviera en guerra consigo mismo; significa únicamente que con ello demostraba ser un humano vulgar y corriente, pues quién de nosotros aparte de los santos no habría escogido contarse entre quienes mantienen la cabeza alta, no entre quienes viven con la cabeza gacha, humillados, e incluso los santos saben que en último término, al final de los tiempos, ellos se encontrarán entre quienes mantienen la cabeza alta.

Los insensibles, lo cínicos, los descreídos dirán, quizás en un momento ingrátido, quizás en un momento en el que vean en un destello cegador el fin del mundo y se nieguen a empezar de nuevo, que la vida es un juego: un juego en el que gana el mejor, un juego en el que pierde el peor: un juego en el que ganar significa poseerlo todo y perder es no tener nada, o un juego como el de las sillas y la música, en el que cuando termina la música ganar es sentarse en una silla y no dejar jamás espacio al perdedor, que está condenado a permanecer eternamente de pie. Ni que decir tiene que contarse entre los insensibles, los cínicos, los descreídos, es contarse entre los vencedores, pues quienes han perdido nunca se resignan a su pérdida; la sienten profundamente siempre, por toda la eternidad. Nadie que haya perdido se atreve a dudar, a dudar realmente, de la bondad humana; para el que ha perdido, el último aliento es un susurro: «Oh, Dios». Siempre.

Al observar a mi padre, no dejaba de comprenderle, no dejaba de sentir un poco de lástima por él. Cuando era un niño —una idea, una realidad que a veces me costaba asimilar: él vulnerable, necesitado de afecto o de cuidados que aliviaran altísimas fiebres, con magulladuras en las rodillas y los codos, necesitado de palabras tranquilizadoras cuando su voluntad de chico vigoroso flaqueara y desfalleciera, necesitado de otra tranquilizadora seguridad: que el sol volvería a salir, que la marea bajaría, que la tierra seguiría girando (no tenía más remedio que creer ciegamente en esa realidad, puesto que tal período de la vida era normal, aunque ahora había desarrollado otra piel que cubría por completo su auténtica piel, una piel que no se percibía a simple vista, pero que de todos modos era tan real como el caparazón protector de una tortuga o el escudo de un guerrero)—, cuando mi padre era un niño, pues, una vecina de su madre y su padre le dio un huevo. Era un regalo de agradecimiento de aquella mujer, porque mi padre había sido muy amable con ella —

era anciana y vivía sola, y él le hacía a veces recados sin que se lo pidiera y sin esperar que se lo agradeciera—, y cuando le dio aquel huevo —tenía tres gallinas, un gallo y un cerdo que vivían en el patio, cerca de la letrina, las aves dormían en un árbol que se elevaba por encima de ella—, se llevó una sorpresa, nunca había esperado que le agradecieran sus favores, y cogió encantado aquel huevo —era marrón con motas de un marrón más oscuro—, pero no hizo una tortilla ni ningún otro plato con él, sino que lo puso bajo una gallina, otra gallina que pertenecía a su madre, para que lo incubara junto con otros huevos, y, cuando los polluelos rompieron el cascarón, reclamó uno de ellos como suyo. Aquel polluelo se convirtió en una gallina y puso huevos, y esos huevos fueron incubados y se convirtieron en gallinas, y esas gallinas pusieron más huevos y así sucesivamente, un ciclo sin fin solo interrumpido por la venta de algunos huevos y algunas gallinas, a cambio de los cuales conseguía un beneficio que se traducía en cuartos de penique, medios peniques y peniques. Después de aquello, nunca comió huevos (no en todo el tiempo que yo le conocí); después de aquello, nunca comió pollo (no en todo el tiempo que yo le conocí), limitándose a acumular el cobre rojo del dinero y a lustrarlo hasta que le sacaba brillo para luego dárselo a su madre, quien lo metía en un calcetín viejo que guardaba día y noche en la pechera. Cuando su padre decidió visitar su tierra natal y emprendió el viaje de regreso a Escocia (luego se dijo que había acabado naufragando y pereciendo ahogado en el mar), mi padre le dio a su padre los beneficios que había obtenido a partir de aquel primer huevo: un regalo. Se había convertido en una enorme cantidad, suficiente para comprar tela, tela inglesa, con la que pensaba hacerse un traje que llevaría solo los domingos. Pero mi padre nunca volvió a ver a su padre, mi padre nunca volvió a ver sus beneficios, y puede que haya pasado el resto de su vida intentando una y otra vez encontrar y enfundarse aquel primer traje con el que se había imaginado —aunque no creo que él supiera que era eso lo que estaba haciendo—, y puede que toda su vida haya consistido en una serie de recompensas de las que nunca podría disfrutar, aunque no debe de haberse dado cuenta de eso.

«Era un hermoso día, un día tan hermoso que quedó grabado para siempre en mi memoria», me decía mi padre, hablándome del día en que su padre embarcó rumbo a Escocia. Aquel barco no alcanzó nunca su destino, así que aquel retrato que empezaba con la luz del sol acababa con el color negro del agua helada, y el rostro de mi padre, la verdadera esencia de mi padre, era el lienzo en el que estaba pintado. Yo era una niña pequeña, de solo ocho años de edad, cuando empezó a hablarme de ese importante detalle de su vida, la misma edad que tenía él cuando se enteró de que nunca volvería a ver a su padre. Yo no era físicamente vigorosa, tenía una vocecita débil, era niña, con él hablaba solo en inglés, en inglés correcto. Él se sentaba en una silla hecha con madera de la India, y los brazos de esa silla acababan en forma de garra, la garra cerrada de un animal cuyo nombre yo no conocía, igual que las dos patas delanteras, y yo me sentaba frente a él en un suelo que había sido encerado el

día anterior, y agarraba con fuerza la falda del vestido de popelina blanca que llevaba puesto, y también la popelina procedía de algún lugar muy lejano. La habitación en la que nos sentábamos era la habitación que no tenía ninguna utilidad concreta. Cuando hablaba de la última vez que había visto a su padre, su rostro se convertía en una serie de referencias geométricas, líneas regulares e irregulares, ángulos agudos y suaves, las planas zonas bajo las mejillas cada vez más llenas y redondeadas; adquiría el aspecto del niño que había sido entonces, o por lo menos del niño que él pensaba que había sido entonces, y su voz se hacía líquida y blanda, áurea, como si estuviera hablando de otra persona, no de sí mismo, de alguien a quien hubiera conocido muy bien, pero no de sí mismo, y a quien hubiera querido profundamente, una vez más no él mismo. Su padre se hizo a la mar a bordo de un barco llamado el John Hawkins, pero no era el nombre de aquel infame criminal lo que había causado que el rostro de mi padre se oscureciera y adquiriera un aspecto sucio, criminal, no era aquello lo que había hecho desaparecer la luz de sus ojos de niño.

¿Se preguntó mi padre a sí mismo alguna vez: ¿Quién soy yo, quién soy?, no como un lamento que surgiera del oscuro agujero de la desesperación, sino como indicio de que de vez en cuando sufría el azote de la inocente curiosidad de los necios? No lo sé; no puedo saberlo. ¿Se conocía a sí mismo? Si la respuesta es sí, o si la respuesta es sí pero no del todo, o si la respuesta es sí pero con una gran estrechez de miras, entonces gozaba de placeres secretos en la misma medida en que se conocía a sí mismo; pero yo no lo sé, no conozco la respuesta. No le conocía, era mi padre pero no le conocía; todo lo que digo acerca de él es producto únicamente de mi observación, es solo mi opinión, y eso tiene que ser motivo suficiente para que cualquier niño se sienta avergonzado —para mí lo era—, el hecho de que esa persona, que era una de las fuentes de mi propia existencia, fuera desconocida para mí, no un misterio, simplemente desconocida.

La primera vez que mi padre pasó la mano por la piel de mi madre —la piel del rostro, la piel de las piernas, la piel de entre las piernas, la piel de los brazos, la piel bajo los brazos, la piel de la espalda, la piel de más abajo de la espalda, la piel de los pechos, la piel por debajo de los pechos— no debió de comparar su textura con el satén ni con la seda, pues no era una mujer extraordinariamente bella y delicada. El color de su piel —moreno, del intenso anaranjado de una puesta de sol bien avanzada— no era el resultado de un ineluctable encuentro entre el conquistador y el vencido, el pesar y la desesperación, la vanidad y la humillación; no era más que ese color, un hecho imperturbable: ella pertenecía al pueblo caribeño. Él no debió de preguntar: ¿Quiénes son el pueblo caribeño?, o más acertadamente: ¿Quiénes «eran» el pueblo caribeño?, pues ya no existían, se habían extinguido. Solo unos pocos centenares

seguían con vida, mi madre era una de ellos, eran los últimos supervivientes. Eran como fósiles vivientes, el lugar que les correspondía era un museo, puestos en un anaquel, conservados en una urna de cristal. Sin duda esas gentes, el pueblo de mi madre, se encontraban en precario equilibrio al borde del abismo de la eternidad, esperando a ser engullidos por el enorme bostezo de la nada, pero lo más amargo era constatar que habían perdido sin tener ninguna culpa, y que habían perdido de la forma más extrema que se pueda imaginar. No solo habían perdido el derecho a conservar su identidad, se habían perdido a sí mismos. Eso era mi madre. Era alta (según me dicen..., yo no la conocía, murió en el momento en que yo nací); su cabello era negro, tenía los dedos largos, tenía las piernas largas, tenía los pies largos y estrechos y el empeine alto, tenía el rostro delgado y enjuto, tenía el mentón afilado, los pómulos prominentes y anchos, tenía los labios grandes y delgados, su cuerpo era largo y esbelto, tenía una gracia natural en el andar, no era muy habladora. Quizá nunca dijo nada que fuera demasiado importante, nadie me ha comentado nunca nada al respecto; no sé en qué lengua hablaba; si alguna vez le dijo a mi padre que le amaba, no sé en qué lengua se lo habría dicho. No la conocí; murió en el momento en que yo nací. Jamás vi su rostro, ni siquiera cuando se me aparecía en sueños lo veía nunca, solo veía la parte posterior de los pies, los talones, bajando por una escalera, sus pies desnudos, bajando, y siempre despertaba sin llegar a verla subiendo la escalera de nuevo.

Cuando nació mi madre (eso me dijeron), su madre la envolvió con unos cuantos trozos de tela limpia y la dejó a la puerta de un lugar donde vivían monjas francesas. Ellas la criaron, la bautizaron como cristiana y la obligaron a ser una persona silenciosa, tímida, sufrida, incondicional, modesta y deseosa de morir joven. Se convirtió en ese tipo de persona. El vínculo, tanto físico como espiritual, que supuestamente une a cualquier madre con su hijo, la confusión que se establece a la hora de delimitar quién es quién, carne de la misma carne, la inseparabilidad que supuestamente existe entre madre e hijo... Todo eso estuvo ausente entre mi madre y su propia madre. ¿Cómo explicar el hecho de haber sido abandonada así, qué hijo es capaz de comprenderlo? Ese vínculo, tanto físico como espiritual, esa confusión acerca de quién es quién, carne de la misma carne, todo eso que estuvo ausente entre mi madre y su madre, estuvo también ausente entre mi madre y yo, puesto que ella murió en el momento en que yo nací, y por mucho que quiera ser sensata y decirme a mí misma que aquello había sido inevitable —quién puede evitar la muerte—, hay que preguntarse una vez más cómo puede ningún hijo comprender una cosa así, un abandono tan profundo. Yo me había negado a traer hijos al mundo.

¿Y cómo debe de haber sido realmente su niñez, viviendo con personas como aquellas...? Porque no puede haber disfrutado de ninguna alegría, no puede haber gozado de ningún momento completamente ocioso, en el que habría sido una reina imaginaria de un país imaginario con un ejército imaginario preparado para conquistar a un pueblo imaginario; pero tal experiencia pertenece exclusivamente a

las mentes libres de la zafiedad de la vida, como debería ser la mentalidad de cualquier niño. Ella llevaba un vestido de nanquín, un vestido suelto y sin formas, un sudario; le cubría los brazos, las rodillas, le caía hasta los tobillos. Llevaba también un pedazo de tela a juego que cubría su hermoso cabello por completo.

¿Cuándo la vio mi padre por primera vez? Es posible que la viera por primera vez una de esas mañanas de Dominica claras y a la vez brumosas (eso existe), yendo hacia él por el estrecho camino (la carretera) que discurre serpenteante alrededor del perímetro de la isla (una gran masa de tierra elevándose sobre el aún más grande mar), con un bulto en la cabeza, y sin duda a él le había parecido hermosa, no por los rasgos del rostro ni por la gracia de su figura (no lo sé, no puedo más que imaginármelo), ni tampoco porque notara que era inteligente por la expresión de su rostro; no, su belleza debió de residir para mi padre en su tristeza, su debilidad, su aura de estar perdida desde hacía mucho tiempo, las huellas de arrugas ancestrales, su abatimiento, la falsa humildad que era en realidad la manifestación de la derrota. Por aquel entonces, él ya no era simplemente un vulgar, vil y tosco sicario; para entonces ya llevaba un uniforme, y puede que incluso llevara algún galón o algún tipo de distintivo que demostraba que había sido convenientemente cruel y despiadado con personas que no lo merecían. Para entonces había estado yendo de isla en isla y había engendrado hijos de mujeres cuyos nombres no recordaba, los nombres de los niños ni siquiera los sabía. Al verla debe de haber sentido la necesidad de afincarse en algún lugar. ¡Mi pobre madre! Con todo, si dijera que me entristece no haberla conocido no estaría diciendo la verdad en absoluto; lo que me entristece es saber que tuvo que existir una vida como la suya. Todos los días de su vida debe de haberse planteado si merecía la pena seguir viva o valía más morir. En cuanto a él, tomarse la molestia de cortejar a esa mujer no debe de habersele pasado siquiera por la imaginación. Se casaron en una iglesia de Roseau, y al cabo de un año ella estaba ya enterrada en su cementerio. La gente dice que él sufrió esa pérdida, la pérdida de la única mujer con la que se había casado; la gente dice que se sintió destrozado de dolor; la gente dice que después de eso no volvió a disfrutar de la vida; la gente dice que le invadió una gran tristeza, y que eso le llevó a sentir una profunda devoción por Dios y a convertirse en diácono de su iglesia. Eso dice la gente, la gente dice esas cosas, pero esa misma gente no puede decir que a causa de su propio sufrimiento se identificara con el sufrimiento de los demás o sintiera compasión por ellos; la gente no puede decir que su pérdida le convirtiera en una persona generosa, de buen corazón, que no estuviera siempre dispuesto a aprovecharse de los demás, que se hiciera cada vez más bondadoso, que su bondad llegara a eclipsar por completo sus errores y defectos; la gente no puede decir nada de eso porque no sería cierto.

Y esa mujer cuyo rostro no he visto jamás, ni siquiera en sueños..., ¿qué pensaba ella, qué pensamientos le pasaron por la cabeza cuando vio por vez primera a aquel hombre? Es posible que él le pareciera otra fuerza irresistible, la última de su vida; es posible que le amara apasionadamente.

Entristece pensar que, a menos que seas una especie de dios, la vida constituye un misterio desde su mismo principio. Te conciben; naces: esas cosas son ciertas, cómo podrían no serlo, pero tú no lo sabes; no te queda más que creer en ellas, pues no existe ninguna otra explicación. Eres una niña y te encuentras con un mundo grande y redondo en el que debes encontrar tu lugar. Cómo conseguirlo es otro misterio, nadie te lo puede explicar exactamente. Te conviertes en mujer, en una persona adulta. Contra toda evidencia, en contra de toda sensatez, crees en la constancia de las cosas, tienes fe en su cotidianeidad. Un día abres la puerta de tu casa, sales al patio, pero el suelo ya no está allí, y caes por un agujero sin fondo que no tiene paredes ni color. El misterio del agujero en el suelo deja paso al misterio de tu caída; justo cuando te has acostumbrado a la idea de caer y caer eternamente, te detienes; y el hecho de que te detengas constituye otro misterio, uno más, puesto que no sabes por qué te has detenido, para explicarlo no hay respuesta, como no hay respuesta para explicar por qué empezaste a caer en primer lugar. Quién eres constituye un misterio para el que nadie tiene la respuesta, ni siquiera tú. ¡Y por qué no, por qué no!



El presente siempre es perfecto. No importa lo feliz que haya sido en el pasado, ya no siento anhelo por él. El presente es siempre el momento por el que vivo. Nunca anhelo el futuro, puede llegar y puede no llegar; un día no llegará. Pero no lo vislumbro ante mí, nunca me encuentro en un estado de anticipación. El futuro no es ni siquiera como el negro espacio sobre el cielo, con una chispa de luz intermitente; se parece más a un espacio sin techo, ni suelo, ni paredes, es el presente el que le da esa forma, es el presente el que cerca el espacio. El pasado es un espacio lleno de bagaje y de desechos, y a veces de cosas que son útiles, pero, si realmente son útiles, las he conservado.

Me casé con un hombre al que no amaba, pero nunca me habría casado con un hombre al que amara lo más mínimo. Me casé con el amigo de mi padre, un hombre llamado Philip Bailey, un hombre con formación para curar a los enfermos, algo en lo que podía tener éxito de vez en cuando; pero incluso entonces, solo temporalmente, pues todo el mundo, en todas partes, sucumbe finalmente a la abrumadora quietud que es la muerte. Me amó, y después de eso me deseó, y después de eso murió. Murió siendo un hombre solitario, lejos del lugar en el que había nacido, lejos de todo lo que había sido importante para él cuando era niño, apartado de una mujer que quizá le había amado, su primera esposa. Ella ya había muerto cuando él se casó conmigo. Sus amigos le abandonaron, pues se dieron cuenta de que sus sentimientos hacia mí eran auténticos, y él me amaba. Después de casarnos, nos mudamos muy lejos entre las montañas, a la tierra en la que mi madre y el pueblo al que pertenecía habían nacido.

Para cuando me casé, mi útero se había secado, estaba marchito como un vegetal caduco dejado a la intemperie demasiado tiempo. El resto de mi cuerpo también se estaba secando; la piel no se me arrugaba tanto como parecía evaporarse la humedad de la misma. Nunca había dejado de observarme a mí misma, y por aquel entonces me daba cuenta de que lo que había perdido en atractivo físico o en belleza lo había ganado en personalidad. La llevaba escrita en todo mi cuerpo; no dejaba de despertar la curiosidad de cualquiera que fuera capaz de sentirla. Se había hablado mucho de mí, había sido juzgada y condenada. Había sido amada y había sido odiada. Ahora estaba por encima de todo eso, todo yacía a mis pies. De mí se decía que había envenenado a la primera esposa de mi marido, pero no lo había hecho; me había limitado a observar cómo ella misma se envenenaba a diario sin intentar detenerla. Había descubierto —yo le había dado a conocer aquel descubrimiento— que con las grandes flores blancas de la más bella de las plantas, si se dejaban secar y se hacía una infusión, podía obtenerse un brebaje que creaba una intensa sensación de bienestar e inducía placenteras alucinaciones. Yo había conocido aquella planta durante uno de mis numerosos vagabundeos, cuando desaparecía para liberar mi útero de cargas que no quería que llevara, cargas que yo no quería llevar, cargas que eran una consecuencia del placer, no una consecuencia de la verdad; pero a mí esa planta no me servía para nada más, porque yo no necesitaba experimentar ninguna

sensación de bienestar, yo no necesitaba tener alucinaciones placenteras. Finalmente su necesidad de tomar aquel brebaje se hizo más y más apremiante y, antes de causarle la muerte, aquel brebaje hizo que se le pusiera la piel negra. Había vivido entre personas cuya piel era de ese color durante la mayor parte de su vida, y justamente por esa razón y solo por esa razón las había despreciado; no sabía nada de ellas, excepto que la cubierta protectora de su caparazón, su piel, era de color negro, y que no le gustaba, pero ese era el color del que se había puesto ella antes de morir, negro, y quizá le gustara o quizá no, pero en cualquier caso, murió de todas formas. A menudo me sentía conmovida por su sufrimiento, pues realmente sufrió, pero luego, otra vez, era frecuente que no me afectara. Antes de hundirse en su última ensoñación, suplicaba sin cesar, y todas sus súplicas estaban basadas en la identidad de la persona que creía ser, y la identidad de la persona que creía ser estaba basada en su país de origen, que era Inglaterra. En ella estaba perdida desde siempre la conciencia de las complicaciones de ser quien creía ser esencialmente; no era muy distinta de mi hermana Elizabeth. La esposa de mi marido, aquel frágil ser humano, encontraba sentido a ser quien era en el poder de su país de origen, un país que en los tiempos en que ella había nacido tenía la capacidad y los medios para reglamentar la existencia cotidiana de una cuarta parte de la población mundial, y en su estrechez mental, creía que esa situación era no solo debida al destino sino también eterna, sin la menor conciencia de las limitaciones que ella misma tenía ni la menor compasión por su propia fragilidad. Pensaba en sí misma como en alguien con valores y educación y con una sólida certeza acerca del mundo, como si no pudiera haber nada nuevo, como si las cosas hubieran llegado a un punto muerto, como si con la llegada de ella y de su pueblo la vida hubiera alcanzado un grado tal de perfección que todo lo demás, cualquier cosa que fuera distinta de ella, debiera únicamente yacer y morir. Era ella quien yacería y moriría; todo lo demás continuó, y eso, también eso, finalmente yacería y moriría, pero algo más incalificable que la vanidad, algo que estaba más allá del miedo, quizá fuera ignorancia, le hizo creer que el mundo tal y como ella lo conocía era perfecto. Pero murió y se transformó en polvo, o tierra, o en el viento, o el mar, o lo que quiera que sea en que nos transformamos todos al morir.

También mi padre murió, no mucho después de que me casara con su amigo. ¿Qué les convirtió en amigos? Mi padre admiraba el jardín de Philip, en el que este cultivaba frutos de las distintas regiones tropicales del mundo, con la particularidad de que hacía que fueran de un tamaño anormal; a veces hacía que fueran más grandes de lo normal, a veces los convertía en meras miniaturas. Philip pertenecía a ese tipo de personas inquietas incapaces de vivir en soledad, incapaces de observar demasiado tiempo seguido cualquier cosa sin sentirse intranquilas por su existencia misma; el silencio es algo ajeno a ellas. Mi padre, también él, tenía una mente inquieta, pero el destino, el acto de la conquista, le había hecho permanecer inmóvil. Todo lo que podía hacer era mirar a ese hombre, Philip, y observarle cultivar un mango del tamaño de la cabeza de una persona adulta, aunque luego el fruto no tenía sabor, era

solo bonito, digno de ver; luego dedicó mucho tiempo a procurar que ese manjar resultara sabroso y estimulante para las papilas gustativas. Nunca supe si Philip lo consiguió; jamás comí nada de lo que él cultivaba.

Mi padre necesitó mucho tiempo para morir. Padeció terribles dolores, y su sufrimiento casi me hizo creer en la justicia, pero solo casi, pues hay muchas iniquidades que nada puede remediar jamás, el pasado del mundo tal y como yo lo conozco es irreversible. No le importaba morir, decía. Hablaba muy conmovedoramente del mundo de la agonía y del mundo de la muerte, y hablaba muy conmovedoramente de la vida que había llevado. Yo no reconocía la vida que había llevado cuando él hablaba de ella; tampoco me sentía conmovida. A él, naturalmente, su vida le parecía espléndida; de no haber sido así, se habría perdonado a sí mismo con una demostración de arrepentimiento, con un gran despliegue de buenas palabras. Todas las personas a las que había despojado de sus bienes materiales estaban muertas o casi; todas las personas que le habían despojado a él de sus bienes materiales, que habían frustrado cualquier intento que él hubiera podido hacer por ser un ser humano, estaban muertas o finalmente lo estarían. Con todo, mientras agonizaba, tenía presente la enorme cantidad de tierra que había adquirido, cada parcela de rica tierra volcánica sembrada con algún valioso cultivo: café, vainilla, pomelos, limas, limones, bananas. Era dueño de numerosas casas en Roseau, y a final de cada mes, un hombre medio muerto —pues hacia el final de su vida mi padre tenía sus propios sicarios y subordinados que trabajaban para él— le llevaba la recaudación de los alquileres que pagaban inquilinos que en ocasiones no tenían mucho que comer. Murió siendo un hombre rico, y no creía que eso fuera a impedirle atravesar el umbral de aquel lugar que él llamaba paraíso.

Cuando murió le eché de menos, y antes de que muriera ya sabía que iba a ser así. Deseaba no echarle de menos, pero a pesar de todo así era. No había conocido a mi madre y, sin embargo, el amor que sentía por ella la siguió a la eternidad. Mi madre había muerto cuando yo nací, incapaz de protegerse a sí misma en un mundo más cruel de lo que se pueda imaginar, imposibilitada de protegerme a mí. Mi padre podía protegerme, pero no lo hizo. Pienso que en lugar de eso me puso en las fauces de la muerte a muy temprana edad. Cuando me pregunto cómo conseguí escapar, no consigo imaginar una respuesta. No amaba a mi padre, llegué a amar el hecho de no amar a mi padre, y eché de menos su presencia, lo irritante que resultaba aquel amor desprovisto de amor. Murió. Vi cómo la luz desaparecía de sus ojos, vi cómo el aliento abandonaba su cuerpo, sentí cómo su piel pasaba del calor al frío. Durante mucho tiempo, horas después de su muerte, conservó el aspecto que había tenido cuando aún estaba vivo, allí, inmóvil, y luego adquirió el aspecto de otra cosa, de otra cosa cualquiera, de todas las cosas que están muertas. Estaba aquietado; su cuerpo estaba quieto, su mente estaba quieta. Fue en aquel momento cuando supe que la muerte era algo real; la muerte de mi madre comparada con aquello no era una muerte en absoluto.

Elegí personalmente las ropas con las que mi padre fue enterrado; eran las ropas que llevaba el día de la boda de mi hermana, un traje blanco de lino irlandés. Se me permitió hacer eso, elegir sus ropas, porque hacía tiempo que su esposa había perdido todo interés por él. Mi hermana me cedió ese honor porque mi matrimonio me había situado en una posición superior: Philip pertenecía a la clase de los conquistadores. Mi hermana sentía una especie de temor reverencial ante mi propia conquista —así es como lo veía ella—, y me despreciaba todavía más por ello. Nunca se le ocurrió pensar que Philip estaba totalmente vacío de auténtica vida y de energía, gastado, demasiado cansado incluso para proporcionarse placer a sí mismo, que yo no le quería; nunca se le ocurrió pensar que mi matrimonio significaba una especie de tragedia, una especie de derrota, nada, sin embargo, capaz de hacer que el mundo dejara de girar un solo instante... Nada de todo eso se le pasó por la cabeza.

Mi padre conservó su aspecto habitual durante muchas horas después de su muerte; sus rasgos eran los mismos que yo le había conocido en vida: tenía una imperceptible sonrisa en el rostro, los labios estaban ligeramente entreabiertos, sus ojos cerrados casi se perdían en las bolsas de piel de las mejillas, sus grandes orejas sobresalían separadas de la cabeza, de una manera extraña si no te gustaba su aspecto, bonitas si eran de tu agrado. Yo adoraba las orejas de mi padre. Su piel entonces, justo después de su muerte, tenía el color de algo útil: utensilios de cocina, copra, la tierra, el color del día a primera hora de la mañana, cuando ha dejado de estar oscuro pero todavía no hay luz. Horas después de que el último aliento abandonara su cuerpo, tuvo el aspecto que tienen todos los muertos: anónimo, sin carácter, sin individualidad. Si no le habías conocido, no eras capaz de decir si su vida se había distinguido por actos buenos o malos, por ningún tipo en absoluto de actos. Tenía el aspecto de los muertos, no podía decir su nombre, no podía justificar su propia conducta, no podía defenderse; pertenecía a aquel mundo, el mundo de los muertos, un mundo más allá del silencio; nada. Cuando bajé la vista para mirarle, sentí una gran tristeza. Sentí mucha pena, pues estaba muerto; nunca volvería a andar, nunca volvería a hablar. Todas las cosas que le habían gustado, los frutos de sus malas acciones, habían dejado de importarle; sus acciones eran como una ola al romper rizándose, que solo es importante para las personas que están en la costa y no pueden evitar mojarse los pies. Y, por otra parte, cuando bajé la vista para mirarle y le vi muerto, me sentí superior, me sentí superior por el hecho de estar viva mientras que él estaba muerto y, a pesar de que sabía y creía que la muerte era también mi destino, me sentí superior a él, como si sufrir una humillación como aquella que suponía la muerte no fuera a sucederme nunca a mí. Yo era una niña entonces, pero se es niño mientras las personas que te han traído a este mundo no estén muertas; sigues siendo niño mientras no comprendas y creas que las personas que te han traído a este mundo están muertas.

Mi padre fue enterrado. No sé si le habría divertido la absoluta indiferencia con que acogió su ausencia el mundo que dejaba atrás.

Yo llevaba toda mi vida viviendo en el fin del mundo; así había sido en el momento de nacer, pues mi madre había muerto cuando nací yo. Pero ahora, con mi padre muerto, estaba viviendo en la antesala de la eternidad, era como si ese aspecto de mi vida hubiera despertado de repente de su estado habitual, como si su viejo significado hubiera adquirido mayor relieve. Las dos personas de las que yo procedía ya no existían. No había permitido que nadie viniera de mí. Una nueva sensación de soledad me invadió entonces; me sentía cada vez más agitada y acalorada, luego un intenso frío me aquietó. Me fui acostumbrando a aquella soledad, y un día admití que en ella estaban las cosas que había perdido y las cosas que podría haber tenido pero había rechazado. Llegué a querer a mi padre, mas no antes de que estuviera muerto, en aquel momento en que seguía teniendo su apariencia de siempre, pero ya no podía continuar causando daño, cuando no era más que un ser inmóvil, muerto. Era como un recuerdo, no una fotografía, simplemente un recuerdo. Y, sin embargo, no se puede confiar en un recuerdo, pues gran parte de la experiencia del pasado está determinada por la experiencia del presente.

Para mi boda llevé un vestido de tisú de seda rosa. Alrededor del cuello llevaba un collar de perlas naturales que me había dado mi padre, un collar que ni mi hermana ni su madre querían que tuviera yo. Dijeron que se había perdido, pero el día de mi matrimonio me lo hicieron llegar. Mi esposo y yo no formábamos una pareja alegre; estábamos ambos muy serios repitiendo los votos de lealtad hasta que la muerte nos separase. Y el momento de nuestra unión en la tierra, resultaba tan palpable, tan seguro, que casi podíamos tocarlo con las manos.

Mi hermana murió. Su esposo murió. Su madre murió. Todas las personas a las que había conocido íntimamente durante toda mi vida murieron. Hubiera debido echar de menos su presencia, pero no fue así.

Nunca he sido una sentimental. Mi vida empezó con un amplio panorama de posibilidades: mi nacimiento mismo fue muy parecido a otros nacimientos; era nueva, las páginas de mi vida no habían sido escritas todavía, estaban impolutas, tan limpias, tan suaves, tan nuevas. Si hubiera podido verme a mí misma entonces, quizá habría imaginado que mi futuro llenaría volúmenes enteros. ¿Por qué el mundo de la aventura tiene que permanecer siempre cerrado para mí, el descubrimiento de montañas, vastos mares, kilómetros y kilómetros de llanuras vacías, los cielos, los paraísos, incluso la cruel sumisión de otras personas? ¿Por qué a las grandes transgresiones les sigue una profunda expiación, una expiación de tal magnitud que tiene la capacidad de hacer que mis propias transgresiones me revuelvan el estómago, aunque no dejen de ser parecidas a las ingenuas y simples travesuras de un niño? Ese fue también el caso de un hombre que comerciaba con seres humanos y que escribió un himno, un himno que alcanzó tal fama que los descendientes de los seres humanos con los que había comerciado lo cantaban los domingos en la iglesia con un fervor y una sinceridad de las que él, el autor del himno y a la vez el transgresor, no era capaz. Los abismos del mal, sus resultados, estaban más que claros para mí: sus

satisfacciones, sus recompensas, las sensaciones gloriosas, los elogios, el sentimiento de exaltación y superioridad que el mal obtiene cuando tiene éxito, el sentimiento de ser invencible... He tenido ocasión de observar todo eso muy de cerca, de primera mano. Todos los caminos llevan a un final, y todos los finales son el mismo, desvanecerse en la nada. Incluso un eco acabará siendo silenciado.

Yo pertenezco a los vencidos, pertenezco a los derrotados. El pasado es un punto fijo, el futuro está abierto; para mí el futuro debe conservar la capacidad de arrojar una luz tal sobre el pasado que en mi derrota se oculte la semilla de mi gran victoria, que mi derrota esconda el principio de mi gran venganza. Me siento impulsada por el bien, para mí el bien es serme útil y tratarme bien a mí misma. No soy ningún pueblo, no soy ninguna nación. Solo deseo, de vez en cuando, hacer que mis acciones sean las acciones de un pueblo, hacer que mis acciones sean las acciones de una nación.

Me casé con un hombre al que no amaba. No lo hice por capricho, no lo hice por interés, pero ese matrimonio tuvo sus ventajas. Me permitió hacer de mi vida una novela romántica, me permitió pensar en todos mis actos y en mí misma con cariño en la profunda oscuridad de la noche, en ciertas ocasiones en que lo necesitaba. El romanticismo es el refugio de los derrotados; los derrotados necesitan baladas que les alivien, necesitan una dulce melodía que les alivie, pues todo su ser es una herida, necesitan una cama blanda para dormir, pues la vigilia es una pesadilla para ellos, la ensoñación del sueño es su realidad. Me casé con un hombre al que no amaba, pero esa palabra, amor, ese concepto, amor..., ¿qué significado podría tener para mí, qué significado debería tener para mí? No lo sabía y, sin embargo, le habría salvado, le habría salvado de la muerte, le habría salvado de una muerte que no había autorizado yo misma, le habría salvado si hubiera necesitado alguna vez la salvación, siempre que no hubiera sido a costa de mí misma. ¿Era eso, pues, una forma de amor, un amor incompleto, o no era amor en absoluto? No lo sabía. Creo que mi vida entera carecía de tal cosa, de amor, de esa clase de amor por el que mueres o esa clase de amor que te hace vivir eternamente, y, si no era realmente así, ninguna otra cosa solo parecida podía convencerme de que fuera amor.

Y ese hombre con el que me casé era del bando de los vencedores, y una parte importante de él se correspondía con esa condición, la condición del conquistador, que solo leyendo un libro de historia es capaz de recordar un tiempo en el que podría haber sido otra cosa, alguien como yo, uno de los vencidos, de los derrotados. Observaba el cielo nocturno, pero este le estaba vedado; lo mismo sucedía con el cielo del mediodía, vedado; los mares le estaban vedados, la tierra sobre la que caminaba le estaba vedada. No tenía un futuro, contaba solo con el pasado, así vivía; no era un pasado del que él personalmente fuera responsable, era un pasado que había heredado. No ponía reparos a su herencia; era una buena herencia, con la salvedad de que no daba la felicidad; y habría replicado lo correcto ante tal afirmación: ¿Qué puede dar la felicidad? En el momento en que el conquistador se hace esa pregunta, su derrota es segura. Conocí a mi esposo cuando estaba en ese momento de su vida,

el momento en que la derrota, la suya, la del pueblo al que pertenecía, era segura. Podría decir que me amaba si necesitara oír que era amada, pero nunca lo diré. Llegó a vivir para oír el sonido de mis pasos, así que con frecuencia caminaba sin hacer el menor ruido; adoraba el sonido de mi voz, así que durante días no pronunciaba una sola palabra; cuando le permití tocarme, ya hacía mucho tiempo que había dejado de ser sensible a las caricias de nadie.

Tanto él como yo vivíamos inmersos en ese hechizo, el hechizo de la historia. Yo me vestía de negro, el color de las plañideras. A él le vestía con los colores de los recién nacidos, los inocentes, los débiles, la juventud: blanco, azul celeste, amarillo pálido, y cualquier cosa que estuviera descolorida; no eran los colores de ninguna bandera. Todas las mañanas teníamos frente a nosotros por un lado las montañas perpetuamente cubiertas de verde, por el otro, la gran media luna de la costa con sus aguas grises. El cielo, la luna y las estrellas y el sol en aquel mismo cielo... Ninguna de esas cosas estaba bajo el hechizo de la historia, ni de la de él, ni de la mía, ni de la de nadie. Ah, formar parte de algo así, formar parte de cualquier cosa que esté fuera de la historia, formar parte de algo que pueda rechazar el movimiento de la mano del hombre, el latido del corazón humano, la mirada del ojo humano, hasta el mismo deseo humano. Y él todos los días recorría el perímetro de la tierra en que vivía; siempre le resultaría extraña, aquella tierra en la que había pasado la mayor parte de su vida. Daba traspiés, no conocía bien sus contornos, nunca llegaría a familiarizarse con esa tierra; no había nacido en ella, solo moriría en ella, pidiendo que le enterraran mirando hacia el este, en la dirección de la tierra en la que había nacido. Daba traspiés mientras recorría aquel perímetro hasta llegar a un lugar donde la tierra se había partido en dos, un precipicio, un abismo, pero incluso eso estaba cerrado para él, el abismo estaba cerrado para él. La visión de él mirando fijamente el fondo de una sima abierta en la tierra no me conmovía, no me daba lástima; ninguno de los gestos que él hacía entonces, pasarse las manos por su escaso cabello, frotarse el mentón, pasarse los brazos alrededor de los hombros o del torso, nada de eso me enternece lo bastante como para tomar en consideración todo su ser, de tal manera que su sufrimiento me pareciera real. Era perfectamente capaz de hacerlo, de hacer que su sufrimiento fuera algo real para mí, pero no estaba dispuesta a permitírmelo.

Hablaba conmigo, yo hablaba con él; él me hablaba en inglés, yo le hablaba en criollo. Nos entendíamos mucho mejor de esa manera, hablándonos en la lengua en la que cada uno de los dos pensaba. Cuando hablaba conmigo, lo hacía en voz baja, como si también él quisiera oír lo que me estaba diciendo. Su voz estaba llena de ternura, a veces tenía el mismo sonido que tiene un arroyo cuando te topas con él inesperadamente en un lugar que nunca olvidarás. Cuando yo era joven, cuando me conoció, cuando todavía no sabía que mi presencia en su vida sería permanente, le gustaba el brillo de mis dientes bajo cualquier luz intensa, hacía todo lo posible para conseguir que tuviera la boca abierta; me hacía suspirar, me hacía hablar, pero no podía hacerme reír, nunca abriría la boca para reírme para él. Verle comer era siempre

un espectáculo repugnante para mí, pero había aprendido a dejar de sorprenderme por eso hacía mucho tiempo, cuando me di cuenta de que muchas de las cosas que me recordaban que él también era humano y frágil me provocaban una indignación que no podía dominar; porque si él era humano, ¿no serían también humanos todos aquellos de los que descendía, y en qué lugar nos dejaba eso a mí y a todos aquellos de los que yo descendía?

No era un hombre sofisticado, no tenía ningún talento. Sabía muchas cosas, pero no por su propia experiencia; sabía cosas destiladas y condensadas a partir de la experiencia de muchas personas, a ninguna de las cuales conocía, pero no podía condenarle por eso; ¿acaso no es habitual creer en ideas —e incluso dar la vida por esas ideas— cuyo origen se debe a personas que nunca podrías conocer y nunca conocerás? Era un heredero y, como le sucedía a toda la gente como él, el origen de su herencia suponía una carga. No era un hombre ignorante, tenía sentido de la justicia, sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Era incluso un hombre de cierta valentía; era capaz de condenarse a sí mismo. Pero condenarte a ti mismo equivale a perdonarte, y perdonarte tus propios pecados contra otras personas no es un derecho que nadie pueda reclamar.

Antes de casarnos y hasta poco tiempo después de casarnos, vivíamos en la capital de Dominica, Roseau. En sitios como Roseau hay guerras, se libran batallas, pero no hay victorias, solo treguas, solo un hasta la próxima vez. Nos marchamos de Roseau con un estado de ánimo, una tranquilidad casi divina, pues fue un acto que estaba por encima de la reflexión y de lo impulsivo. Nos mudamos a un lugar que estaba a mucha altura en las montañas, aunque no en la cima de la montaña más alta. Estábamos hastiados; estábamos hastiados de ser nosotros, hastiados de nuestros propios legados. Él me veneraba, me amaba; el hecho de que no se lo pidiera no hacía más que acentuar sus sentimientos hacia mí. Pensaba que yo le hacía olvidar el pasado; él no tenía futuro, quería vivir solo el presente, cada día era solo aquel día, cada momento aquel momento nada más. Pero ¿quién puede olvidar realmente el pasado? No puede hacerlo el vencedor, y tampoco el vencido, pues, aun cuando estén prohibidas las palabras, la memoria tiene otras maneras de traicionarnos: el desencuentro de las miradas, el movimiento de la mano que significa exactamente lo contrario de un saludo amistoso de bienvenida o un adiós amistoso. O sentarse en una habitación a solas, creyéndose a solas, permitiendo que el espíritu busque un lugar en el que descansar sin encontrarlo (pues tal lugar no existe, solo en la muerte, únicamente hay un sueño sin sueños)... esas manifestaciones de la verdad reflejadas en el rostro, o en la disposición misma del cuerpo.

¿Quién puede olvidar? Ese hombre con el que viví durante muchos años, y sin cuya presencia viviría después aún mucho tiempo, reunía en torno a él diversas cosas. A lo largo de su vida, por tradición, había llegado a convencerse de cierta verdad, y esa verdad estaba basada en la degradación, de forma que solo aquello que sobrevivía merecía ser considerado como algo digno de respeto. Él y los que eran como él

habían sobrevivido hasta entonces. Observaba la tierra en la que vivía, tomaba decisiones, sus decisiones se limitaban a lo que le gustaba, a su idea de lo que podía ser bello, y luego a lo que ya era bello. Limpiaba la tierra; nada de lo que crecía en ella le interesaba lo más mínimo. La inflorescencia de todo aquello, decía, no era significativa; y pronunciaba la palabra «inflorescencia» con tal autoridad que se hubiera dicho que era él mismo quien había creado inflorescencias, lo que me hacía reír tan a gusto que por un momento perdía conciencia de mi propia existencia. Encolaba láminas de cristal para fabricar cajas en las que metía un lagarto, un cangrejo cuyo hábitat natural era la tierra..., no el mar, tampoco ambas cosas, solo la tierra; metía en una caja de cristal una tortuga cuyo hábitat natural era la tierra, no el mar, tampoco ambas cosas, solo la tierra; metía en una caja de cristal una pequeña rana tras otra; todas morían, congeladas en esa actitud de total inmovilidad que adoptan de forma natural las ranas para despistar a sus enemigos. Elaboraba largos listados bajo el encabezamiento «Género», elaboraba largos listados bajo el encabezamiento «Especies». Yo, de vez en cuando, liberaba al espécimen que tuviera entonces en cautividad y lo reemplazaba por otro de su misma especie, su congénere: un lagarto era reemplazado por otro lagarto, un cangrejo reemplazado por otro cangrejo, una rana por otra rana. No sabría decir si él lo notó nunca. En su fuero interno estaba completamente seguro de que todos sus conocimientos eran correctos, no de que fueran verdad, pero sí correctos. La verdad habría sido su perdición, la verdad está siempre llena de incertidumbre.

Cuando fui definitivamente huérfana, mi padre por fin había muerto, y había muerto sin conocerme, sin haberme hablado nunca utilizando un lenguaje en que pudiera tener confianza, un lenguaje con el que pudiera creer en las cosas que decía... Cuando fui definitivamente huérfana, pues, la verdadera dimensión de todo lo sola que había estado en el mundo, la conciencia de que iba a estarlo aún más, fue como una bocanada de sosiego. Durante toda mi vida hasta el momento, a lo largo de setenta años de vida, siempre me había infundido pavor pensar en el momento en que me quedaría sola; las dos personas de las que descendía, las dos personas que me habían concebido, muertas; pero entonces me invadió por fin un gran sosiego, una paz que no era silencio ni aceptación, simplemente una indescriptible sensación de sosiego, la sensación de que algo había quedado resuelto. Estaba sola y no tenía miedo, lo acepté de la misma manera que aceptaba todo lo que era verdad acerca de mí: mis dos manos, mis dos ojos, mis dos pies, mis dos orejas, mis cinco sentidos, todo lo que se podía saber de mí, todo lo que no sabía. La evidencia de que estaba sola se había convertido en una de esas verdades. Este hecho no llevaba vinculado ningún codicilo, metafóricamente hablando, ningún asterisco formaba parte de esa afirmación. No había ningún aparte. Estaba sola en el mundo.

El hombre con el que me había casado, mi esposo, también estaba solo, pero él no lo aceptaba, le faltaba fuerza para hacerlo. Se aferraba al fragor del mundo en el que había nacido, a sus conquistas, su éxito en el desbaratamiento de los mundos de otros

pueblos, pueblos cuya realidad ni él ni aquellos de los que descendía eran capaces de comprender, así que, en lugar de inclinarse frente a la evidencia de su incompreensión, irguieron sus cabezas y cometieron asesinato. Ahora se mantenía ocupado con los muertos, ordenando, desordenando, reordenando los libros en la estantería, tomos de historia, geografía, ciencia, filosofía, ensayos: ninguno de ellos le proporcionaba sosiego. Ahora vivía en un mundo cuya lengua no sabía hablar. Yo le hacía de intérprete, traducía para él. No siempre le decía la verdad, no siempre se lo decía absolutamente todo. Bloqueé su posibilidad de entrar en el mundo en que vivía; finalmente bloqueé su posibilidad de entrar en todos los mundos que había llegado a conocer. Se convirtió en todos los hijos cuyo nacimiento yo no había permitido, algunos engendrados por él, algunos engendrados por otros hombres. Supervisé también su fin. Me ocupé de que tuviera un entierro bonito y emotivo, aun cuando ya no podía importarle. ¿Qué es lo que hace que el mundo gire? Él nunca necesitó una respuesta a esa pregunta.

¿Alguna vez tanta tristeza encerró en ella a dos personas? Sin embargo, no con la misma clase de tristeza, pues no procedía de la misma fuente, esa tristeza. La vida de él, la parte externa de ella, estaba llena de victorias, apenas había un solo deseo que no pudiera ser satisfecho, y poseía el poder de hacer que el mundo fuese como él lo quería. Y sin embargo —ah, sin embargo—, ¿cómo es posible estar tan perdido? Hay muchas formas de perderse. No dejan de ser todas formas distintas de estar perdido. Así, ¿hasta qué punto debería apiadarme de él? ¿Puede culpársele por creer que el éxito de las hazañas cometidas por sus antepasados le otorgaba el derecho de actuar con una prepotencia sin precedentes y de no sufrir las consecuencias? Él creía en una raza, creía en una nación, creía tan ciegamente en todo eso que se sentía capaz incluso de desmarcarse un tanto. Hacia el final de su vida, lo único que quería era morir acompañado de mí, a pesar de que yo no era de su raza, no pertenecía a su nación.

¿Quién era yo? Mi madre murió en el momento en que yo nací. En el momento en que naces todavía no eres nada. El hecho de que mi madre muriera en el momento de mi nacimiento se convirtió en uno de los motivos centrales de mi vida. No puedo recordar cuándo me enteré de ese hecho fundamental en mi vida; no puedo recordar el tiempo en que todavía no estaba enterada de ese hecho fundamental en mi vida; quizá fuera en el momento en que fui capaz de reconocer mi propia mano, pero una vez más no encuentro ningún momento que pueda recordar de cuando todavía no me conocía a mí misma por completo. Ahora mi cuerpo está inmóvil; cuando se mueve, se mueve hacia adentro, contrayéndose dentro de sí mismo, marchitándose como fruta muriendo en una parra, no pudriéndose como fruta que ha sido cogida del árbol y yace olvidada sin que nadie la coma en un plato sucio. Durante años y años, mi cuerpo se hinchaba ligeramente todos los meses, remedando la maternidad,

anhelando concebir, llevando luto por la decisión que tanto mi corazón como mi mente habían tomado de no traer nunca un hijo al mundo. Rechazaba la idea de formar parte de una raza, rechazaba la idea de aceptar una nación. Lo único que deseaba, y deseo todavía, era observar a la gente que lo hace. No tengo coraje para soportar el crimen que supone aceptar esas identidades, algo que ahora sé mejor que nunca. ¿No soy nada, entonces? No lo creo así, pero, si no ser nada es una condena, entonces estaré encantada de ser condenada.

Ahora puedo oír el sonido de mucha vaciedad. Un movimiento de cabeza así o asá, hacia la derecha o hacia la izquierda; lo oigo, un sonido impetuoso pero tenue, esperando mientras va creciendo, amplificándose, esperando para envolverme. No me causa temor, solo una creciente curiosidad. Solo deseo saberlo para poder, un día, explicarme a mí misma la historia de mi existencia antes de que esta termine. No resulta divertido. Saberlo todo es imposible, pero solo eso me podría satisfacer. Invertir el pasado me haría totalmente feliz. Un acontecimiento así —pues sería eso, un acontecimiento— haría que mi mundo tocara de pies en el suelo; durante mucho tiempo, y también ahora, ha estado cabeza abajo. Una vez, en un momento de extrema imprudencia, le expliqué eso a mi marido... Imprudencia porque permitirle atisbar en mis pensamientos más profundos suponía darle una pista para comprenderme, aunque no fuera en gran medida. Una vez le dije que había nacido cabeza abajo, que el mundo estaba del revés en el momento en que abrí los ojos, y le puse la vista encima por primera vez, y él respondió, riendo, que todos veníamos al mundo de esa forma. Yo no era como todos, y me alegró comprobar que no lo había comprendido. Se rio cuando me dijo aquello, yo también me reí cuando me dijo aquello. Al reírse, su rostro se expandió lleno de satisfacción, se le ensanchó como si fuera a partirse en dos; pero, cuando vio mi propia satisfacción por su satisfacción, comprendió que se había equivocado; no podíamos sentirnos felices los dos al mismo tiempo. La vida, la historia, se llame como se llame, había hecho que eso fuera imposible. Él nunca estaba hosco ni meditabundo, en su vida no había desventura, no era consciente de sus propias decepciones. Su vida se fue ensombreciendo poco a poco, las puertas que tenía abiertas se le fueron cerrando. Viéndole en esa situación —de pie al borde de un acantilado que estaba orientado hacia el este, la misma dirección en que sería enterrado, allí de pie justo en el borde, en precario equilibrio y sin embargo con firmeza, como un pájaro, no un ave de rapiña, sino un humilde ser alado capaz de inspirar ternura y echar a volar la imaginación de los niños—, sentía deseos de empujarle hacia el fondo del abismo, y no con deliberada furia, sino con unas palmaditas como de reconocimiento, como si fuera un acto de amistad, como diciéndole: No has sido el gran amor de mi vida, y por eso te comprendo perfectamente, y ese sentimiento resulta inusual, único solo para mí. ¡Ahhh!

Este relato de mi vida ha sido el relato de la vida de mi madre en la misma medida en que lo ha sido de la mía, y aun así, una vez más, es el relato de la vida de los hijos que no tuve, así como es también su relato acerca de mí. En mí está la voz

que nunca oí, el rostro que nunca vi, el ser del que vine. En mí están las voces que habrían debido salir de mí, los rostros que nunca permití que se formaran, los ojos que nunca permití que me vieran. Este relato es un relato de la persona a la que nunca se le permitió ser y un relato de la persona en la que nunca me permití a mí misma convertirme.

Los días son largos, los días son cortos. Las noches son un gran espacio en blanco; escuchan atentamente algo, pero me niego a familiarizarme con ello. Profeso cierta indiferencia por ese período de tiempo al que llaman día. Es una actitud vanidosa y arrogante, pero solo yo la conozco; he hecho que sea personal todo lo que es impersonal. Puesto que yo no importo, tampoco anhele importar, pero de todos modos importo. Anhele encontrar eso que tiene más grandeza que yo, eso a lo que me puedo someter. No está en un libro de historia, no se trata del trabajo de nadie cuyo nombre puedan pronunciar mis labios. La muerte es la única realidad, pues es la única certeza, inevitable para todas las cosas.